

NUNCA SE
OLVIDA EL
PRIMER BESO

El beso del *proscrito*

NESSA MCDUBH

ROMANCE HISTÓRICO ESCOCÉS



Derechos de autor ©2024 Nessa McDubh

Primera edición: mayo 2024

ISBN:

Sello: Independently Published

©Del texto: Nessa McDubh

©Maquetación y diseño: Eden Books

©Imagen de cubierta: Eden Books

Todos los derechos reservados. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).

Copyright ©2024 por Nessa McDubh

Para mis pequeñas Campbell, gracias por acompañarme en este recorrido tan bonito.

NOTAS DE LA AUTORA

He de decir que siempre es un placer volver a recorrer el camino de la mano de mis queridos escoceses. Los Campbell de Clackmannanshire nacieron con una historia y poco a poco fueron creciendo. Nunca empecé la historia de James Campbell y Abigail Sinclair con la intención de continuar, pero los personajes que fueron surgiendo, página a página, reclamaron contar su historia. Y aquí estoy, contando, en esta ocasión, las historias de los hijos de mis queridos Campbell.

Espero que disfrutéis del camino que, en esta ocasión, le ha tocado recorrer a Megan Campbell, la hija de nuestros queridos Ian y Aliena, protagonistas de Sangre escocesa. Solo espero haberlo hecho bien y que su historia os atrape como lo han hecho el resto.

A mí solo me queda el agradecerte tu tiempo y confianza en mis historias porque me empuja a seguir contándolas.

Gracias, gracias, gracias.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

Capítulo 29

Epílogo

CAPÍTULO 1

Primavera de 1550

Castillo Campbell, Escocia

James respiraba con dificultad, con escudo en una mano y la espada en la otra mientras clavaba su gris mirada en esa vikinga de gran tamaño, que lo provocaba con una sonrisa de suficiencia y que parecía no agotarse nunca.

Debía reconocer que tenía ante él a una gran guerrera, pero no claudicaría tan deprisa y mucho menos cuando todo su clan había rodeado el campo de entrenamiento para disfrutar del combate entre su laird y una valquiria bajada del mismísimo Valhala.

—¿Cansado, señor? —se burló la mujer, al mismo tiempo que dibujaba círculos en el aire con su espada.

—Solo te estoy dando algo de ventaja, quiero darte tiempo para que te acostumbres a este suelo —respondió él.

Ambos se movían en un amplio círculo, sin quitarse los ojos de encima y a la espera de recibir el siguiente ataque. En el perímetro, la gente jaleaba a los luchadores.

—Jamás pensé que vería a James en serios problemas ante un oponente —comentó Gavin, que permanecía apoyado con ambos brazos sobre la barandilla de madera.

—Ese demonio de mujer no es cualquier oponente —contestó Harald, que observaba la lucha con los brazos cruzados al pecho y sin desviar la mirada del terreno.

—Y yo me casé con ella... —exhaló Knut, lo que hizo que todos los que estaban junto a ellos soltasen unas carcajadas.

La guerrera soltó un grito al mismo tiempo en que se lanzaba contra James Campbell, quien fue más ágil y logró repeler el golpe con el escudo. La mujer bajó la espada con tanta fuerza que la madera se partió en dos, dejando a todos atónitos, salvo a los otros vikingos que observaban con diversión la acción.

—Sin escudo, pues —resolló el laird y lanzó a un lado del campo la mitad aún sujeta al brazo.

—¡Vamos, Sigrid! ¡Enséñale a ese cabezota de qué pasta estamos hechas las mujeres! —gritó una mujer de cabellos tan rojizos como los de James en el extremo del terreno.

—¡Dalo por hecho, pelirroja! —respondió esta, esbozando una enorme sonrisa y moviendo su corta espada como si ni notase el peso del metal.

—¡Gracias por ponerte de parte de tu hermano! —protestó él antes de llenar los pulmones de aire para volver a la lucha.

—Siempre te ha gustado provocar su ira, Aliena. No cambiarás en la vida —bromeó Gavin.

—Esa es mi esencia, mi querido amigo —contestó ella.

—Y por eso me encantas, pelirroja traviesa —susurró su esposo a su lado antes de besarle la mejilla y provocarle un calor enorme en todo el cuerpo.

El sonido de la espadas al chocar resonó con fuerza en toda la colina de Dollar. Golpe tras golpe, laird y guerrera deleitaron a los allí presentes con su destreza en la lucha.

Sigrid se movía con mucha agilidad, tanto que a James le llegó a hacer perder el equilibrio en varias ocasiones. El brazo del guerrero empezaba a estar dolorido por el peso de su propia arma y los ataques de la mujer.

Un golpe, otro y otro. Así hasta que James realizó su maniobra de combate por la que era conocido. En uno de los embates de la vikinga, se agachó y cambió la espada de mano con gran soltura para luego girar sobre los talones y darle en el trasero de ella con el arma, sin ocasionarle ningún corte. Eso hizo que todo su clan prorrumpiera en aplausos y vítores.

—Oh, oh. Sigrid se ha cabreado —pronunció Harald.

Ian, el esposo de Aliena, se plantó a su lado con semblante preocupado. Ambos conocían muy bien el malhumor de la valquiria cuando se enfadaba y más si se sentía humillada.

En seguida comprobaron todos hasta donde llegaba el malestar de la guerrera.

James, con la espada apoyada sobre el terreno, respiraba con dificultad, pero sin perder la sonrisa.

Sigrid lo miraba con ira. Sus fosas nasales se abrían de forma exagerada con cada respiración. Sin más, salió corriendo hacia él y acortó la distancia en apenas dos zancadas. Una vez a su altura, tomó impulso y se dejó caer sobre él con todo el peso de su espada. Él levantó rápido la suya para frenar el ataque, resollando por el cansancio.

Los ataques por parte de la mujer se sucedieron una y otra vez, sin darle opción al laird más que a detener las estocadas. James notaba cómo su brazo perdía fuerza y le costaba cada vez más sujetar la espada. Debía reconocer que era una gran contrincante, ningún otro guerrero le había puesto en tales aprietos y menos en un simple entrenamiento.

—Creo que tu hermano ha encontrado la horma de su zapato, una oponente digna de un guerrero como él —le comentó Gavin a Aliena, que permanecía abrazada a la cintura de su esposo, Ian. Ninguno desvió la mirada del campo de lucha.

—Esa valquiria es un auténtico demonio, yo lo sé bien —afirmó Knut, apoyado sobre la barandilla y observando con orgullo la habilidad de su mujer con la espada.

—Cuando luchamos en aquella playa, supe que sería una digna rival de mi hermano —dijo Aliena, con cierta resignación. Ian le acarició la barbilla y depositó un tierno beso en su frente.

—Tu hermano es el mejor guerrero, y no solo por su habilidad con la espada. Es noble, leal y, a la vez, fiero. —La pelirroja levantó la mirada hacia su esposo, sonrió y se dejó besar por él, con el corazón enternecido por esas palabras tan sinceras hacia su hermano, James.

El sonido del metal al chocar y los jadeos de ambos contrincantes, hizo que todos volviesen a

concentrarse en el terreno de juego.

Sigrid ya empezaba a notar el cansancio en sus brazos y en sus piernas y los movimientos eran cada vez más lentos. Se asombró de la enorme resistencia del guerrero escocés, ya que, normalmente, no le aguantaban tanto tiempo en sus ataques y bailes. Su admiración por el laird era cada vez más grande.

Golpe tras golpe, estocada tras estocada, las fuerzas abandonaban a ambos luchadores. Los hombres del clan, tanto hombres rudos y curtidos en la batalla como los jóvenes aprendices, contuvieron el aliento y dejaron de proferir vítores o ánimos hacia su laird. La tensión se apoderó de todos y el silencio se hizo con el control de la zona de entreno.

En un último intento por desarmar al gran guerrero escocés, Sigrid gira sobre los talones para arremeter con su espada por el flanco derecho del laird. James, que era conocido por su tremenda habilidad de luchar con ambas manos, intuyó la estrategia de la vikinga y, con un rápido movimiento de manos, cambió la espada de mano y frenó el ataque de la mujer.

Tan solo se escuchó el sonido susurrante del asombro de los más jóvenes ante tal artimaña. Los guerreros más antiguos del clan tan solo sonreían, henchidos de orgullos por su laird.

James realizó un movimiento de muñeca tan rápido que a Sigrid la pilló del todo desprevenida y acabó siendo desarmada. El laird giró sobre los pies hasta quedar tras la espalda de la mujer. Le dio un ligero golpe en el trasero con la espada, algo que hizo que los hombres aplaudiesen y riesen.

Sigrid resopló, ofuscada y ofendida por ese gesto tan típico de los hombres. No dijo nada, tan solo dejó que el laird recibiera su baño de ovaciones mientras ella se agachaba para recoger su espada.

—Oh, oh —se lamentó Knut.

—¿Qué? —quiso saber Gavin.

—Sigrid está enfadada —contestó él.

El segundo del clan abrió la boca para preguntar, pero un grito atronador, como salido del mismísimo Valhala, hizo que desviase la mirada de nuevo hacia la lucha.

Todo sucedió en cuestión de segundos.

Sigrid se lanzó contra un cansado oponente, al que ya le costaba bastante sostener la espada. No obstante, James logró dar un salto hacia atrás y levantar el acero a tiempo de frenar el ataque de la mujer.

Un golpe, otro..., y otro y otro. Así hasta que la vikinga hizo alarde de la destreza en la batalla de las conocidas como valkirias y, con un movimiento casi impredecible, logró realizar un corte en el costado del laird.

James, al sentir el frío acero cortar la carne, gritó de dolor y soltó la espada al mismo tiempo que se llevó la mano a la herida de la que brotaba sangre.

—Mi hermana lo va a matar —afirmó Ian, que, a pesar de conocer de sobra la forma de lucha de

Sigrid, estaba tan asombrado como el resto.

CAPÍTULO 2

Sentado en el borde la mesa del comedor, James soportaba las puntadas que su esposa, Abigail, le daba en la herida del costado. Había un silencio incómodo entre ellos. Aunque el dolor de la aguja al atravesar la carne le hacía resoplar, aguantó de forma estoica mientras ella lo curaba. Estaba enfadada con él y la comprendía.

—No te muevas o no podré cerrar bien la herida —comentó Abigail en un momento en el que, de forma involuntaria, James se movió hacia el lado opuesto de la mesa.

—No ha sido a propio intento —contestó él.

—Ya. —Un único monosílabo, una única palabra.

Desde que habían entrado por la puerta del salón, y una sirvienta había ido corriendo en busca de la señora del clan, no le había dirigido ni una sola mirada, salvo para reprocharle el haberse dejado herir de esa manera tan absurda e innecesaria.

—Abi, mírame —la instó, entonces.

—No, me queda un solo ... —Pero James no la dejó terminar. La tomó del mentón con suma delicadeza y la obligó a levantar la cabeza. Abigail clavó en él su mirada esmeralda y vio un amor infinito en esos océano grises que la observaban. Las lágrimas afloraron al instante.

James la cogió de la mano para ayudarla a incorporarse y la envolvió entre los brazos. Aun con el torso desnudo, su piel emanaba un calor infinito en el que ella adoraba resguardarse.

—Estoy bien, mi amor —le susurró él al oído, con tanto amor que Abigail creyó que el corazón se le iba a salir del pecho.

—No, James. Podría haber sido un corte más profundo o podrías haber... —Su boca se vio invadida por la de él, dejando que las palabras se perdiesen en su garganta.

James le dio un beso lento, profundo. Un beso que siempre lograba calmar cualquier miedo o angustia en ella. Un beso que hacía que el mundo se detuviera y solo existiesen ellos dos, nadie más. Un beso cargado del profundo amor que se seguían profesando, a pesar de los años.

Abigail rodeó el cuello del guerrero con los brazos y dejó que el calor del beso calmase la angustia que se había apoderado de ella. Estaba bien, tan solo había sido un mero accidente, un corte sin importancia.

—Tía, mamá me pidió que te diera estas hierbas que... —Una joven de cabellos rojos como el fuego, típica seña del clan Campbell de Clackmannanshire, irrumpió en la sala—. Uy, perdón —dijo al percatarse de la apasionada escena. Al instante, sus mejillas se tiñeron del mismo color que su pelo.

James y Abigail cesaron sus besos, pero sin apenas soltarse. La mujer ladeó la cabeza y se fijó en

el bote que su sobrina llevaba en las manos. Se liberó del abrazo de su esposo y caminó hacia ella, mostrando una amplia y dulce sonrisa.

—Gracias, Megan. Ahora mismo iba a ir su busca para untárselo al cabezota de tu tío en la herida —La joven se lo entregó.

—¡Oye! —protestó James.

Ambas rieron divertidas al escuchar las quejas del laird. Abigail le dio un fraternal beso en la frente a su sobrina y se volvió para continuar con las curas. Megan los observó durante unos segundos más, hasta que su tío volvió a tomar a su esposa entre los brazos y se apoderó de sus labios.

Abandonó la sala y cruzó el corto trayecto hasta la escalinata que daba al exterior, donde se encontró con su prima, Arabella.

—Acabo de pillar a tus padres en una actitud muy cariñosa —le dijo a la joven morena de ojos verdes, que era el vivo reflejo de su madre, Abigail.

—Ni que fuera la primera vez, Meg. Ya sabes que en este clan no somos muy dados a mantener las formas —bromeó Bella.

—Tienes razón —suspiró las palabras.

—¿Y eso? ¿Ocurre algo, prima?

—No..., bueno, es que... —Otro largo suspiro y su mirada se perdió entre las copas de los árboles que cubrían toda la colina.

—Mmm, venga. Demos un paseo y me cuentas qué es lo que atormenta. —Arabella se cogió del brazo de su prima y tiró de ella para alejarse de allí.

Bajaron la amplia escalinata y se dirigieron hacia el jardín privado. Siempre que querían compartir confidencias o hablar lejos de los oídos del resto del clan, se iban a su rincón favorito. Se trataba del pequeño huerto donde se cultivaban las plantas que utilizaban tanto para cocinar como para las curas.

El jardín constaba de tres niveles, ya que el castillo estaba asentado sobre la colina de Dollar. Un lugar mágico y un auténtico remanso de paz. La arboleda que rodeaba esa parte del jardín formaba una barrera natural que las protegía del aire, el frío e incluso los ruidos. Un rincón donde el silencio reinaba.

En cuanto llegaron, tomaron asiento en uno de los bancos de madera que había a un lado de la parcela.

—Muy bien, Meg. Estamos solas. Dime qué te pasa —la instó Bella.

—Es que..., al ver a tus padre tan enamorados, a pesar de los años, me ha dado por pensar en mi futuro. Me pregunto si yo lograré encontrar un amor así, apasionado y que persista en el tiempo. Es que... —Megan se llevó las manos a la cara y resopló frustrada—. Os veo a ti y a Ewan también, a mamá y a papá, y... ¡Ay, soy una ilusa, Bella! —exclamó con resignación.

Su prima la abrazó, conteniendo la risa.

—No, Meg, no eres una ilusa. Siempre fuiste bastante más enamoradiza que yo y todos sabemos de tu deseo por formar tu propia familia.

—Sí, pero no quiero hacerlo con cualquier hombre. No quiero ser una más de esas mujeres a las que solo se las quiere para...

—Para parir los hijos de un laird, lo sé. —Las dos rieron ante ese comentario tan típico y repetitivo por parte de la joven Arabella, quien se había casado recientemente con el hombre del que se enamoró, a pesar de cómo se conocieron.

—¿Crees que iré a la reunión del clan..., a Inveraray? —preguntó la joven pelirroja.

—¿Te refieres a Aiden?

—Sí. —Megan no había olvidado al joven muchacho de cabellos castaños y ojos del color del musgo, que la había besado con tanta pasión hacía apenas un año.

—Si quieres, le pido a Ewan que le envíe una carta para que...

—No. No, olvídale. De todas formas, no tendríamos futuro. Él es un proscrito, vive al margen de la ley y seguro que estará rodeado de mujeres muchos más...

—Meg. —Arabella envolvió las manos de la joven con las suyas y la miró fijamente—. Aiden ya no es un proscrito, es un laird —. Aquella afirmación la dejó pasmada.

—¿Cómo..., qué...? —balbuceó.

—Su padre murió cuando Ewan y yo estábamos en Irlanda. Al regresar, nos estaba esperando en el puerto y nos lo contó. Aiden ya no es el proscrito que conociste. Ahora, es el señor del castillo Tarbert, el laird del clan McAlister —le explicó su prima.

—Pero, entonces... Eso..., eso significa que...

—Que está obligado a acudir a la llamada del chief de los Campbell, tal y como han hecho todos los anteriores lairds. Nuestros clanes son aliados desde hace muchos años. —El nerviosismo se apoderó de la joven muchacha. Se liberó de las manos de su prima y comenzó a retorcer los pliegues de la falda del vestido—. Meg, ¿estás enamorada de Aiden? —quiso saber Bella.

—No..., no lo sé. Sería bastante absurdo, Bel. No puedo enamorarme de un hombre solo porque me diga cuatro palabras bonitas y me robe algunos besos.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido.

—Te recuerdo que yo me enamoré y me casé con el hombre que me secuestró. Eso sí que no tiene sentido alguno. —Ambas primas se miraron a los ojos—. Meg, el amor no entiende de estas cosas, ni de razón ni de estatus. Además, tampoco es que Aiden fuese tu primer beso —dijo.

—Bueno..., en cuanto a eso —titubeó la joven.

—Pero, creía que Duncan y tú...

—No, no pasó nada. Dijo que respetaba mucho a tu padre y no quería propasarse con la sobrina

de su laird. Apenas nos rozamos los labios, nada más. No fue ni de lejos como el beso de Aiden. Él..., fue increíble, Bella. Nunca nadie me había besado así, y las cosas que me hizo sentir con solo ese roce de su boca...

Arabella soltó una carcajada.

—Mi querida prima, bienvenida al maravilloso mundo del amor adulto.

—Es horrible —protestó la joven.

—¿Por qué dices eso, Meg? —Esa afirmación la dejó descolocada. Su romántica prima, catalogando un acto apasionado como algo horrible.

—Pues porque ahora sí que no tengo ninguna posibilidad con él, Bella. Tú lo has dicho, ahora es un laird y, como tal, se debe a su clan.

—¿Y qué? Efectivamente, como es el laird, podrá elegir a la esposa que desee.

—Ay, Bella. Eso solo funciona aquí y porque tu padre es muy estricto con esa norma, pero en el resto de los clanes no funciona así. Deben casarse para buscar la unión y la paz con otros.

—Tonterías, y si es preciso, le pediría a mi padre que intercediera por ti ante Archi o la mismísima reina regente. —Megan rio de forma sonora porque sabía que su prima era capaz de molestar al mismísimo demonio con tal de obtener lo que se proponía. Bella la abrazó con ternura —. Por mi familia sería capaz de quemar todo el reino, ya lo sabes —susurró.

—Te creo, prima, y me siento muy afortunada por tenerte en mi vida.

CAPÍTULO 3

Una semana más tarde, el clan Campbell recorría las tierras escocesas del norte en dirección a la región conocida como Argyll, lugar donde se encontraba ubicado el castillo de Inveraray, bastión de los Campbell y hogar del chieff, Archibald Campbell.

La familia de Ewan se había separado de la comitiva en Stirling, donde tomaron rumbo hacia el sur del reino, a Portpatrick, donde embarcarían hacia tierras del Ulster. Fue una despedida bastante emotiva por parte de todos, ya que llegaron a tomarse un cariño enorme durante su tiempo en Dollar.

A pesar de ser una convocatoria del propio chieff, James Campbell decidió no acudir con demasiados guerreros. Las tensiones entre los clanes partidarios de la reina regente y los que estaban en contra empezaban a causar serios estragos en la pequeña paz que se había logrado durante los años pasados.

Con apenas veinte hombres, el laird Campbell de Clackmannanshire se adentró en las aún heladas tierras del norte, junto a toda su familia y guerreros. Un séquito formado por jinetes y dos carromatos donde transportaban a las mujeres y niños del clan y los enseres necesarios para la estancia en el castillo de Inveraray.

—Creía que nos íbamos a encontrar más dificultades al atravesar el valle de Cononish —comentó Ian Campbell, que montaba en su precioso corcel marrón oscuro. cabalgaba junto al laird, quien permanecía con la vista siempre fija en el horizonte, atento a todo.

—Este año no ha habido las mismas heladas de años anteriores —contestó James. Dubh, el poderoso corcel negro que lo había acompañado en infinidad de batallas, agitó la cabeza y resopló con fuerza. James le dio unas palmaditas en el cuello para calmarlo.

—Sí, el tiempo ha estado algo extraño —dijo Ian.

—Si solo fuera el tiempo...

—De Guisa sigue sin nombrar a un Guardián de los Borders, ¿verdad? —James resopló frustrado y su cuñado se lo tomó como una respuesta clara—. No creerás...

—Por su bien, espero que ni se le pase por la cabeza. Los Kerr llevan siendo los guardianes de la frontera del reino desde que el rey Robert les otorgó esas tierras. Sería un insulto a nuestra historia si ahora fuesen despojados de tales títulos para dárselos a otro clan. Eso solo serviría para crear más conflictos entre nosotros —lo cortó James.

—¿Y si decide nombrarte a ti como guardián?

—Encontraré la forma de negarme a aceptar tal honor y tendré que convencer a la reina regente de que esa idea sería la peor de todas.

—Buena suerte con eso de convencer a un De Guisa a hacer algo en contra de sus ideales —se burló Ian. James volvió a resoplar con más fuerza y su caballo le respondió de la misma forma.

Unos metros por delante de ellos, las mujeres viajaban en el interior del carromato, algo incómodas por el vaivén de los baches que iban pillando a cada tramo.

La joven Megan iba sentada junto a la ventanilla y observaba el paisaje en absoluto silencio, algo que llamó la atención de su prima, Arabella.

—¿Va todo bien, Meg? —quiso saber ella.

—Sí..., más o menos. —Su prima la miró a los ojos, a sabiendas de que no era cierto lo que decía—. Estoy bien, Bella —afirmó para calmarla.

Volvieron a quedar en silencio, con la miradas de sus progenitoras puestas en ellas e intentando no parecer atentas a la conversación de las jóvenes, pero en ese reducido espacio no se podía tener mucha intimidad para hablar sobre nada.

—¿Estás nerviosa? —volvió Arabella a hablar, en un tono de voz lo suficientemente bajo como para que solo su prima la escuchase.

—Un poco, la verdad. —Megan tomó aire, llenó los pulmones y lo dejó ir con un largo suspiro —. ¿Crees que irá a la reunión? —preguntó al fin, desviando la vista del paisaje y pasando a mirar a su prima.

—No lo sé, la verdad. Ewan no recibió ninguna carta al respecto...

—¿Y tío Jamie no sabe qué clanes acudirán? —Arabella abrió la boca para contestar, pero fue su madre, Aliena Campbell, quien intervino en la conversación.

—¿Es que esperas ver a alguien, cariño?

—No..., no, no. Es solo por saber si habrá gente conocida con la entablar conversación, ya que me compañera de fatigas ahora es una mujer casada y se debe a su esposo —se apresuró a contestar Megan. Notó un calor repentino subirle por el cuerpo hasta alojarse en sus mejillas, que se sonrojaron al instante.

—¡Oye! El que sea una mujer casada no significa que no pueda pasar tiempo con mi querida prima —protestó Arabella.

—Cielo... —dijo su madre, Abigail—, como tú bien dices, eres una mujer casada y se espera un cierto decoro por tu parte. Ya no puedes andar subida por los árboles ni por los muros del castillo.

—En Inveraray no hay muros, madre —se burló Bella.

—Ya sabes a qué me refiero, hija. Ahora eres una mujer casada y debes comportarte como tal.

—¿Por eso Seelie viaja con nosotras? —La mención de la yegua de su madre hizo que, tanto Aliena como Megan, agacharse la cabeza para esconder una sonrisa burlona.

—Es mi montura, no sé por qué te extraña que...

—Así que, tú, como esposa del laird Campbell más poderoso, tan solo te has traído a tu yegua para dar largor y tranquilos paseos por los jardines de Inveraray, en compañía del resto de las

esposas de los lairds, con las que mantendrías unas conversaciones de lo más profundas e interesantes. ¿No es así..., madre? —A Aliena se le escapó la risa y Megan se llevó una mano a la boca, mientras que Abigail clavó la mirada en astuta hija..., hasta que optó por sacarle la lengua a modo de burla—. Madre, un poco de decoro, por favor. Sois una mujer casada, ¿qué van a pensar las demás damas? —se burló la joven.

Las cuatro mujeres acabaron llenando el interior del carromato con sus risas..., hasta unas fuertes sacudidas las hicieron sujetarse a los bancos donde iban sentadas. En un segundo, estaban unas enfrente de otras y al siguiente se vieron rodando por el interior, chocando entre ellas y con los cojines volando por encima de sus cabezas.

Cuando por fin todo dejó de dar vueltas, se encontraron las cuatro tumbadas boca arriba, con un enorme mareo y adoloridas por completo. El carro estaba tumbado de un costado. En el exterior se escucharon los cascos de los caballos y las pisadas de los hombres alrededor del vehículo.

—¡Abigail! ¡Bella! —exclamó James, que fue el primero en llegar.

Con suma agilidad, y el corazón latiendo a gran velocidad, se encaramó sobre el costado del carro y tiró con fuerza de la manija de la puerta hasta lograr arrancarla. Respiró de nuevo cuando introdujo medio cuerpo dentro y comprobó que todas estaban bien.

—Hermano, existen mejores formas de mantener a cuatro mujeres en silencio —bromeó Aliena, que tenía todo el cabello rojizo esparcido sobre la cabeza.

A James se le escapó la risa antes de estirar el brazo hacia ellas para ayudarlas a salir una a una. La primera en tomar su mano fue su pelirroja hermana, a quien su esposo, Ian, ya la estaba esperando a los pies del carromato. La siguiente en salir fue Megan y fue recibida en los brazos de sus padres.

Fue el turno de la joven Arabella, que tuvo que quitarse varios cojines de encima y colocarse bien los faldones alborotados de su vestido. Cuando logró trepar hacia la salida, se vio envuelta en los brazos de su padre.

—Papá..., me estás ahogando —protestó ella, con la cabeza metida contra el ancho pecho de su padre.

—Bella —pronunció Ewan a espaldas de ambos.

James no quería soltar a su hija, pero entendía la angustia por la que el joven McGregor estaba pasando porque él mismo aún notaba a su corazón desbocado. Antes de permitirle a su hija reunirse con su esposo, tomó su rostro entre las manos y la besó en las mejillas.

—¿Me vas a dejar mucho tiempo aquí abajo, esposo mío? —La voz de Abigail resonó desde el interior del carromato. Sin pensarlo, el laird se dejó caer por el hueco y acabó arrodillado junto a ella. La cogió de la cintura y se la atrajo hacia él, abrazándola con tanta fuerza que ella se vio obligada a protestar—. James... —dijo entre risas.

—Mi corazón se detuvo cuando vi el carro volcar y rodar con vosotras dentro. Toda mi vida pasó por delante de mi cabeza y que Dios me perdone, pero le recé a ángeles y demonios por igual

para protegeros. Si os llega a pasar algo, Abi... si... si te llego a perder...

Las palabras se le ahogaron en la garganta, imposible de pronunciarlas. Abigail, conmovida por la angustia que veía en los ojos de su esposo, acercó los labios a su boca y lo besó con dulzura.

—Pero no nos ha pasado nada, estamos bien, James. Yo estoy bien. No tengo pensado dejarte tan pronto, mi demonio de ojos grises —ronroneó contra su boca.

—Mmm, mi ninfa descarada —gruñó él antes de darle un apasionado beso.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó desde el exterior.

James bufó en señal de protesta al verse obligado a refrenar el deseo por poseer ahí mismo a su esposa, lo que hizo que Abigail se riese contra su boca. Envolvió el rostro de su poderoso guerrero y, proyectando la voz hacia arriba, contestó:

—Sí, todo bien. Ahora salimos. —Posó los labios sobre los del laird y dejó que la devorase durante unos breves instantes antes de abandonar el interior del carro.

Una vez todos a salvo, los hombres inspeccionaron el estado de la estructura y comprendieron que deberían de hacer una parada de emergencia en la aldea más cercana para poder reparar la rueda trasera izquierda, que se hizo añicos debido a una piedra puntiaguda y fue la causante del aparatoso accidente.

Mientras colocaban una rueda de repuesto, algo más pequeña que las otras, acordaron que las mujeres viajasen a caballo hasta el hospedaje más cercano. Abigail quiso subir a propia montura, pero James se lo impidió y la alzó sobre su caballo.

—Veo innecesario que hagas a Dubh cargar con tanto peso, James. Para eso traje a Seelie y estoy bien para montar —protestó ella.

—Perdona a este tonto enamorado por no querer separarse de ti ni un instante y más cuando acabo de sufrir un enorme disgusto —susurró el laird en su oído.

Abigail se dejó caer contra el pecho de su esposo y ronroneó:

—Mi fiero guerrero..., ¿qué podré hacer yo para calmar vuestro dolor, mi señor?

James pasó las riendas a una sola mano y con la otra, agarró la cintura de su esposa para atraerla más hacia su cuerpo. Ella ahogó un grito al notar la dureza de su miembro contra su trasero.

—No provoquéis, milady, o me veré obligado a castigados —murmuró en un tono de lo más sensual y excitante.

—Chicos, por favor, que no estáis solos —se burló Ian, que cabalgaba a unos pasos por detrás, con su esposa, Aliena, sentada delante.

—¿Celoso, hermano? —rio Abigail.

—Para nada, pero pienso en el pobre Dubh, que ya está mayor y no creo yo que le guste tener que soportar vuestros arrumacos sobre él. Sería algo incómodo para él —contestó Ian. Aliena ahogó una risa divertida.

—Mi caballo puede soportar eso y más, es duro como su jinete —comentó James con orgullo.

En ese instante, Dubh resopló a modo de protesta y agitó la cabeza—. Traidor —le dijo el laird y todos estallaron en risas.

Mega, que montaba con su hermano Alastair, observaba todo con cierta tristeza. Se sentía feliz de ver a sus seres queridos tan enamorados como el primer día, pero no podía evitar sentir cierta envidia por no tener algo así. Ella también quería vivir su propia historia de amor. Sin darse cuenta, suspiró con fuerza y eso atrajo la atención de su otro hermano, Gideon.

—Tranquila, hermanita. Pronto encontrarás un esposo que te cuide —dijo el joven de cabellos negros como la noche y ojos azules como una mañana soleada.

—Ya, bueno..., no solo deseo un esposo que me cuide, Gid. Quiero un amor como el de nuestros padres, el de los tíos o el de Bella y Ewan —suspiró ella.

—Eres una soñadora, hermanita —pronunció Alastair a su espalda.

—No es malo soñar, Al...

—No, pero hace daño porque todos sabes que la realidad, en nuestro mundo, no es para nada como en esos libros que tanto lees y relees —contestó su hermano. Alastair Campbell, un joven hermoso de cabellos cobrizos como ella y su madre, pero de ojos verdes como su padres. Para Megan, el más valiente y el que siempre se preocupaba por protegerla de cualquiera que se atreviese a hacerle daño. Pero era demasiado pragmático, poco pasional, salvo en la lucha.

En cambio, Gideon era diferente. Era más como ella, soñador y buen lector. Se le daba bien la lucha con la espada, pero prefería el diálogo a cualquier enfrentamiento. Era un gran orador y sentía pasión por las leyes, por eso dedicaba su tiempo a estudiar para ser letrado del clan y llevar todo el tema legal.

Cuán diferentes eran los dos hermanos y cuánto los amaba a ambos por igual. Incluso a su hermano pequeño, Evan, que para esa ocasión decidieron dejarlo al cuidado de sus tíos, Gavin y Elena, en el castillo. Megan quería tener algo así, deseaba una gran familia como la suya, donde el amor, el respeto y la lealtad eran los pilares fundamentales que los sostenían a todos.

CAPÍTULO 4

Megan y Arabella estaban sentadas en una de las mesas del comedor del hostel que habían elegido para descansar mientras los hombres arreglaban la rueda del carromato. Ambas primas degustaban un guiso de caza caliente cuando Ewan apareció junto a ellas.

—No dejaré de admirar las dotes que tiene tu padre a la hora de negociar. Ahora entiendo esa admiración que despierta en todo el que lo conoce —comentó nada más sentarse al lado de su esposa, Arabella.

—Sí, papá tiene un magnetismo enorme. Mamá dice que es por su voz, que logra hipnotizar a las personas —respondió ella.

—Y porque transmite seguridad —concluyó Megan, antes de meterse un trozo de pan en la boca.

—También influye mucho su cabezonería y testarudez, no lo olvidéis. —escucharon decir a sus espaldas. Abigail y Aliena aparecieron junto a ellos, como salidas de la nada.

—Pero, mamá, ¿cómo osas decir que mi padre es testarudo y cabezota? —bromeó Bella.

—Tal vez porque os parecéis más de lo que pensáis —contestó su madre, esbozando una sonrisa burlona.

Arabella ladeó la cabeza y luego se giró hacia su esposo, que alzó una ceja y la miró con intriga al ver su expresión.

—¿Tú también crees que somos igual de cabezotas? —preguntó ella.

Ewan tragó saliva, despacio y sopesando la respuesta.

—Como dos gotas de agua, mi amor... —respondió sin más. Megan se atragantó al darle un trago a su bebida y Aliena y Abigail contuvieron la risa al ver la cara de incredulidad de la joven—, y por eso te amo tanto —matizó el guerrero.

—Ya —apuntó Bella.

—¿Nuestros esposo siguen debatiendo con el herrero, Ewan? —le preguntan al joven las mujeres del clan.

—Sí, pero ya solo estaban discutiendo el precio de la reparación —contestó él.

Ambas resoplaron y pusieron los ojos en blanco. antes de despedirse a abandonar la estancia, en busca de sus esposos.

—¿Nuestros hermanos ya se han ido en busca de mujeres que les calienten el lecho? —quiso saber Bella. Esa vez, Megan sí se carcajeó por el comentario tan inapropiado para una dama, pero así era su prima: una rebelde sin remedio alguno.

Ewan rio divertido al verle la cara de asombro a uno de los hombres de la taberna que había

escuchado tal comentario salido de la hermosa boca de su esposa.

—No, hoy no irán en busca de ninguna muchacha. No quieren dejarme solo en su aventura —dijo.

—¿Y por qué habrías de quedarte solo? —Arabella lo miró intrigada y a la espera de una respuesta.

—Porque esta noche dormiré con ellos en los establos y tú dormirás con tu prima, que...

—No, chicos —exclamó Megan. Quiso continuar con su réplica, pero Ewan acercó sus labios al oído de su esposa y susurró:

—Necesitáis estar a solas las dos, Bella. Alastair me ha dicho que la encontró algo entristecido durante la cabalgada hasta aquí. Habla con ella, yo dormiré esta noche con tus hermanos y tus primos.

Arabella giró la cabeza hasta tener su boca a escasos centímetros de la de él y lo besó. Acarició la mejilla del guerrero y dijo:

—¿Te he dicho ya lo mucho que te amo?

—Me lo demuestras todos los días —respondió Ewan. Volvió a robarle un beso a su esposa y dejó a ambas primas terminarse su guiso con tranquilidad.

Megan se cepillaba su larga melena rojiza, sentada en el alfeizar de la ventana del hostel mientras esperaba el regreso de Arabella. Esa noche, la luna apenas se dejaba ver entre las nubes que cubrían el cielo escocés. Tan solo dejaba escapar algunos rayos de luz tenue y de forma temerosa, como si avergonzase de mostrar su belleza.

—Ya somos dos —confesó ella al mismo tiempo que pasaba las cerdas del cepillo por las ondas que se le formaban en las puntas.

Unas risas en el exterior llamaron la atención de la joven y no pudo resistir la tentación de asomarse para ver lo que ocurría. Con sumo cuidado, se inclinó lo justo para vislumbrar a una pareja de enamorados robándose apasionados besos, al mismo tiempo que él provocaba las carcajadas en la mujer que envolvía entre los brazos. Se trataba de su prima, Bella, y su esposo, Ewan.

Los labios de Megan se curvaron en un sonrisa sincera, aunque a la vez de añoranza. Extrañó esos momentos que coqueteo con un chico, esa complicidad previa a un beso que te hacía perder todo el sentido y hasta hacía que todo bajo los pies desapareciese. El cosquilleo en el estómago que te producía la sola caricia de la persona que te hacía vibrar a unos niveles inconcebibles.

Llenó los pulmones y lo dejó ir con un largo suspiro. Luego, cerró la ventana y se fue directa a la cama. Su prima no tardaría en llegar, pero suponía que querría tener un momento a solas con su reciente esposo.

Apartó las mantas a un lado y se deslizó sobre las sábanas, emitiendo un ligero quejido de placer

al notar la frescura de la ropa de cama. La almohada acabó cubierta por una maraña de cabello rojo como el fuego, mientras ella observaba el techo sobre su cabeza.

Ya cubierta de nuevo por las mantas, Megan rebuscó en su mente el recuerdo de unos besos robados, tiempo atrás, y el rostro del joven que logró colarse tan profundamente en su corazón que a veces hasta le dolía.

—Debo olvidarte, Aiden McAlister. Lo nuestro tan solo fue un amor de verano y ahora me debo a mi clan y a mi familia. Buscaré un buen esposo que me de paz y protección, y a ti te guardaré en el recuerdo —susurró al vacío de la habitación, como si las hadas de la noche fuesen capaces de llevarle el mensaje al proscrito que le robó el corazón.

CAPÍTULO 5

Tan solo habían pasado un par de horas desde que emprendieron rumbo a Inveraray y a Aiden McAlister ya le estaba agotando la paciencia. Las constantes quejas por parte de su hermanastra, Valery, debido al aire frío que entraba a través de las cortinillas del carruaje y del vaivén producido por los baches, no hacían más que augurar un viaje de lo más agónico. Y no era el único molesto, los guerreros McAlister que los acompañaban no se cortaban a la hora de mostrar su malestar, cada vez que escuchaban la voz martilleante de la joven.

—Creo que Ramsey está a punto de lanzar a tu hermanastra por los acantilados —bromeó Bodric, que cabalgaba a su lado.

Aiden dejó escapar una risa y levantó la vista hacia el frente, viendo la expresión de agonía que se marcaba en el rostro de Ramsey y del resto de sus hombres.

—Nadie se lo reprocharía, y si decide lanzar a Virginia con su hija, hasta le regalo unas tierras —rio él.

—Oye, por ese precio lo hago yo mismo —exclamó Bodric.

Las carcajadas de Aiden resonaron con tanta fuerza que los guerreros que iban en cabeza se giraron sobre sus monturas para observar a su laird y al primo de este riéndose de forma relajada. Los graznidos de las aves marinas se entremezclaron con sus risas, como si hubiesen entendido la conversación y decidieran unirse a la chanza.

A unas quince millas más adelante, cerca de Kilmore, hicieron la primera parada del trayecto. Un viaje que bien se podría hacer en una o dos etapas, se transformarían en unos tediosos tres días.

Mientras Bodric hablaba con el dueño de la posada para pedirle una habitación, Aiden se quedó junto a sus hombres para designarles a cada uno las tareas correspondientes y para ayudar a su madrastra y hermanastra a bajar del carruaje.

—Diag, este sitio huele a estercolero —protestó la joven, nada más abrir la portilla y asomar la cabeza.

—La siguiente aldea está a más de diez millas y tus exigencias han sido claras, en cuanto a la necesidad de un buen sueño reparador que toda dama de alta cuna debe tener —soltó él con sarcasmo. Extendió la mano hacia ella, por pura cortesía, para ayudarla a descender del carruaje.

—Como laird de un clan importante deberías de atender las necesidades de todos tus súbditos, *hermanito* —replicó ella.

—Valery... —la reprendió su madre a su espalda—. No agobies a tu hermano, aún es nuevo ostentando el puesto de líder del clan. —Ahí estaba ese mensaje hiriente, acompañado de su clásico tono molesto.

—Hermanastro, para ser más exactos, y gracias por vuestro apoyo, *mi querida madrastra* —le espetó él. Una hipócrita sonrisa asomó en su rostro, mientras ayudaba a una altiva Virginia a bajar la escalerilla del carro.

Aiden era conocido por su enorme paciencia a la hora de lidiar con personas un tanto cargantes, algo que muchos admiraban e incluso lo consideraban un don. Lo que muy pocos sabían era que su infinita paciencia fue trabajada durante años conviviendo con esas dos mujeres desesperantes.

Aún recuerda el momento en el que entraron a formar parte de su vida. Hacía tan solo un año que su madre había muerto por unas fiebres al dar a luz a la que debería ser su hermanita pequeña. Ambas murieron con escasas horas de diferencia y eso dejó una sombra de negrura en el corazón de su padre que jamás logró curar.

Tras una visita al clan McEwen, su padre y laird del clan, Donald McAlister, regresó con una esposa y una hijastra, que adoptó al instante como si fuera de su propia sangre. Aiden tenía apenas nueve años y comenzó a sufrir los desaires de su nueva madrastra y el acoso incesante de una niña de cabellos dorados como el sol, cuyo único interés era lograr encamarse con el heredero del clan.

Él no fue el único en darse cuenta de la ambición de las dos mujeres que, con su actitud altiva y egoísta, traían a todo el castillo loco. Y no solo a los propios sirvientes, sino a cualquiera que se les cruzase en su camino y no las alabase como ellas creían que se merecían.

Durante años, Aiden vivió un auténtico infierno. Sobre todo porque su padre no quería escuchar las quejas de un «muchacho caprichoso y holgazán». Virginia McEwen, ahora McAlister, le tenía del todo controlado, hasta tal punto que mucha gente del clan se alejó de su laird.

Eso fue uno de los muchos motivos que empujaron a un joven Aiden a huir del que fuera su hogar y acabase siendo un proscrito, junto al que ya consideraba su hermano de sangre, Ewan McGregor. Aunque el suceso que hizo que el heredero del clan saliese a hurtadillas de su propio castillo fue la noche en la que su hermanastra se metió en su cama y acabó cometiendo el mayor de sus errores.

Fue tras la celebración de la unión de unos miembros del clan. Como era de costumbre, el whisky y la cerveza corrieron por las mesas sin descanso, entre piernas de venado y asado de jabalí.

Esa noche, Valery estaba extrañamente simpática con todo el mundo, pero en especial con él. Por algún motivo que desconocía, decidió concederle una segunda oportunidad y tratar de llevarse bien con su hermanastra.

Bailaron, bebieron y rieron durante toda la celebración, hasta que Aiden comenzó a notar su cuerpo pesado y se fue a sus aposentos a descansar. Momentos más tarde, y aún con el sonido de las gaitas sonando en la explanada del castillo, Valery lo montaba a horcajadas, sin camisón ni ninguna tela de por medio. Envuelto por la excitación y un fuerte embrujo, el joven heredero se dejó llevar por la pasión. Hasta que a la mañana siguiente fue consciente de lo que había sucedido la noche anterior y, sin más, recogió las pertenencias justas y desapareció del castillo Tarbert, y del clan

McAlister, con la intención de no regresar nunca más.

Pero el destino le tenía preparado algo muy distinto.

—Bueno, ya han preparado la estancia de las damas y en seguida podremos deleitarnos con un buen guiso de carne. —Bodric, su primo y confidente durante los años en los que vivió en Tarbert hasta su huida, se acercó a ellos y le entregó a Aiden la bolsa de piel con las monedas que le había entregado él, previamente.

—¿Les has pedido que nos suban una bañera con agua bien caliente para poder darnos un baño las dos? —preguntó Valery, que se recolocaba el corpiño de su vestido azul claro.

—No porque, como podéis observar, miladies, es una posada pequeña y sencilla. No disponen de lujos, tan solo estancias para viajeros que están de paso —respondió Bodric.

Los ojos celestes de la joven se abrieron en exceso y lanzó al guerrero una mirada de lo más asesina posible. Para ser una muchacha de cabellos dorados como el sol, unos ojos del mismo color del cielo y un rostro angelical, era lo más parecido a un demonio salido del mismísimo infierno.

—Acostumbro a darme un baño relajante antes de irme a dormir, me ayuda a relajar la piel y a estar limpia...

—Pues esta vez tendrás que conformarte con el calor de tu madre —aseveró Aiden.

—¡Pero...! —Su réplica fue detenida por la leve caricia de su madre, que posó una mano sobre la de su hija y le dio un ligero apretón.

—No pasa nada, cariño. Estoy segura que será solo por esta noche y que, para futuras paradas, tu *hermano* sabrá cómo solucionarlo —dijo, dejando salir las palabras de su boca con calma y cargadas de veneno. Clavó en él sus ojos del mismo color que los de su hija y este le correspondió con un asentimiento leve.

Madre e hija pasaron entre los hombres del clan, que observaban la escena con cierto desprecio por ellas. Aiden y Bodric caminaron tras sus pasos. Fue este último quien se adelantó a las mujeres para abrirlas la puerta de la posada, un gesto galante por pura educación, que fue agradecido con una mirada de desprecio.

Aiden negó con la cabeza y suspiró. No entendía qué tenían esas dos en la cabeza, nunca lo había entendido ni quería. Tan solo buscaba la forma de poder librarse de ellas. Por eso había aceptado llevarlas con él a la convocatoria del chieff Campbell, porque esperaba casarlas con algún miembro notable de uno de los clanes más poderosos de todo el reino y librarse, por fin, de soportarlas más.

—¿Crees que algún loco aceptará a esas dos arpías en su clan? —preguntó su primo en voz baja, para que el oído fino que habían demostrado tener tanto madre como hija los delatase.

—No descansaré hasta que logre encontrarles esposo —afirmó Aiden.

—Pues..., te auguro una ardua labor, mi querido primo. —La burla les arrancó a ambos unas risas, mientras caminaban entre las mesas de la posada. Virginia y Valery ya habían tomado asiento

en una de las mesas del fondo de la estancia y acosaban al posadero con sus demandas—. ¿Crees que volverás a ver a esa joven pelirroja de la que me hablaste? —La pregunta de Bodric lo descolocó y, a la vez, hizo que su corazón diera un salto en el pecho.

—Es una Campbell, cabe la posibilidad de que nos reencontremos...

—No una Campbell cualquiera, Aiden. Es la sobrina del Demonio rojo, amigo. No me gustaría tenerlo de enemigo.

—¿Y por qué habría de enemistarme con James Campbell? —inquirió molesto por esa afirmación.

—Pues..., porque si cautivas a su joven sobrina y luego la dejas tirada...

—No voy a hacer tal cosa, Bodric. ¿Por quién me tomas?

—Por el joven que le robó un beso, le susurró palabras bonita y luego secuestró a su prima ante los ojos de todo un campamento lleno de guerreros poderosos. No creo que James Campbell lo haya olvidado. —Y su primo tenía razón, aunque le molestase reconocerlo.

Él había formado parte del secuestro de Arabella Campbell, la hija de uno de los lairds más poderoso de toda Escocia y no solo por su destreza en la batalla, no. James Campbell era uno de los hombres más cercanos a la corona escocesa y a quien la reina consorte tenía en gran estima.

Aiden llenó los pulmones de aire y lo dejó ir con un largo y sonoro suspiro. Se mesó el cabello castaño, alborotando los rizos que le caían sobre la frente, y dijo:

—Habrà que ver cómo se desarrollan los acontecimientos. —Y puso fin a esa incómoda conversación para que las arpías de Virginia y Valery no escuchasen nada. Pero las palabras de su primo le rondaron durante toda la cena y la noche, impidiéndole en ocasiones conciliar el sueño.

CAPÍTULO 6

Castillo de Inveraray, bastión del clan Campbell y hogar del chieff y del conde de Argyll, Archibald Campbell. Una edificación grande y majestuosa, ubicada a orillas del lago Fyne.

Megan tan solo había estado allí en una ocasión y apenas contaba con diez años. Fue en la celebración de los Juegos de las Tierras Altas que tuvieron lugar en un mes de julio muy húmedo y caluroso. Lo recordaba con claridad porque Arabella y ella se escapaban al lago cada vez que sus padres se despistaban.

Recorrieron el sendero hacia la esplanada de entrada de la imponente edificación con un trote lento, lo que les permitía admirar las hermosas vistas de los jardines que rodeaban la propiedad. al fondo, el gran lago azul.

El carruaje se detuvo ante la escalinata de entrada al castillo. Al instante, un sirviente abrió la portilla para dejar salir a las damas del interior, ofreciéndoles una mano como punto de apoyo.

La primera en salir al exterior fue la señora del clan y tía de Megan, Abigail Campbell, a quien su esposo ya la estaba esperando al final de la escalerilla. Su prima Arabella fue la siguiente y luego, su madre, Aliena.

Cuando fue el turno de Megan, avanzó con cuidado por el interior del carruaje para no darse un cabezazo contra el marco de la portilla y apoyó una mano con suma delicadeza sobre el codo del joven lacayo que la esperaba con una amplia sonrisa. Ella le correspondió de igual forma y descendió con gracia.

En cuanto sus pies tocaron suelo firme, levantó la vista hacia la figura del castillo y se quedó pasmada. No lo recordaba así de imponente, pero hubo de reconocer que era uno de los castillos más hermosos que jamás haya visto.

—¡Mis queridos primos, mis favoritos de toda esta amplia familia! —exclamó una voz en la distancia.

Megan siguió el sonido y vio al conde de Argyll, Archibald Campbell, avanzar hacia ellos con los brazos extendidos. Se fundió en un sonoro abrazo con su tío, James Campbell, y luego, rodeó con fuerza el cuerpo de su madre.

—¿Ya no tienes a quien martirizar con tus propuestas, Archi? —bromeó James.

—Querida, algún día me tendrás que explicar cómo lo soportas —refunfuñó el conde mirando a Abigail. Esta tan solo soltó una leve risa y aceptó el saludo cariñoso del chieff del clan.

—¿Somos los primeros en llegar, Archi? —preguntó Aliena, sujeta del brazo de su esposo, y padre de Megan, Ian Campbell.

—Oh, no. Nuestros familiares del lago Tay ya están aquí desde hace dos días —respondió

Archibald.

—Cariño, podrás saludar a tu antigua prometida —se burló Abigail.

—Me lo vas a recordar siempre que puedas, ¿verdad? —gruñó James.

—Sabes que me encanta atormentarte —coqueteó ella a su lado. Archibald estalló en carcajadas y pasó a indicarles que lo siguieran al interior del castillo para mostrarles a cada uno sus respectivas habitaciones.

Los cinco guerreros que viajaban con ellos fueron en busca de los establos y del pabellón donde se alojarían ellos.

Flanqueada por sus hermanos y primos, Megan cruzó el umbral de la entrada y se quedó maravillada al ver la decoración tan maravillosa. Nada más entrar, los recibía un hall amplio, de forma circular y con unos techos tan altos como cuatro buenos guerreros escoceses. A su izquierda, asomaba un enorme y lujosos salón, con una decoración de lo más exquisita y en unos tonos azules verdosos que le daban calidad al ambiente. Otra sala de iguales dimensiones y colores, pero con una enorme mesa de madera robusta, estaba a su derecha.

Frente a ellos, un pasillo estrecho por el que se veía a los sirvientes pasar de una estancia a otra. Y gobernando la entrada, una infinita escalera de caracol que le daba un toque de castillo de cuento de hadas, con una barandilla de madera teñida de blanco y rebordes y detalles dorados.

—Por aquí, mis queridos primos —les indicó Archibald al mismo tiempo que ascendía por esa maravilla de escalinata.

Megan no recordaba para nada el interior del castillo así, pero era muy pequeña y apenas pasaron tiempo en el interior. Ni que decir que con esas edades no prestaba tanta atención a los detalles como lo hacía ahora.

Las habitaciones de las tres parejas casadas se ubicaban en la primera planta, la misma que la del conde y su actual esposa, Catherine McLean, con la que se había contraído nupcias cuatro años atrás.

Las estancias del resto del clan estaban en la segunda planta. Alastair y Gideon, los hermanos de Megan, ocuparon la primera habitación a la derecha de la escaleras. Sus primos, James y Collin, dos más lejos, ya que la del medio estaba reservada para ella y una prima lejana que llegaría en unos días.

—Te tendremos vigilada, hermanita —bromeó Alastair, antes de que la joven abriese la puerta de su estancia.

—Prohibido colarse en nuestras habitaciones por la ventana —dijo su primo James al otro lado.

—Ja, ja, como si eso fuera a ocurrir —soltó ella.

—No sería de extrañar ni la primera vez que lo habéis hecho Bella y tú, ¿o debo recordarte la última vez que estuvimos aquí? —comentó Alastair. Megan tan solo le sacó la lengua—. Oh, qué maduro por tu parte, querida hermana —se burló él.

—Al... —lo recriminó Gideon—, dejadla en paz. Ya no tiene a su compañera de fechorías.

Además, ahora es toda una señorita casadera y debe comportarse, si quiere encontrar un buen esposo.

—Pues..., buena suerte con eso —afirmó Alastair, que provocó la risa de su primo James.

—¡Oye! Gracias por ese voto de confianza —protestó ella.

—Lo que intentan decirte es que, para casarse contigo, primero tendrán que pasar el filtro de tu padre, tus hermanos, tu madre y, por último, el de mi padre..., y te recuerdo que el nombre de James Campbell aún sigue dando miedo a más de uno —le explicó Colin, que cargaba con las alforjas al hombro.

—Visto así... —Megan tuvo que reconocer que su primo tenía razón con su exposición, pero ella confiaba en que no serían muy estrictos y la dejarían elegir libremente. Y que ninguno de todos ellos le espantarían a los pretendientes que lograra conocer en los próximos días.

Giró el pomo de la puerta y entró en su estancia, donde se encontró con una sala amplia con dos camas con dosel a ambos lados y dos armarios de madera maciza oscurecida. Había un pequeño tocador y un enorme ventanal entre ambas camas por donde entraba una luz increíble, con unas vistas directas al lago.

Megan eligió la cama de la derecha, se sentó en el borde del colchón y suspiró. Era la primera vez que no compartiría habitación con su prima Arabella y ya la echaba de menos, pero estaba feliz por ella. La veía tan enamorada de Ewan, al igual que él de ella. Ese tipo de amor era el que esperaba encontrar, aunque no tenía grandes esperanzas y empezaba a convencerse a sí misma de aceptar un matrimonio donde ambos saliesen beneficiados.

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente, Megan se vio arrastrada por su prima fuera del castillo para llevársela a dar un paseo por la orilla del lago. Era una tracción que ambas primas realizaban cuando estaban en alguna celebración, su momento privado donde se confesaban sus miedos, sueños y deseos.

—Bella, en serio, ya no tienes por qué hacer esto. No tienes que cuidarme —le iba diciendo mientras su prima tiraba de ella, sujeta de una mano.

—¿Y quién, si no yo, iba a cuidar de ti, mi querida Meg? —Esas palabras le arrancaron una sonrisa a la joven pelirroja.

—Puedo cuidarme sola, me has enseñado bien a defenderme. Además, hoy llegará Marjorie y tendré con quién pasar el rato.

—Ah, no. ¿Pasar tu tiempo con la insulsa de Margie? Jamás te haría eso, prima.

—Bella, en serio. Tú ya eres una mujer casada y no puedes dejar desatendido a tu esposo, porque...

—Primero... —Arabella frenó en seco y se giró para mirarla a los ojos—. Sigo siendo tu prima y tú mi mejor amiga. Segundo, Ewan sabrá estar solo unas horas. Tiene a mis hermanos para entretenerse en cosas que hacen los hombres —dijo.

—Pero...

—Meg, que me haya casado no quiere decir que te vaya dejar a un lado de mi vida.

—Lo sé, pero tus intereses ahora han cambiado, Bella. Ahora, formarás tu propia familia, y me alegro enormemente por ti, pero a mí me toca buscar mi propio camino. Buscar un esposo que...

—No estarás pensando en aceptar la primera oferta de algún laird, ¿verdad? —Megan bajó la mirada hacia el suelo y movió la punta de un pie con nerviosismo—. ¡Ay, Meg! ¡Estás loca si piensas que te permitiré cometer tal locura! —exclamó Bella.

—Bueno..., eso, en tal caso, es asunto mío y de mis padres, pero no, no voy a aceptar la primera muestra de interés. No soy tan ingenua ni estúpida, Bel —respondió un tanto ofendida.

—¿Y qué hay de Aiden? Sé que el clan McAlister está de camino. Es posible que lleguen mañana, pero sí es seguro que estará para el baile.

—Aiden es un laird y se verá obligado a crear alianza con alguien más interesante que la hija pequeña de...

—Dirás la guapa y hermosa sobrina de James Campbell. Te recuerdo que papá tiene mucho poder, más que cualquier otro miembro del clan. Sería una alianza más que interesante —la cortó Arabella.

—Los McAlister ya son aliados de los Campbell, no necesitan una nueva unión —soltó Megan.

—Tal vez, pero vuestra unión podría fortalecer más esa alianza.

Megan cerró los ojos y suspiró. Su prima tenía mucha razón en lo que decía, y no habría nada en este mundo que deseara más, pero era consciente de lo que siempre se esperaba de un laird y más de uno tan joven como Aiden. No quería hacerse ilusiones ni que rompiesen el corazón. Otra vez no.

El recuerdo de la enorme punzada que sintió cuando se enteró del secuestro de su prima y de la implicación de este fue devastador para ella. Aún no le ha perdonado a Aiden que la traicionase de esa forma porque habría jurado que la conexión con él había sido única, mágica. O tal vez todo aquello había sido solo fruto de su imaginación fantasiosa y de su deseo por encontrar el amor.

—Eh, pelirroja —dijo Arabella para llamar su atención.

Megan levantó la vista hacia su prima y sonrió al verse reflejada en esas dos esmeraldas tan brillantes y que la observaban con tanta adoración.

—Estoy bien. Dejemos el tema por hoy, ¿quieres? —Bella respondió con un leve asentimiento —. ¿Qué tal la vida de casada? Tienes que darme detalles, mi querida prima. Necesito ir preparada a mi casamiento —comentó.

Arabella soltó una carcajada y rodeó a la joven para darle un abrazo cariñoso y apretado que la joven pelirroja aceptó de buen agrado.

Cogidas del brazo, riendo y recordando algunas de sus aventuras por esas tierras cuando eran pequeñas, caminaron por el sendero rodeado de árboles hasta llegar a la orilla del lago.

A mediodía, ambas jóvenes recorrieron el camino de regreso al castillo para el almuerzo. Reían de forma relajada cuando se cruzaron de frente con sus hermanos. Los cuatro guerreros avanzaban en dirección al lago, con las camisas cayendo de forma holgada sobre los pantalones y portando sus espadas en las manos.

—¿Habéis tenido un buen entrenamiento? —preguntó Arabella a los jóvenes en cuanto estuvieron frente a ellas.

—De lo más motivador. Ahora nos vamos a dar un merecido baño en las frías aguas del lago, antes del almuerzo —respondió Jamie, el mayor de todos y el heredero del clan Campbell de Clackmannanshire.

—¿Y dónde habéis dejado a mi fiero esposo? Espero que no le hayáis provocado muchas magulladuras u os las tendréis que ver conmigo —bromeó la joven de cabellos negros.

—Tranquila, querida hermana. —Colin, el gemelo de Jamie y segundo en la sucesión como laird del clan, la rodeó con un brazo y la estrujó contra su cuerpo—. Tu flamante esposo ha salido ileso. No pueden decir lo mismo Al y Gideon, a los que hizo morder el polvo en varias ocasiones —contestó el muchacho.

—¡Oye! Nosotros no hemos mordido nada —protestó Alastair, que se cruzó de brazos y lanzó a su primo una mirada inquisitoria. Este soltó una carcajada.

—Habla por ti, a mí me tiró en varias ocasiones al suelo y sin verlo venir —dijo Gideon. Se mesó el pelo y algunos restos de tierra salieron disparados al aire.

—Si pasases más tiempo entrenando con la espada que en la biblioteca leyendo libros, estoy seguro de que no hubieses besado la tierra tantas veces —se burló Alastair.

—Al menos yo tengo recursos lingüísticos para encandilar a una dama. No puedes decir lo mismo. —Megan se rio, ya estaba acostumbrada a esa clásica discusión entre sus dos hermanos mayores.

—Las damas admiran un cuerpo bien esculpido y desean a un hombre que las proteja de adversidades, no que les cuenten cuentos para dormir —bufó Alastair.

—No sabes qué tipo de cuentos les contaría yo y te aseguro que dormirían muy relajadas —contestó Gideon con cierto sarcasmo.

—¡Gideon! —lo regañó Megan, aunque estaba haciendo un gran esfuerzo por controlar la risa.

—¿A estas alturas te sonrojas, hermanita? Ya deberías estar acostumbrada a este tipo de conversaciones —dijo Alastair.

—Sí... ese es el problema —suspiró la joven de cabellos cobrizos.

—Bueno, dejad ya la pelea de machitos y decidme dónde está mi esposo —intervino Bella.

—Pidió una tina de agua caliente para asearse con tranquilidad y estar visible para la llegada de su amigo —explicó Jamie.

—¿Los McAlister ya están de camino? —preguntó Megan.

—De hecho, aquí están. —Colin hizo un gesto con la cabeza en dirección al camino de entrada de la propiedad.

La joven volteó el cuerpo y observó una pequeña comitiva de guerreros recorrer el sendero de tierra y gravilla. Los colores eran los de los McAlister, sin duda alguna. Por no hablar del blasón grabado en la madera del carruaje.

A la cabeza de la comitiva iban cinco guerreros fornidos, de espaldas anchas y altura considerable. Montaban a lomos de robustos ejemplares de caballos de raza típica escocesa. Tras ellos, un carruaje de color negro con el escudo de armas del clan grabado en ambas portillas. Se podía distinguir el águila roja con el fondo dorado incluso a esa distancia. Un grupo de seis caballos de color marrón claro tiraban del carro.

El aire abandonó los pulmones de Megan cuando se fijó en los cuatro guerreros que cerraban la comitiva. Concretamente, al reconocer a uno de ellos.

A lomos de un hermoso caballo, de tonos grisáceos como la yegua de su tía Abigail, iba Aiden McAlister, el nuevo laird del clan y el joven que le robó tantos besos y caricias un año atrás. Su corazón se detuvo en el mismo instante en el que él desvió la mirada hacia ellos y la vio, como si con sus pensamientos lo hubiese llamado a gritos.

Megan, de forma instintiva, entrelazó la mano con la de su prima y esta le dio un suave apretón,

una clara señal de apoyo.

Al pasar por su lado, Aiden les hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y esbozó una media sonrisa que a ella le pareció la hermosa del mundo.

—Buenos tardes. Enhorabuena por vuestro enlace, milady —saludó el joven laird desde lo alto de su montura, mirando a ambas primas y a los cuatro guerreros que las rodeaban.

—Buenas tardes, y gracias. ¿Habéis tenido un viaje tranquilo? —Fue Arabella quien inició la conversación.

—Todo lo tranquilo que nos ha sido posible —respondió él con educación.

—Si a eso lo llamas tranquilo... —masculló Bodric, montado sobre un caballo de color marrón con crines negras.

Aiden aguantó la risa, pero no pudo evitar curvar los labios a modo de sonrisa, un gesto que a Megan le paralizó el corazón. Conocía muy bien esa sonrisa, la había cautivado en muchas ocasiones durante la reunión en Linlithgow.

—Tengo entendido que mi esposo se reunirá contigo en breves, después de asearse un poco tras hacerles comer tierra a estos cuatro...

—¡Oye! No todos mordimos el polvo —protestaron en varios turnos los jóvenes, del todo ofendidos por la osadía de la joven.

—Sí, sí, sí... La cuestión es que Ewan os dio una paliza a todos —afirmó Bella con orgullo sobre su esposo.

Ahí estaba de nuevo esa sonrisa en el rostro de Aiden que hacía que a Megan le abandonasen todas sus fuerzas, el aire y hasta el sentido.

—Veo que mi querido amigo no ha perdido su destreza en la lucha —dijo el joven.

—Bueno..., he de decir que a quien más le costó derrotar fue a Jamie —comentó Colin, con la espada apoyada tras la nuca y sujeta por ambas manos.

—Tuve suerte —contestó el heredero.

—Siempre fuiste el mejor de los guerreros, primo. No te quites mérito. Papá dice que tienes la misma destreza que el tío James. —Megan se atrevió a intervenir en la conversación, en favor de su primo.

—Gracias, mi querida prima. Siempre tienes palabras amables hacia mi persona y es de agradecer. No así las de mis propios hermanos. —Colin esbozó una sonrisa socarrona y Arabella le sacó la lengua en un gesto del todo infantil que hizo que Aiden soltase una carcajada. Ese sonido hizo que todo el cuerpo de Megan vibrase.

—Echaba de menos esa actitud peleona —dijo entre risas, refiriéndose a la joven de cabellos negros. Arabella le respondió con una media sonrisa de lo más burlona—. En fin, me complace mucho vuestra compañía, pero debo presentarme ante nuestros anfitriones y asegurarme de que todos estén bien alojados. Me ha encantado verte de nuevo, Bella. Muchachos. Megan —dijo y

azuzó a su montura para alcanzar a la comitiva McAlister. El otro jinete lo siguió al segundo y ambos guerreros se alejaron a un trote largo.

—Siendo amigo de tu esposo, intuyo que participó de tu secuestro del año pasado, ¿verdad? —quiso saber Jamie. Mantenía la vista fija en las espaldas de los McAlister, con semblante serio.

—Sí, pero no es mala gente —respondió Bella. Jamie la miró, al igual que Colin—. En serio, chicos. Confiad en mí. Además, habéis perdonado a Ewan, ¿no?

—Se ganó nuestro respeto y el de padre —respondió Colin.

—Pues Aiden es igual que él, es leal y sincero. Dadle una oportunidad. Hacedlo por mí..., o por Ewan, si así os sentís más conformes —afirmó Arabella.

—Lo iremos viendo pero..., será mejor que tú no te separes de nosotros en ningún momento —dijo Jamie, desviando la mirada hacia Megan.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? No necesito escoltas —protestó la joven.

—Realmente, sí que los necesitas. Eres una joven en edad casadera y muy hermosa. Nuestro deber como familia es protegerte y cuidar de que ningún hombre se sobrepase contigo, sea o no un laird importante —contestó Alastair.

—Pero...

—Hermanita, en esta ocasión estoy muy de acuerdo con Al y con nuestros primos —dijo Gideon con los brazos cruzados al pecho. Alastair esbozó una enorme sonrisa victoriosa, pocas veces se ponían de acuerdo ambos hermanos, salvo en lo que a ella se refería.

Megan abrió la boca para responder, pero Arabella tiró de ella y dijo:

—Mejor nos vamos, antes de que alguno diga algo de lo que luego se tenga que arrepentir. No os preocupéis, yo cuidaré bien de su virtud y de que ningún hombre se propase con ella. —Y ambas primas se alejaron por el camino en dirección al castillo, donde la comitiva McAlister estaba reunida con Archibald Campbell y los sirvientes encargados de mostrarles las habitaciones a los invitados.

CAPÍTULO 8

Aún faltaban dos días para el baile que se celebraría en Inveraray, tras el anuncio de quien tomará las riendas del clan y ostentará el cargo de conde de Argyll. Archibald Campbell llevaba mucho tiempo sentado en ese trono y, tal y como él no se cansaba de decir, estaba cansado y quería vivir el tiempo que le quedase en este mundo sin tanto peso a las espaldas.

Su puesto lo ocuparía el hijo mayor de este, que nació de su primer matrimonio, el joven Archibald Campbell. Por supuesto, esa decisión tan solo la sabían una mínima parte de la familia y del clan. Concretamente, los Campbell de Clackmannanshire, ya que el actual chieff lo habló con sus primos, James y Aliena, pocos días después de la boda de la hija del laird.

Tras la cena que tuvo lugar en uno de los salones, donde las dos mujeres McAlister acapararon casi la totalidad de la conversación, Megan decidió salir a tomar el aire al jardín. Se excusó ante sus padres y abandonó el salón, con una maraña de sentimientos golpeando cada fibra de su ser.

Necesitaba pensar, calmar sus emociones. Sobre todo tras ver cómo la joven de cabellos dorados y cara angelical, de nombre Valery, no hacía más que acariciar el brazo de Aiden durante toda la cena. Veía demasiada familiaridad entre ellos, aunque, según se había enterado su prima, eran hermanastros, pero..., a Megan no le gustaba esa cercanía.

En cuanto salió al exterior, se encontró con una hermosa luna llena comenzando a brillar entre la creciente oscuridad. Cerró los ojos y respiró bien profundo. Luego, con los pliegues de las faldas bien sujetos entre las manos, comenzó a caminar. Rodeó la edificación hasta llegar a la parte trasera del castillo, donde fue directa a esa preciosa pérgola de forja y madera tintada con los mismo colores que decoraban el interior del castillo.

Subió los dos peldaños y caminó hasta quedarse apoyada sobre la madera de la barandilla. Desde allí tenía unas buenas vistas de toda la planicie que rodeaba al castillo. Hasta se podía ver el lago, salvo al caer la noche porque sus aguas se volvían del mismo color negro que el cielo y era casi imperceptible.

El crujido de la madera a su espalda, la avisó de llegaba alguien. Se giró y vio a su prima.

—¿Estás bien, Meg? —le preguntó en cuanto llegó a su lado.

—Sí, solo necesitaba tomar el aire —respondió tras un largo suspiro—. Has dejado solo a Ewan, otra vez..., y por mí. Deberías volver con tu esposo, Bella —dijo.

—Tengo el resto de la noche para compensárselo. Además, fue él quien me invitó a seguirte —contestó su prima—. ¿Qué te ocurre? Cuéntamelo, pelirroja. —Arabella le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia ella.

—No es nada, Bel... —mintió.

—¿Y ese nada tiene el cabello castaño y ojos verdes? —Megan soltó una risa, no podía engañar a su prima. Conocía muy bien su alma y su corazón.

—Ha sido... raro volver a verlo. Está cambiado.

—Se ha hecho mayor, con tanta responsabilidad ahora que es el laird de un clan. Yo también lo encontré bastante más calmado, más adulto —dijo Arabella.

—Y más guapo —confesó la joven, segundos antes de llevarse las manos a la cara—. Dios mío, ¿qué voy a hacer, Bel? Aún siento algo por él. Yo..., yo creía que ya me había olvidado de Aiden, sobre todo después de lo que te hizo...

—A Ewan le perdonaste. —Megan levantó la cabeza y miró a su prima a los ojos—. Él era el cabecilla y el que lideraba el grupo que me secuestró —le recordó.

—Lo sé, pero... Ewan no te encandiló como hizo Aiden conmigo, durante todo el tiempo que estuvimos allí. Me dijo... Dijo cosas que sonaban del todo ciertas, y ahora sé que solo fueron para mantenerme distraída mientras ellos planeaban el secuestro.

—¿Y no puedes pensar que tal vez fuesen verdad sus palabras? —Megan la miró incrédula—. Pasé muchas horas con ese grupo de proscritos, sobre todo con Aiden, y puedo asegurarte que no es alguien que vaya por ahí engatusando a las mujeres con palabras vacías. Es leal, Meg, y un hombre de principios. Sé que cuesta entender que yo diga esto, que fui el objeto de su fechoría, pero es cierto. Aiden es un buen hombre. Dale una oportunidad, al menos para calmar tu dolor.

A Megan le costaba creer en esas palabras. Desde aquel día, mantenía una constante lucha interna. Por un lado, odiaba lo que le habían hecho a su prima y el dolor tan grande que causaron en su familia, pero por otro lado, sentía una profunda atracción por ese proscrito que le había robado tantos besos a escondidas y la había hecho sentir todas aquellas emociones.

Quería creer en la bondad que su prima afirmaba tener, pero...

—¿Podemos unirnos a vosotras? —La voz de Ewan llamó la atención de las jóvenes, que se giraron y lo vieron apoyado en uno de los postes de madera..., y Aiden a su lado.

—Claro, así estaremos más protegidas. Dos mujeres solas y desamparadas son carnaza para los desalmados —bromeó Arabella.

—Mi amor, eres de todo menos una mujer desamparada. Doy fe de que sabes muy bien cómo defenderte —afirmó Ewan, que comenzó a avanzar hacia su mujer.

—Yo también doy fe de ello —dijo Aiden.

Bella dejó que su esposo le plantara un beso en los labios, antes de mirar al joven laird y decir:

—No recuerdo haberte pegado nunca a ti.

—No, pero casi nos vuelves locos a todos con tus constantes quejas y esa obsesión tuya por molestar a nuestro líder. Hacías que estuviese gruñón durante todo el día —contestó Aiden.

—Oh, pero para eso no hace falta gran cosa, ya lo sabes —bromeó Arabella.

—¿Ya habéis acabado de burlaros de mí? —protestó Ewan. Su esposo lo miró y esbozó una

amplia sonrisa pícar— Eres incorregible, mujer... —Y se apoderó de su boca.

Megan se alejó un poco de la pareja para dejarles algo de intimidad..., y por buscar algo de protección con la cercanía de Aiden. No sirvió de mucho, ya que este se colocó a un lado de ella.

—Estás muy guapa, Meg —le dijo así, sin más.

—Gracias. Tú... tú estás mayor —contestó ella. Al ver cómo él abría los ojos con asombro, fue consciente de cómo habían sonado sus palabras y se sonrojó—. Ay, perdón. No... no quería decir eso. No es que estés mayor... Yo... —Aiden estiró la mano y la posó sobre la de ella.

—Tranquila, no me ofende.

—Quería decir que te encuentro cambiado, diferente..., más adulto, quizás —titubeó ella.

Aiden curvó la boca en una media sonrisa de lo más seductora, o eso le pareció a ella.

—El peso de las responsabilidades —dijo él.

El pulgar de su mano acariciaba la suave piel de la joven. Megan sintió una descarga de calor recordarle todo el cuerpo cuando fijó sus ojos en esa mirada verde musgo del joven que la había enseñado a besar de aquella manera tan apasionada. Ambos se quedaron así, durante eternos instantes.

—¡Estás aquí! —Valery salió de la nada, subió los peldaños de la pérgola y corrió a sujetarse con fuerza del brazo de Aiden—. Llevo un rato buscándote —dijo. Con gran descaro, paseó la mano por la gruesa tela de la chaqueta del joven, un gesto a Megan le revolvió las entrañas. Demasiada cercanía, demasiada confianza.

—Pues, ya me has encontrado. ¿Qué quieres Valery? —Aiden se deshizo de su agarre con cierto desprecio.

—Madre quiere presentarte a la hija del laird del clan McEwen. Está en edad casadera y dice que es la mujer indicada para alguien de tu posición. —Cuando la joven rubia de cara angelical pronunció esas últimas palabras, clavó en Megan su mirada fría y mostrando una sonrisa de lo más hipócrita.

—Perdón, si me disculpáis. Yo... he de irme —dijo la pelirroja.

Sacó la mano que tenía bajo la de él y se giró para irse. Arabella intentó detenerla, pero Megan le suplicó con la mirada que lo obligase a quedarse ahí. Su prima lo entendió y la dejó ir, aunque iría a verla, lo más seguro, antes de irse a la cama.

Dejó atrás la pérgola y caminó con paso rápido, todo lo que esos zapatos y el vestido le permitían. Justo cuando iba a girar la esquina del edificio hacia la entrada, alguien la cogió del brazo y tiró de ella hacia la oscuridad que la imponente figura que el castillo proyectaba en esa parte del jardín.

—Meg, soy yo. No te asustes —dijo Aiden, antes de que la joven se pusiese a gritar como una loca y todo el clan Campbell saltase sobre él.

—¿Es que acaso te gusta ir asaltando a las muchachas de esta forma? —protestó ella, con la

mano en el pecho.

—Si lo dices por haber participado en el secuestro de Arabella, yo no fui quien la asaltó en la entrada de su habitación. Fue Ewan —contestó él.

—¿Qué quieres, Aiden? Debe de ser algo importante, si te has arriesgado tanto porque, si uno de mis hermanos o primos te llega a ver, ahora mismo estarías en serios problemas.

—A ti. —Esa respuesta tan rápida la dejó pasmada.

—¿Qué? —logró decir en cuanto salió del estupor—. ¿A mí? ¿Qué quieres decir con es...? —Pero no hubo más palabras.

Aiden cayó sobre su boca como una montaña cargada de piedras que la golpearon en lo más profundo de su ser. Megan tardó unos segundos en reaccionar, pero su cuerpo pronto tomó el control y abrió la boca para dejarlo entrar. Gimió en cuanto notó su lengua enredarse con la suya.

Recordaba esa forma de besar, ese sabor tan... Estiró los brazos hasta rodear su cuello al mismo tiempo que él la envolvía con los brazos para profundizar en ese beso.

Pasión, calor..., toda una maraña de sensaciones sacudieron el cuerpo de la joven, que no podía dejar de besar a ese hombre que tan loca la volvía.

Aiden la sujetó con fuerza y caminó con ella hasta quedar pegados a la pared del edificio, ocultos bajo el amparo de la oscuridad. La devoró con hambre, con deseo. Llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer, demasiado tiempo pensando en ella y en esa forma de enredar su lengua.

La necesitaba, y sabía que ella a él también. Cada noche, al acostarse, rememoraba esos días juntos, esos gemidos que le provocaba cada vez se besaban. Y cuando le mostró una pequeña parte de lo que ocurría entre un hombre y una mujer... Dios, esos momentos los atesoraba con fuerza. Sus gemidos cuando la acariciaba en su zona más íntima le hacían perder la cordura.

—He soñado millones de veces contigo, pelirroja. Un sinfín de noches te cueles en mi cama y sueño que te hago el amor con pasión —murmuró él contra su boca. El aliento de ambos era cálido y sus corazones latían con fuerza.

—No es decoroso que le digas eso a una dama, Aiden McAlister. Ahora es un laird y existen protocolos que...

—A la mierda los protocolos —jadeó él. Envolvió su rostro con ambas manos y dijo: —Cásate conmigo, Meg. Sé mi esposa para que pueda saborearte cada noche como tanto deseo. Permíteme ser el hombre que te acune en las noches, en los buenos y malos momentos. Déjame ser tu amante..., y permíteme amarte con todo lo que soy.

Megan se quedó en shock. Parpadeó varias veces, incrédula de lo que acababa de escuchar.

—¿Qué... qué estás... qué? —balbuceó, porque no encontraba palabras en su mente ni en su boca.

—Digo que estoy loco por ti y que te deseo, Megan. Quiero que seas mi esposa, la lady de mi clan, la señora del castillo Tarbert —contestó él, antes de besarla de nuevo, pero ella se revolvió

entre sus brazos y se alejó unos pasos para tomar aire..., y recobrar la cordura.

—¿Es que te has vuelto loco?

—¿Acaso no me deseas?

—Dios..., sí, claro que te deseo, pero... Yo no soy la hija de ningún laird ni puedo ofrecerte ninguna alianza favorable para tu clan, Aiden. Te debes a...

—A la mierda los protocolos, Megan. Deberías saber ya que no sigo las normas de la sociedad — soltó él.

—Eso me ha quedado claro el año pasado —le espetó ella.

—Meg...

—No. Por favor, no vuelvas a acercarte a mí de esa forma. No... yo... necesito pensar, Aiden.

—Se giró y salió corriendo de allí, con lágrimas en los ojos y una mezcla de emociones abrumadoras.

Le había pedido matrimonio, Aiden McAlister quería casarse con ella y eso la había desconcertado. Corrió hasta la seguridad de su habitación, con la suerte de no encontrarse con nadie de su familia por camino, y se hundió entre las almohadas de la cama, donde lloró, gritó y se desahogó hasta quedarse dormida.

CAPÍTULO 9

Megan evitó encontrarse con Aiden todo lo que pudo los días siguientes. Se pasaba el día soportando la tediosa conversación de su prima Marjorie y el resto de jóvenes de su misma edad, de lo más superficiales porque se dedicaban a calificar a los potenciales pretendientes por el simple hecho de su capacidad monetaria.

La mañana del baile, Arabella había cogido a su prima por sorpresa y se la había llevado a dar su paseo por el lago. A regañadientes, Megan aceptó. Se despidió de Marjorie y del resto de chicas y dejó que su prima se le colgara del brazo mientras emprendían camino hacia las cristalinas aguas.

Caminaron en silencio hasta llegar al mismo rincón en el que habían estado unos días atrás y se sentaron en el mismo tronco viejo y caído a escasos metros de la orilla.

—Bueno, ¿me vas a contar lo que te pasa? —preguntó Arabella, sin rodeos.

—No sé a qué te refieres —contestó ella. Se recolocó bien las faldas del vestido para que no se arrugasen ni se ensuciasen demasiado con el musgo del árbol.

—Vamos, Megan..., que soy yo —la inquirió su prima—. ¿Es por Aiden?

—¿Qué? No, n...no es por... —Cerró los ojos y suspiró con fuerza. No podía mentirle a Arabella—. Me ha propuesto matrimonio —confesó sin más.

—¿Cómo?! —exclamó la joven, que se levantó de un salto, perdiendo casi el equilibrio.

—Eso. Aiden McAlister me ha pedido que me case con él.

—Pero... Pero... ¿Cuándo? ¿Fue la noche en la que...?

—Sí, esa noche. Cuando me fui, vino tras de mí y, después de besarme, me dijo que quería que yo fuera su esposa —le explicó. Su corazón comenzó a latir con fuerza, al igual que el instante en el que él se había devorado con pasión. El sabor de sus labios aún impregnaba su boca.

—¿Y?

—¿Y qué? —Megan levantó la vista hacia su prima, que la observaba estupefacta.

—¿Que si vas a aceptar? Era lo que tú querías que sucediera, ¿no?

—No lo sé, no sé cómo tomarme su proposición. Él es un laird importante y se debe a su clan. Debería de buscar alianzas con algún otro clan y no quedarse con la sobrina pequeña de James Campbell. Ese pacto ya se firmó hace años, necesita nuevas uniones. Es lo que dictan las normas de la sociedad —contestó Megan, con cierto aire de tristeza.

—Aiden no se caracteriza por seguir las normas, precisamente —dijo Arabella, tras cruzarse de brazos.

—Sí, eso mismo dijo él —suspiró ella.

—¿Te ha dicho que te quería? —Su prima parecía decidida a sacarle toda la información.

—Más o menos. —Recordaba muy bien lo que Aiden le había confesado y no era precisamente amor puro y eterno.

—Meg, o te quiere o no te quiere —insistió.

—Me dijo que me deseaba —soltó y, en cierto modo, se sintió liberada de pronunciarlo en voz alta porque la estaba martirizando. Desear estaba bien, ella también lo deseaba a él, pero quería más..., necesitaba más.

—Eso no es suficiente. Yo deseo muchas cosas, pero solo amo a un hombre. —Megan esbozó una sonrisa de lo más forzada y fijó la mirada en el lago, intentaba controlar las lágrimas que parecían decididas a salir de golpe. Bella volvió a ocupar el lugar junto a ella y le cogió de la mano con ternura—. ¿Le amas?

—Mentiría si dijese que no, pero él... Aiden no...

—Escucha, estoy segura de que, si se atrevió a dar ese paso tan importante es porque siente por ti algo más que solo deseo. El problema es que los hombres son parcos a la hora de mostrar sentimientos. Además, su vida de proscrito no es que haya sido fácil y eso ha hecho que le sea más difícil hablar sobre sus sentimientos —le explicó.

—¿Y tú cómo puedes estar tan segura de todo eso? —quiso saber ella.

—Porque estoy casada con uno de ellos. Con su líder, por si no lo recordabas. A Ewan también le costó reconocer que se había enamorado de mí.

—¿Recuerdas el momento en el que te lo confesó?

Arabella sonrió con añoranza y asintió.

—Cuando me entregó a los que habían pagado por mi secuestro. Ewan no quiso ver cómo me llevaban dentro del castillo y se giró, dejando a Aiden encargado de asegurarse de que yo estuviese ilesa hasta que se fueron —le contó.

—Oh, creía que habría sido cuando volvió a por ti.

—Ahí me lo dijo con palabras, pero yo lo supe antes. —Arabella soltó un sonoro suspiro.

Megan observó el brillo intenso en los ojos verdes de su prima y supo que estaba rememorando esos recuerdos como si hubiesen ocurrido hace apenas unos días. Se sentía muy feliz ella, porque encontrase el amor. Si Arabella Campbell, una ferviente renegada de los matrimonios, logró encontrar a su alma gemela, ella también podría.

El sonido de unas ramas al ser pisada llamó la atención de las jóvenes, no estaban solas. En seguida supieron quiénes eran los visitantes inesperado. No eran otros que Ewan y Aiden, que caminaban con espadas en mano y con las camisas por fuera del pantalón. Supusieron que vendrían a darse un baño tras el entrenamiento de esa mañana.

—Buenos días, esposo —lo saludó Arabella, con esa sonrisa pícaro que sabía que lo provocaba. Cuando sus ojos conectaron con los de él, se mordió el labio y recorrió ese torso dorado que

asomaba a través de la abertura de la camisa.

Ewan sonrió y se acercó a ella para darle un beso cálido.

—¿No te he dejado lo suficientemente saciada esta mañana? —le susurró al oído. La joven rio, sonrojándose al instante pero no por vergüenza, sino por recordar las cosas que le había hecho con las primeras luces del amanecer.

—Buenos días, Megan —saludó Aiden, que no le había quitado ojo a la joven pelirroja desde que habían llegado.

—Bueno días, laird McAlister —respondió ella, con educación.

—Vamos, Meg. Sabes mi nombre —le dijo él.

El nerviosismo se apoderó de ella, no quería estar ahí..., o tal vez sí, pero no con el caos de pensamientos que le rondaban por la cabeza.

—Si me disculpáis, debo ir a buscar a mi prima. Le prometí que le enseñaría los rosales del jardín. —Se levantó, alisó los pliegues del vestido, hizo una leve reverencia y tomó camino de vuelta al castillo.

Él hizo amago de ir tras ella, pero Arabella lo detuvo.

—Aiden, dale tiempo.

—No tengo tiempo, Bella. Es con ella o no es con nadie —afirmó, mientras observaba la pequeña figura esbelta de la joven de cabellos rojizos alejarse de él.

—Pues, deberás dárselo. Si la presionas, no ganarás nada y tendrás en contra a todo mi clan. Dale tiempo —insistió ella. Miró a su esposo, que no entendía nada, y lo besó antes de despedirse e ir tras su prima.

—¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó Ewan, en cuanto estuvieron a solas los dos.

Aiden cerró los ojos y dejó salir el aire de los pulmones con un gesto de derrota que al guerrero le sorprendió. Nunca había visto a su amigo así de hundido.

—Le he pedido que se case conmigo..., después de besarla —confesó.

—¿Sin hablar antes con sus padre o con su tío? No te hacía tan aventurero, amigo. —Aiden se volteó de golpe hacia su amigo. Este sonrió de forma divertida y comenzó a quitarse la ropa para meterse en las frías aguas del lago.

—Dijo el hombre que se casó con la hija del laird más poderoso y fiero de toda Escocia... después de secuestrarla —dijo él con sarcasmo.

Su amigo soltó una carcajada y, ya desnudo, se introdujo en el agua soltando varios improperios.

—Hablaré esta tarde con sus padres y con James Campbell. Hasta lo haré con el mismísimo chieff, si hace falta, pero no quiero a otra esposa. —Aiden dejó su ropa sobre el tronco donde ellas estuvieron sentadas y siguió los pasos de su amigo.

—Pues..., por su reacción, tengo mis dudas de que acepte. ¿Qué harás si te rechaza... secuestrarla? —bromeó Ewan.

—A ti te funcionó —soltó Aiden. Comenzó a nadar para entrar en calor y no acabar congelado, mientras su amigo rompía en carcajadas a su espalda.

CAPÍTULO 10

Unas horas antes de la celebración, ambas primas terminaban de arreglarse en la habitación de Arabella. La joven de cabellos negros fue muy insistente en convencer a su esposo de irse a otra estancia para vestirse y así poder estar a solas con Megan. Tenían mucho de qué hablar antes de que se desatase un caos incontrolable en su familia.

—Ewan ha estado hablando con Aiden esta mañana —comentó mientras terminaba de recogerle el cabello cobrizo.

—No sé si quiero saberlo, pero estoy segura de que me lo contarás de todas formas —dijo con resignación. Arabella rio al mismo tiempo que le daba forma a varios mechones ondulados que había dejado sueltos.

—Está decidido a hablar con tus padres y con el mío. Dijo que involucraría incluso a tío Archi, si hacía falta, pero que no quería a otra esposa que no fueses tú.

—Eso me temía —suspiró la joven.

—Vamos a ver, Meg. Te quiero mucho, pero te juro que no consigo entenderte. —Megan miró a su prima con intriga, sin entender muy bien a qué venían esas palabras—. No me malinterpretes, cielo, pero es que sé que quieres a Aiden, lo mucho que te gusta. No dejabas de hablar de él en Stirling —dijo.

—¿Y?

—Tú siempre has dicho que querías elegir a alguien que te hiciera sentir deseada, amada. Quieres un matrimonio por amor, no por conveniencia, pero, desde que hemos llegado aquí, te veo más resignada a ir en contra de todo en lo que creías.

—Tal vez haya cambiado de opinión —soltó seguido de un bufido.

—Eso no te lo crees ni tú, Meg. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué rechazas a Aiden, si es el elegido?

—¿Y tú por qué estás tan convencida de que es el indicado? ¿A qué viene ese empeño en que acepte su proposición? —inquirió ella. Empezaba a cansarle la conversación.

—Porque quiero que seas feliz y veo cómo os buscáis con la mirada, como os deseáis el uno al otro y la conexión tan grande que tenéis. Eso no se consigue muchas veces, mi querida prima. Es algo raro, difícil de encontrar. Se lo escuché decir un millón de veces a mis padres, incluso a los tuyos. Toda nuestra familia va en contra de las normas y elige con el corazón. No entiendo por qué tú quieres romper con todo eso, si es lo que más adoras de nuestras tradiciones. Tú, que siempre fuiste la más soñadora de las dos —contestó Arabella, con efusividad.

Megan se quedó fija en el calor de las llamas del hogar, pensativa. El silencio se apoderó de la estancia, haciendo que la temperatura bajase incluso..., o eso le parecieron a ambas muchachas.

—Meg, no quería hacerte daño con mis pala...

—Tengo miedo, Bella —confesó sin más.

—¿De quién, de Aiden?

—No, de todo. Tengo miedo a dejarme llevar por el corazón y que me lo rompa en mil pedazos; miedo a que haya cambiado tanto que ya no lo reconozca; miedo a que las funciones de laird lo hagan distanciarse de mí y me vea sola, en un clan desconocido y lejos de mis seres queridos. — Unas duras palabras que, según las iba diciendo en voz alta, le oprimían el corazón con fuerza.

—Ay, Meg —exclamó Arabella, segundos antes de abrazarse a ella—. ¿Y si sale bien? No te pongas en lo peor, prima. Podría ser el gran amor de tu vida y acabar siendo la mujer más feliz del mundo —murmuró con ternura.

—Pero... ¿Y si sale mal, Bella? ¿Qué voy a hacer si no funciona? —preguntó con hilo de voz y haciendo un esfuerzo enorme por no llorar.

—Pues, me escribes y te vamos a buscar para que regreses a casa —aseguró la joven.

Arabella se separó de ella lo justo para tomarle el rostro entre ambas manos. Le acarició las mejillas con los pulgares y sonrió.

—¿Crees que saldrá bien, Bella..., que podrá amarme? —quiso saber. Una llama de esperanza prendía con fuerza en lo más profundo de su alma.

—Cielo, Aiden ya te ama... aunque es tan testarudo como su amigo y no te lo dirá hasta que él lo sepa, pero ya te ama. Solo un tonto enamorado desafiaría a las normas y se enfrentaría a tu madre y a mi padre juntos, créeme. —Y con esas palabras, ambas acabaron estallando en carcajadas porque sabían de sobra del carácter de Aliena y James Campbell.

En cuanto estuvieron listas, unos golpecitos en la madera de la puerta las advirtió de que sus escoltas habían llegado a buscarlas.

—Hola, esposo. Qué bien te sientan los colores de los Campbell —se burló Arabella tras abrir la puerta.

—Por favor, no se lo digas a ningún McGregor o me obligarán a renunciar a mi apellido —gruñó él. La joven se rio y lo besó.

—Te sientan muy bien, la verdad, aunque te prefiero con otro tipo de... vestimenta —tonteó ella.

Ewan la cogió de la cintura y tiró de ella hasta tenerla entre sus brazos.

—Mmm, ¿en serio? Y esa vestimenta... ¿cómo sería? —ronroneo él contra su boca.

—Más tarde te lo cuento —le susurró Arabella al oído.

—Chicos, por favor. Cortaos un poco... Ya tenemos bastante con nuestros respectivos padres —protestó Alastair, que había acudido como escolta de su hermana para llevarla hasta el comedor donde se celebraría la toma de poder y, luego, el baile.

Megan se rio, aunque algo avergonzada por tales muestras de cariño tan... en público, pero le encantaba verlas. Eran un símbolo de lo mucho que amaba una pareja y de eso, en su familia, abundaba mucho. Quizás por eso había salido una muchacha tan ensoñadora y deseando un amor tan grande.

—Señorita —dijo Alastair, ofreciendo su brazo a la joven—, ¿lista para presentarse en sociedad como una dama casadera? —preguntó.

Megan asintió, sonrojada, y metió una mano por debajo del brazo de su hermano. Arabella ahogó una risa, atrayendo así la mirada de su primo. Ewan puso los ojos en blanco porque entendía la risa de su esposa.

—¿Hay algo que deba saber? —Alastair los miró a los tres con intriga.

—No —se apresuró a responder Megan.

El joven fijó en ella esas dos gemas verdes brillantes, tratando de leer la expresión en el rostro de su hermana. El cabello de Alastair, pelirrojo y alborotado como el de Megan, iba sujeto en una cola a la altura de la nuca, lo que le daba un porte elegante.

—Será mejor que bajemos ya y no hagamos esperar al resto de la familia, o acabarán subiendo a buscarnos —indicó Megan.

Del brazo de un Alastair intrigado por la actitud nerviosa de su hermana y la risa contenida de su prima y el marido de esta, llegaron al salón donde todos los miembros del clan Campbell esperaban para ser llamados a la mesa.

Al fondo de la sala, junto a uno de los grandes ventanales cerca de la chimenea, se encontraba el grueso de los Campbell de Clackmannanshire. Megan observó a sus padres y sus tíos hablar con seriedad entre ellos. Se fijó en los gestos de su padre, Ian, que negaba con la cabeza en varias ocasiones y en cómo su madre, Aliena, lo calmaba acariciando su brazo con suavidad.

—¿Va todo bien? —Fue Alastair quien preguntó nada más llegar junto a ellos.

Las miradas de todos ellos se dirigieron hacia la joven pelirroja, tan parecida a su madre. Megan tragó saliva y su nerviosismo se hizo cada vez más grande.

—Cariño, ven. Hay algo que tenemos que decirte —le indicó Aliena, estirando la mano hacia ella y mostrando una sonrisa de lo más sincera.

De forma instintiva, Megan miró a su hermano y a su prima, que estaba tan pasmada como ella por la actitud de sus padres. Arabella miró a su madre y le susurró:

—¿Ocurre algo, mamá?

—Nada malo, pero vosotros dos también deberíais estar en la conversación. De hecho, toda la familia deberíamos de buscar un lugar más apropiado para hablar con más calma —respondió su padre, James Campbell.

Las jóvenes buscaron una señal tranquilizadora en sus otros hermanos, que también estaban serios. Arabella miró hacia su hermano mayor, Jamie, quien tan solo cerró los ojos y negó con la

cabeza. Suficiente para indicarle que el asunto era muy serio.

—Venid, Archi nos ha dejado su despacho a nuestra disposición —dijo James. Con un gesto, les indicó hacia dónde dirigirse y todo emprendieron camino hacia el lado opuesto de la sala, hasta llegar a una puerta ancha y de madera robusta—. Adelante —invitó el laird tras abrirla y hacerse a un lado para que ellas entrasen primero.

Una vez dentro, y a salvo de los oídos cotillas del resto de invitados, James se fue directo hacia la cabecera del escritorio, se sentó en el borde de la mesa y se cruzó de brazos.

—Os toca a vosotros dos, es vuestra hija —les dijo a su hermana y a su cuñado.

—Mamá, papá, ¿qué ocurre? Me estáis poniendo muy nerviosa —titubeó Megan. Su mano estaba entrelazada con la de su prima, mientras la otra seguía sujeta con fuerza al brazo de Alastair.

Sus padres intercambiaron miradas, hasta que Ian asintió con la cabeza para darle el turno de palabra a su esposa. Aliena se volteó hacia ella y, con la misma sonrisa, informó a todos:

—Nos han hecho una propuesta de matrimonio para ti, Megan. —El mundo se detuvo en ese instante y su cuerpo se enfrió como si le hubiesen lanzado un cubo de agua fría encima.

—¿Qué... que han hecho... Quién? —balbuceó.

—Un amigo tuyo, según tengo entendido —soltó Ian, clavando la mirada en Ewan. Su gesto era serio..., tenso, más bien. Con los brazos cruzados al pecho, su mandíbula mostraba un malestar visible.

—Lo dices como si fuera cosa suya —le espetó Arabella a su tío, de forma airada. amaba a su familia, pero no les iba a consentir que le hablasen así a su esposo.

—¿Y no lo es? —inquirió Ian.

La joven abrió la boca para reprocharle la forma en la que se estaba dirigiendo a Ewan, pero este le dio un suave apretón de mano para dejarlo a él lidiar con esa lucha.

—Señor, entiendo que no confiéis en mí, pero creedme cuando os digo que yo no he tenido nada que ver en esto —aseguró.

—No es una cuestión de confianza, Ewan. —James dio un paso al frente para colocarse al lado de su cuñado—. Todos te hemos aceptado y confiamos en ti. Nos lo has demostrado día a día, con tu actitud, pero entiende que la situación es complicada. Como padre, es normal que Ian desconfíe del joven y de sus intenciones. Sobre todo, teniendo en cuenta vuestros antecedentes —explicó el laird.

—Si lo que teméis es que secuestre a Megan y la obligue a llevar un mala vida, os puedo asegurar que Aiden no es de esos —afirmó Ewan.

—Y yo confirmo las palabras de mi esposo, lo conozco bien —dijo Arabella.

Megan estaba en shock, mientras su familia se enfrascaba en un intenso debate sobre si aceptar o no la propuesta del laird de los McAlister.

—No confío en él, no le voy a entregar a mi única hija para que haga con ella Dios sabe qué —

bufó Ian.

—Dadle una oportunidad, no es un mal hombre —dijo Arabella—. Es leal y fiel a sus principios...

—Y por eso fue cómplice de tu secuestro, ¿verdad? Por principios —le espetó su tío.

—Hermano, quizás debas serenarte y escuchar lo que ellos te dicen. —Ian clavó la mirada en Abigail, quien no se amedrentó ante esa expresión de rabia. Conocía de sobra los enfados de su hermano porque eran iguales a los suyos—. Te recuerdo que a quien secuestraron fue a mi hija y yo les he perdonado. He aceptado a Ewan en mi vida, en mi familia, y no solo porque él se haya esforzado cada día en ganarse mi perdón. Veo cómo cuida de mi hija y lo mucho que la ama y la respeta. Eso, para mí, es suficiente —comentó.

—Tal vez sería conveniente saber lo que piensa nuestra hija —intervino Aliena, que no le había quitado ojo a la joven en todo momento.

—¿Megan? —la llamó su padre.

La joven salió de su estupor y fijó la mirada en sus padres, para luego pasearla por todos los presentes en la sala. El aire parecía tener serios problema para entrar en sus pulmones y empezaba a sentir algo aturdida.

—Cielo, estás pálida —se apresuró a decir su madre. Se acercó a ella para ayudarla a sentarse en uno de los amplios sillones de dos plazas que había a un lado del despacho y ocupó el lugar junto a ella. Envolvió las manos de su hija entre las suyas—. Estás helada, Meg —dijo.

El siguiente en sentarse al otro lado fue su padre.

—Megan, si no quieres este matrimonio, dilo y pondré fin en cuanto salgamos.

—No... no, yo... Acepto la unión, es solo que... yo no... —Las palabras no querían salir en un orden adecuado.

—Cariño, respira o te vas a desmayar —la instó su madre, que comenzó a darle suaves masajes en la parte baja de su espalda.

—Quiero casarme con Aiden, mamá —dijo al fin.

—¿Estás segura? —insistió Aliena. Megan asintió. El nerviosismo empezó a dejar paso a la emoción y sus ojos comenzaron a brillar de forma diferente.

—Genial, otro proscrito más en la familia —se burló su primo Colin.

—¡Colin! —exclamaron Abigail y Arabella a la vez, al mismo tiempo que James Campbell ponía los ojos en blanco.

—Cada día te pareces más a tu tío Gavin —dijo con un largo suspiro.

—Si eso es lo que quieres, hija, pero... —Ian habló, entonces—. Tengo una única condición. —Todos lo miraron, Megan incluida—. Deberá esperar un año —dijo.

—¿Qué?! ¡No! ¿Por qué habríamos de esperar tanto? —protestó ella.

—Porque es mi única condición. Si en verdad te quiere a ti, podrá esperarte un año —aseveró su

padre.

Megan lo miró atónita, luego a su madre y después a sus tíos. Se fijó en cómo su tío esbozaba una sonrisa victoriosa y asentía. Comprendió, entonces, lo que su padre pretendía lograr y era poner a Aiden a prueba. Deberá ganarse el respeto de su familia o no darían el consentimiento para su enlace.

—¿Y qué pasa si me escapo con él y nos casamos igualmente? —lo desafió ella, aunque sabía cuál iba a ser la respuesta.

—¿Qué os pasa a vosotras dos con los secuestros? —inquirió Alastair.

—Nos gusta la aventura —respondió Arabella de forma burlona. Recibió una suave reprimenda de su esposo y una mirada severa de su padre.

—Papá... —Megan quiso insistir en hacerle cambiar de pensar a su padre, pero esa lucha estaba perdida.

—Cielo, entiéndenos a nosotros también. No es fácil entregar a nuestra única hija a un total desconocido —expresó Aliena.

—Lo entiendo, mamá, pero...

—¿Acaso crees que no podrá esperarte un año, hermana? —Esta vez fue Gideon quien habló, su hermano mayor.

—Si de algo estoy seguro es de la lealtad de Aiden y de lo que siente por ella —intervino Ewan, en ese instante—. Si se lo proponéis, aceptará las condiciones que digáis..., y esperará un año para casarse con ella. —La seguridad en las palabras de quien era el mejor amigo de Aiden, su hermano de armas como él le había contado en muchas ocasiones, hizo que el corazón de la joven se agitase en el pecho.

—¿Y bien, Megan? —insistió Ian.

Megan se giró para mirar a su padre a los ojos. Vio decisión, amor, pero, sobre todo, temor. El guerrero vikingo que había en él sentía miedo por ella y eso la enterneció.

—Está bien, acepto esa condición —asintió, finalmente.

Arabella liberó un grito de emoción y alegría y corrió a abrazarse con ella.

—Bien, hablaré con Archi para redactar el contrato ahora mismo y que ambas partes lo firmen —dijo James y abandonó el despacho.

El resto de la familia se volcó en abrazos, besos y palabras de felicitación hacia la joven por su reciente compromiso.

La sonrisa de Megan fue creciendo poco a poco hasta quedarse en una amplia curvatura de su boca. Iba a casarse, y con el hombre al que amaba. Se convertiría en su esposa y... El nerviosismo y las dudas volvieron a golpearla de nuevo. ¿En verdad la amaba? ¿Le sería siempre fiel o haría como otros lairds y acabaría teniendo amantes, una vez que ella le diese un heredero?

Sacudió la cabeza para alejar todos esos pensamientos negativos y decidió disfrutar del momento

y del regalo que la vida le estaba brindando. Tal y como ella siempre había deseado, se iba a casar por amor.

CAPÍTULO 11

Junio de 1550

Castillo Campbell, Dollar Glenn

El ambiente entre los Campbell de Clackmannanshire pululaba entre la alegría por la pronta unión de la sobrina del laird y el estrés de organizar otra boda más. La familia había crecido tanto que el salón empezaba a quedarse pequeño para tanta celebración y la nueva construcción les estaba llevando más tiempo del deseado.

A todo el trasiego de materiales de construcción, había que añadir la pronta llegada del grueso del clan McAlister, junto con su laird. Con tanta gente rondando por las inmediaciones del castillo, James Campbell mostraba un humor de perros, aunque trataba de ocultarlo para no amargarle la fiesta a su clan.

Con esas estaba cuando su segundo al mando, y hermano de batalla, se acercó a él. Gavin encontró a su amigo en el mismo lugar de los últimos meses: estudiando con atención los planos de la ampliación del edificio principal, mientras los obreros seguían con sus labores de construcción.

—¿Es que no te lo sabes ya de memoria? —bromeó con él, recibiendo tan solo un gruñido como respuesta—. Te veo motivado, amigo.

—¿Qué quieres, Gavin? —preguntó James, sin levantar la vista de la mesa de madera donde tenía extendidos diferentes planos.

—Venía a ver cómo llevabas la mañana. —El laird tan solo levantó la mirada lo justo para mirar a su amigo a los ojos.

—Repito, ¿qué quieres?

—Ya te lo he dicho, vengo a ver cómo estás.

—O sea, que vienes a incordiar —afirmó James. El guerrero rubio esbozó una amplia sonrisa burlona que hizo que el laird soltase un bufido y volviese a fijar la vista en las líneas trazadas sobre aquellos papeles.

Un grito, seguido de un estruendo, les informó de que acababa de ocurrir un accidente con alguno de los obreros. Ambos hombres se alejaron de la mesa y se acercaron corriendo hacia la edificación, que tan solo tenía, a medio construir, los dos muros que sostendrían el tejado.

Una nube de polvo se elevaba por encima de todos ellos y vieron salir de allí a varios obreros, tosiendo y llenos de tierra marrón por todas partes.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Hay algún herido? —quiso saber James.

—No, señor, estamos todos bien, pero se ha derrumbado una parte de la estructura al colocar las vigas para el tejado. La carga estaba demasiado seca y no compactó como debía. No pudo soportar

el paso de la madera y se vino abajo toda la parte sur —le explicó uno de los jóvenes, con alguna que otra dificultad para hablar entre tos y tos.

—¡Demonios! —maldijo el laird.

—Lo siento, señor —se disculpó el joven al mismo tiempo que tosía con fuerza.

James lo miró y posó su enorme mano sobre el hombro del chico al mismo tiempo que le sonreía y decía:

—Tranquilo, no es culpa vuestra. Es que me esperaba tenerlo todo listo para la celebración, pero me temo que tendremos que apañárnoslas todos en el salón.

—Bueno, estoy seguro de que no será la única boda que celebremos en el clan. Podremos estrenarlo para la siguiente —comentó Gavin.

—Siempre dándome ánimos —refunfuñó James. Su amigo estalló en carcajadas y todos acabaron contagiados.

Mientras, al otro lado de los muros del castillo, los futuros novios daban su clásico paseo a caballo.

A lomos del hermoso ejemplar tordo de Aiden McAlister, la pareja descendía por la ladera de la colina para dirigirse al rincón que habían encontrado unos días atrás y donde sabían que podrían estar solos, sin ningún tipo de molestia ni de ojos vigilando sus movimientos.

Megan no podía creerse que fuese a suceder por fin y acabase casada con el hombre que hacía latir su corazón con tanta fuerza. Observaba el horizonte, con una sonrisa tímida al sentir el calor del cuerpo de Aiden envolverle el cuerpo.

—¿En qué piensas? —quiso saber él. El susurro de sus palabras en su oído, tan cerca, hizo que todo su cuerpo se calentase.

—En que todo esto me parece un sueño... uno del que no quiero despertar —contestó ella. Escuchó una risa salir de la garganta de él, un sonido que vibró por todo su cuerpo.

—No es un sueño, pelirroja. Pronto estaremos casados y no tendré que llevarte lejos para besarte —dijo él. Movié las manos que sujetaban las riendas para hacer girar a la montura, que resopló cuando se vio forzado a cambiar de dirección.

—Háblame otra vez de Tarbert —solicitó ella. Lo había escuchado cientos de veces describir su futuro hogar, pero quería oírlo de nuevo.

Aiden sonrió y comenzó a relatarle cada detalle del castillo, de la bahía del lago Fyne y de las gentes que vivían bajo los colores del clan McAlister. Le habló de su primo, Bodric, que no pudo acudir a la boda porque debía quedarse allí para cuidar de todo. Le contó todas las aventuras vividas junto a él cuando eran niños, la de veces que fueron perseguidos por la cocinera del castillo, con escoba en mano, por pillarlos robándole galletas recién horneadas.

Megan rio al escucharlo hablar de sus hazañas juveniles, imaginándose cada escena..., viendo en su mente a un joven Aiden despeinado y con la boca llena de masa de galletas. Estaba nerviosa por

la unión, pero, a la vez, muy ilusionada por conocer a toda esa gente de la que hablaba con tanto cariño.

—¿Y qué me dices de tu madrastra y tu... tu hermanastra? —Notó la tensión en los brazos de Aiden al mencionar a las dos mujeres, las cuales tampoco habían acudido con él al enlace—. ¿Estás bien? —quiso saber. Se movió sobre la montura para mirarlo a los ojos, pero él la retuvo para que no se cayese del caballo.

—Sí, es solo que... —Aiden tomó aire y lo dejó salir con un suspiro—. Virginia y Valery son... un tanto especiales de tratar. De soportar, más bien —dijo. Megan pudo notar la frialdad en sus palabras.

—¿No os lleváis bien?

—Como ya te he dicho, son especiales —repitió con sequedad. Megan agachó la cabeza, entendiendo que era un tema que no debía tocar—. Perdona, ha sonado muy brusco. Es solo que... Esas dos mujeres nos vuelven locos a todos en el clan. Son caprichosas, vengativas y muy altivas. Si por mí fuese, las echaría sin pensarlo, pero mi padre se aseguró de que no pudiese hacerlo —le explicó.

Llegaron a su destino, un pequeño claro en el corazón de la arboleda que se extendía por toda la ladera de la colina. Al otro lado, cruzaba uno de los riachuelos que bañaban las tierras de DollarGlenn.

Aiden desmontó primero y la ayudó a ella a bajar. Con suma delicadeza, la sujetó entre los brazos y la descendió de forma lenta por su cuerpo. Eso hizo que su dureza golpease con fuerza en los pantalones. Era tan hermosa que le costaba mantener el control cuando estaba tan cerca de ella.

—¿Qué fue lo que hizo? —quiso saber Megan.

—¿Quién? —preguntó él, que había perdido por completo el hilo de la conversación.

—Tu padre. Acabas de decir que no las puedes echar porque tu padre se aseguró de ello. ¿Cómo?

—Dejó escrito en el testamento y libro del clan que, para yo obtener el puesto laird, debía aceptar tenerlas bajo mi amparo y protección. Que debía de asegurarme de darles un buen lugar donde vivir y de procurarles todas las comodidades a las que estaban acostumbradas. En caso de faltar a alguna de esas condiciones, Virginia podría impugnar mi posición como laird y tratar de echarme —contó, mientras caminaba con ella de una mano y las riendas del caballo sujetas a la otra.

—¡Pero... eso es horrible! —exclamó ella.

—Lo sé. Bodric, Thorill y yo llevamos estudiando el tema desde que tomé las riendas del clan, buscando la forma de deshacerme de ellas sin que parezca una expulsión y poder así impugnar el testamento de mi padre.

—¿Y por qué no les buscas un esposo a una de ellas..., o a las dos, si es posible? Así podrías sacarlas del clan sin que faltes a la palabra de tu padre.

—Eso ya se ha intentado y deniegan todas las propuestas.

—Pero, puedes obligarlas. Están bajo tu protección, eres su tutor y tú tomas las decisiones. Ellas no pueden negarse...

—En este caso, sí porque lograrían demostrar que lo hago para echarlas y sería cuando sacasen el testamento. Faltar a los estatutos del clan y a la palabra del anterior laird sería una falta muy grave por la que podrían echarme a mí de mi puesto —la interrumpió él.

—No es justo. ¿Por qué no hablas con mi tío y...? —No pudo terminar de hablar porque la boca de Aiden cayó sobre la suya de una forma abrupta. Un beso intenso, húmedo y ardiente.

—Dejemos de hablar de los asuntos del clan por ahora —murmuró él contra su boca.

—Ajá —logró exhalar ella, que respiraba con dificultad tras ese inesperado beso.

Aiden esbozó una media sonrisa de lo más seductora, le dio un beso en la punta de la nariz y se alejó de ella para anudar las riendas del caballo a la rama de un árbol. Luego, volvió junto a ella, la cogió de la mano y tiró para llevársela al amparo de los árboles frondosos y la hierba alta.

Allí, volvió a devorar con pasión los labios de la joven con la que tantas noches había estado soñando. Adoraba su predisposición, su entrega en cada encuentro, incluso podía ver en sus ojos el deseo de avanzar hacia la intimidad de sus cuerpos. Algo que lo volvía loco y corrompía demasiado su autocontrol.

Con delicadeza, y sin dejar de besarse, la tumbó sobre la mullida hierba. No la tomaría entre la maleza, eso lo tenía muy claro, pero sí le daría el placer que deseaba, la liberación que su cuerpo reclamaba cuando él metía la mano entre sus piernas.

—Aiden... —jadeó ella al sentir la caricia de sus dedos por la parte interior de los muslos.

—Eres preciosa, pelirroja. La mujer más hermosa que he visto en toda mi corta vida y la que más loco me vuelve —ronroneó él entre beso y beso depositado con sensualidad por su cuello. Con cada roce de sus labios sobre la piel, Megan se retorcía y gemía. Empujó la mano bajo las telas del vestido hasta llegar al centro de su feminidad y soltó un gruñido—. Por todos los santos, Meg..., estás tan húmeda...

—Ah —exhaló ella en cuanto un dedo entró en ella. De forma involuntaria, sus caderas se elevaron contra la mano del joven.

—No veo la hora de tenerte desnuda en mi cama y devorar cada centímetro de tu precioso cuerpo —susurró en su oído al mismo tiempo que la penetraba con los dedos.

—No... no sabes cómo es mi cuer... mi cuerpo —dijo ella con dificultad.

—Oh, sí que lo sé, cariño. No necesito quitarte la ropa para saber que serás toda una diosa, con tu piel tan blanca y esos cabellos rojos como el fuego, cayendo de forma grácil sobre tus pezones. —Megan gimió y se arqueó entre sus brazos, levantando los pechos hacia él. Aiden bajó la cabeza hasta ellos y lamió la curva que asomaba por encima del vestido, para luego meter la lengua entre los pliegues y rozar así uno de los pezones.

—Aid... Aiden... no pares, por favor —lo instó ella, que empujaba sus caderas hacia su mano.

Él sonrió y aceleró el ritmo. Entraba y salía de ella mientras saboreaba esas dos pequeñas montañas que asomaban por el escote. Megan estiró el cuello y liberó un largo gemido en cuanto llegó al clímax.

Aiden levantó la cabeza y la observó, aun con los dedos dentro de ella. Tenía las mejillas sonrojadas y el cabello algo revuelto, pero estaba más hermosa que nunca.

Megan abrió los ojos, jadeante pero saciada y sonrió. Él se agachó sobre ella y la besó. Una caricia con los labios, tierna y suave, pero cargada de deseo.

Se quedaron tumbados sobre la hierba, abrazados y hablando sobre el futuro que los esperaba, durante unas horas más antes de regresar al castillo.

CAPÍTULO 12

El sol brillaba con fuerza en lo alto de un cielo totalmente despejado de nubes. El calor en Dollar Glenn era acuciante, pero no asfixiante, aunque a Aiden parecía costarle llenar bien los pulmones del aire.

Caminaba de un lado para otra en la estancia que le habían designado en el castillo, muy cerca de las de Megan y los padres de esta. Intuía que habría sido cosa de Ian Campbell para tenerlo bien vigilado. Sabía que aún no confiaba del todo en él, aun habiendo aceptado el acuerdo de un año de cortejo y espera.

—Jamás creería que mis ojos te fueran a ver nervioso en algún momento, amigo —pronunció Ewan, que estaba junto a la mesilla redonda de madera donde había una botella de whisky y dos vasos.

—Es un día muy importante, no me caso con cualquier mujer —respondió. Se acercó a la ventana y miró a través de ella, mientras se ajustaba los puños de la camisola.

—Anda, toma un trago con el padrino de tu boda y calma esos nervios —le dijo su amigo.

Aiden se giró y le sonrió al mismo tiempo que estiraba el brazo para tomar el vaso de whisky que Ewan le ofrecía. Le dio un trago largo y sacudió la cabeza al notar el líquido dorado descender por su garganta, raspando cada fibra de su ser.

—Slàinte, amigo —brindó Ewan antes de tomarse su bebida. Soltó un sonoro quejido al notar el ardor y dejó el vaso sobre la mesa—. ¿Más tranquilo? —preguntó.

—Un poco más, sí. —Mintió, porque realmente seguía igual de intranquilo, aunque en ese instante no era solo por la boda, si no por la noticia que pretendía darle a su amigo y no sabía cómo abordar el tema que llevaba semanas dándole vueltas en la cabeza—. Ewan, quería hablar contigo antes del casorio. Quisiera proponerte algo y no sé si...

—Aiden, sabes que te aprecio como si fueras un hermano, pero no voy a abandonar a mi esposa para casarme contigo —bromeó el joven.

—Ja, ja, muy gracioso —protestó él—. Es un tema serio, por favor.

Ewan se quedó con el vaso a pocos centímetros de la boca y lo miró intrigado. Bajó la mano hasta dejar la bebida sobre la mesa y se sentó en uno de los dos taburetes junto a la mesa.

—Sí, parece serio. Bien, tú dirás —le dijo.

—Verás, sé que aquí tienes una vida y que amas mucho a tu esposa, pero... bueno, yo ahora soy laird y llevar un clan no es nada fácil. Sabes que se me da bien la gestión económica y toma de decisiones, pero... Necesito a alguien que sea mi mano derecha, alguien que me cubra las espaldas y en quien confíe de forma ciega...

—Creía que ese puesto ya lo ocupaba tu primo —lo interrumpió Ewan.

—Bodric lo hace bien, es un buen guerrero y maneja bien la espada, pero... no se le da expresamente bien dirigir un grupo de guerreros entrenados. A él se le da bien perseguir a las muchachas. —Ambos rieron ante esa imagen de un Bodric acosando a las jovencitas para conseguir sus favores.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —Ewan se hacía una idea de lo que su amigo le estaba pidiendo, pero quería que fuera él quien se lo expusiese.

—Me gustaría que fueras mi mano derecha en el clan, mi segundo y que tú y tu familia os vinieseis a vivir a Tarbert conmigo y con Megan —propuso, finalmente.

Ewan bajó la mirada al suelo y se quedó mirando la puntera de sus botas durante un momento, sopesando la proposición de su amigo y el inconveniente de realizar un viaje tan largo con su hijo de seis meses. Pensó en el enorme apego de Arabella por su familia y viceversa y supo que tenía ante sí una conversación difícil.

Tomó aire con fuerza para llenar los pulmones y lo dejó irse en un largo suspiro, como si intentase liberar una carga enorme sobre los hombros..., y es que así era lo que se le venía encima: una importante decisión.

Aiden permanecía parado frente a él, a la espera de una respuesta. Empezaba a impacientarse cuando su amigo levantó la vista del suelo y dijo:

—Déjame que lo consulte con Bella y te contesto, pero quiero que sepas que estaría enormemente encantado de ser tu mano derecha.

—Joder, amigo... —exhaló Aiden, dejando caer los brazos que había cruzado al pecho a ambos lados de su cuerpo—. Tú sí que sabes cómo crear tensión —dijo. Ewan rio, se levantó del taburete y ambos amigos se dieron un sonoro abrazo.

Unos golpes en la puerta de la habitación llamaron la atención de los jóvenes, pero fue Ewan quien se acercó para abrirla.

—¿Puedo pasar? —La figura de Ian Campbell ocupaba todo el umbral. Iba vestido con los colores de su clan, elegante y fiero al mismo tiempo.

Aiden había oído historia sobre su futuro suegro y sobre su tiempo viviendo entre vikingos. Se decía que luchaba como tal y que por eso era diestro con la espada, un que para nada tenía que ver con las clásicas escocesas con las cargaban el resto.

—Sí, por supuesto. ¿Ocurre algo, señor? ¿Megan está bien? —respondió él, tras un ligero carraspeo.

—Está bien, sí. Bueno..., todo lo bien que puede estar una mujer el día de su boda, claro —respondió el hombre—. Venía para darte mi bendición, muchacho —dijo y extendió el brazo hacia él.

Aiden no lo dudó, aunque tardó unos segundos en reaccionar, y se aferró a él con fuerza. Nunca

una aprobación había sido tan importante en su vida como esa.

—Gracias, señor. Esto significa mucho para mí. Yo... yo sé que aún no confiáis en mí, pero os prometo que no os defraudaré —le juró al hombre que le sostenía el brazo mientras lo miraba con fijeza.

—Mientras no la decepciones a ella, me doy por servido.

—No lo haré, señor, se lo juro por mi honor. —Ian se sostuvo la mirada unos instantes hasta que esbozó una leve sonrisa.

Le soltó el brazo, se giró hacia Ewan y asintió a modo de saludo antes de abandonar la habitación. Justo en el umbral, se detuvo y, mirando por encima del hombro, dijo:

—Si le haces daño a mi hija, iré a por ti. Tenlo en cuenta. —Y los dejó a solas con esa demoledora confesión.

—Bueno..., no fue tan mal —comentó Ewan mientras cerraba la puerta.

—Me odia.

—No te odia, Aiden. Solo...

—No confían en mí —terminó él la frase—. Dime una cosa, ¿cómo lo has hecho tú?

—¿El qué?

—Que todos confiaran en ti, que te aceptasen sin haber ninguna represalia.

—Ja, ja, ja! —se carcajeó Ewan—. Aún lo sigo pagando, amigo. En cada entrenamiento, te puedo asegurar que tanto sus primos, como sus hermanos, tíos o su propio padre, me lo hacen pagar —dijo.

—Pero confían en ti —afirmó Aiden.

—Más bien no quieren provocar la ira de Arabella, saben que ella se posicionaría a mi lado y tú y yo sabemos lo convincente que puede llegar a ser cuando se le mete una idea en la cabeza. —El joven soltó una risa al recordar el tormento de viaje que les dio cuando la llevaron de camino a tierras del Ulster—. Hermano, dales tiempo. En cuanto vean lo mucho que amas a Megan y lo mucho que ella te ama a ti, te aceptarán. Siempre y cuando no la secuestres, claro. En ese caso, prepárate para morder el polco cada vez que se les dé la ocasión —dijo y ambos estallaron en sonoras carcajadas.

Unas habitaciones más lejos, Megan permanecía sentada sobre la silla mientras su madre y su tía terminaban de colocarle los últimos adornos en la cabeza. Había elegido un peinado sencillo, con la melena cobriza suelta y una corona de flores en la coronilla, de la que colgaban unas tiras de diferentes colores.

El vestido elegido fue uno de color verde pálido con detalles cosidos en hilo dorado. Un corpiño ceñido al cuerpo, que recogía sus pechos pequeños de tal forma que formaban dos montañas abultadas por encima del escote. Las mangas se ajustaban a los brazos hasta ensancharse en forma de

campanas a la altura de los codos.

Lo que más llamaba la atención era la falda que completaba el traje de la novia, compuesto por tres tipos de faldones que iban desde el color crudo, el blanco y por último, una tela del mismo verde que el corpiño y mismos bordados en dorado.

—Lista, ya puedes levantarte —le dijo su madre cuando hubo acabado.

Megan sonrió y se incorporó de forma lenta, más por el nerviosismo que por el peso del vestido en sí. Alisó los pliegues de las faldas y se giró para quedarse frente a las tres mujeres más importantes de su vida. Tanto su madre como su tía ahogaron una exclamación y se llevaron una mano a la boca, asombradas por cómo lucía.

—Estás preciosa, prima. No existe novia en el mundo que pueda competir con tu belleza. Aiden se va a quedar sin aliento cuando te vea. —Fue Arabella quien habló, mientras acunaba a su pequeño entre los brazos. Lo había estado dando de mamar mientras a ella la peinaban. Hacía seis meses que el pequeño Robbie había venido al mundo y se había convertido en la alegría de la casa y el orgullo de sus abuelos..., y de toda su familia.

—¿Seguro que estoy bien? ¿No me habré excedido en los detalles? —quiso saber ella, con voz temblorosa.

—Se va a caer de culo cuando te vea entrar —aseguró su prima.

—¡Bella! —la recriminó su madre, Abigail.

Aliena, como madre orgullosa de la mujer en la que se había convertido su niña, le entregó el ramo de flores recién recogida de esa misma mañana por Beth y otras chicas del clan. Un conjunto de flores blancas, azules y lilas, con diversas hojas de color verde y anudadas con un lazo que llevaba los colores del clan Campbell.

—Una novia nunca se excede con la elección de su vestido —le dijo. Megan sonrió agradecida y tomó el ramo entre ambas manos.

—Tú vestido fue muy sencillo —comentó, en referencia al momento en el que su padre y su madre se dieron el sí, quiero.

—Una ropa algo ensangrentada no se podría considerar una buena elección, pero tu padre lo eclipsaba todo, así que me sentí muy bien vestida con él sujeto a mi cintura —le explicó.

—Pero el que elegiste para la ceremonia aquí en el clan, era precioso..., y también de color verde —contó su tía.

—Cierto —confirmó Aliena.

—El mío estaba algo sucio y con olor a salitre, si te sirve de consuelo —dijo Arabella, entonces.

—Muy tú, teniendo en cuenta lo poco o nada que te gustaba la idea del matrimonio —se burló Abigail de su hija. Esta, en respuesta a su comentario, le sacó la lengua a su madre—. Qué madura, hija mía. —Las cuatro rieron, haciendo que el pequeño se revolviere entre los brazos de la joven madre.

Unos golpes en la puerta llamaron la atención de todas. Fue la señora del clan quien se acercó para abrirla y encontrarse cara a cara con su hermano, y padre de Megan, Ian.

—¿Ya has hablado con el novio? —le preguntó, al mismo tiempo que se hacía a un lado para dejarlo entrar.

—Ahora mismo acabo de dejarlo en la habitación con Ewan. Supongo que ya habrán ido hacia la igle... —No puedo terminar de hablar porque las palabras se le amontonaron en la garganta al ver a su hija ahí plantada.

—Cariño, ni que te hubiese comido la lengua un fantasma —bromeó su esposa.

—Lo siento, pero es que... acabo de sufrir un deja vu y creí estar de nuevo en esa iglesia de Inverness —pronunció él, sin dejar de admirar la belleza de su hija y el enorme parecido que tenía con su madre. Siempre lo supo, pero en esta ocasión, Megan era el vivo reflejo de Aliena Campbell.

—¿Me ves guapa, papá? —preguntó Megan, que también se le empezaban a atragantar las palabras en la garganta. No quería llorar, pero tanta emoción iba a acabar con su contención.

—Eres la imagen más hermosa que los ojos de un hombre pueden ver, mis dos tesoros preciosos —contestó Ian. Abrió los brazos para recibir a sus dos mujeres y las apretó con fuerza contra su cuerpo—. No sé qué he hecho para merecer tanta gracia divina, pero doy gracias al Señor por estas dos hermosas mujeres que tengo. —Un carraspeo llamó la atención de este y dirigió la mirada hacia su hermana, que los observaba con los brazos cruzados con pecho—. Tú también eres hermosa, hermanita —dijo, finalmente.

—Espero que no hayas asustado mucho al novio con tus palabras, tío —comentó Arabella, cambiando a su hijo de posición entre los brazos.

—No mucho. Tan solo le he dicho que, si le hacía daño a mi hija, iría a buscarlo y lo mataría —respondió él.

—¡Papá! —protestó Megan entre los brazos de su padre.

—Cariño, me prometiste dejarme ese honor a mí —ronroneó Aliena con la cara apoyada contra el pecho de su esposo.

—¡Mamá! —exclamó ella. Todos acabaron riendo, algo que hizo que ella se relajase y dejase de temblar como una hoja.

CAPÍTULO 13

La pequeña capilla del castillo estaba abarrotada de gente. En el interior, la mayor parte estaba ocupada por la propia familia Campbell, apenas quedaban un par de hileras de bancos para el resto del clan y los McAlister.

Aliena y Abigail, que cargaba con su nieto en los brazos, ocuparon sus asientos en primera fila. En cuanto se sentaron en sus respectivos puestos, el laird rodeó los hombros de su esposa y le depositó un tierno beso en la frente. Después, admiró el sueño de su primer nieto y sonrió.

—Este lugar empieza a quedarnos pequeño, con tanta familia que somos. No sé cómo lograremos acomodarnos en las bodas venideras —comentó Abigail a su esposo, aunque la escucharon tanto Aliena como Gavin, su esposa y el resto de la familia.

—Tal vez vaya siendo hora de remodelarla y añadirle una estancia más —comentó Aliena.

—Por favor, si alguien me propone una obra más, me pondré a gritar —gruñó James.

—Despertarás al pequeño Robbie y tu hija te matará. Es menos arriesgado ampliar la capilla —se burló Gavin tras ellos.

—Cállate, Gavin —ladró el laird, haciendo que todos ahogasen una risa.

En el altar, el padre McMurphy esperaba junto al novio, que no dejaba de jugar con los puños de su camisa. Ewan, que estaba a su lado, sonrió divertido al ver a su amigo tan nervioso y comprendía muy bien ese estado. Recordaba lo ansioso que estaba el día de su boda, aunque fuese algo rápido y sin planear del todo. Aunque lo que más recordaba era su noche de bodas.

El bullicio del exterior se silenció y la gente aglomerada en la entrada comenzó a moverse para hacerle un pasillo a la novia.

La primera en entrar fue la dama de honor, Arabella Campbell, que, a petición de su prima, le encargó un vestido verde liso y entallado a su cuerpo. Llevaba su negra melena recogida en un moño bajo, con algunos mechones ondulante sueltos. Se la veía hermosa, radiante y sonriente. Tanto que a Ewan se le aceleró el corazón. Definitivamente, estaba locamente enamorado de esa joven de cabellos negros como la noche y rebelde como ningún otro hombre que haya conocido.

Cuando Bella llegó a su posición, al otro lado del altar, dirigió su mirada hacia su esposo, quien le guiñó un ojo cómplice. Ella sonrió y lanzó un beso. Luego, se colocó de frente a la entrada, sonrió a su familia y esperó la entrada de su prima.

Instantes después, las gaitas comenzaron a entonar el himno del reino escocés y todos los allí presentes fueron enmudeciendo según veían pasar a la novia por delante de ellos.

Megan estaba tan nerviosa como Aiden, o quizás más, pero llevaba una enorme sonrisa plantada en su rostro y eso le otorgaba una luz que cegaba. Su padre, Ian Campbell, la guiaba del brazo por el

corto pasillo que los invitados fueron haciendo hasta dejarla en el altar, no sin antes darle un fraternal beso en la frente y recordarle lo mucho que la amaba. Después, tomó su lugar junto a su esposa Aliena, que lo observaba todo con lágrimas en los ojos. Ambos progenitores se abrazaron y se dieron consuelo mutuo, pues su niña dejaría pronto el hogar para formar su propia familia.

Aiden se había quedado boquiabierto desde el mismo instante en el que la vio aparecer al fondo de la capilla, con ese vestido tan impresionantes y ese brillo en el rostro de su futura esposa. Hermosa. Preciosa. Toda una ninfa, con esas tonalidades verdosas y el cabello rojizo cayendo por los hombros.

—Respira, amigo —le susurró Ewan a su espalda.

Aiden tragó saliva con dificultad y tomó a Megan de la mano.

—Estás... Dioses, creo que nunca vi a nadie tan radiante en toda mi vida —exhaló con admiración, al mismo tiempo que paseaba el pulgar por la mano de la joven.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —contestó ella, con el ramo casi tapándole el rostro.

Aiden pudo ver la rojez en sus mejillas y sintió un enorme tirón en la entrepierna. Se movió inquieto, miró al sacerdote y preguntó:

—¿Puedo darle un beso para calmarla?

El cura masculló una especie de palabra en gaélico y le lanzó una severa mirada por encima de las gafas, mientras sujetaba la biblia entre las manos.

—¿Es que en este clan nunca hacéis las cosas como dictan las normas?

—Así es más divertido —respondió Gavin, alzando la voz.

James Campbell negó con la cabeza y se cubrió la cara con una mano, mientras el resto de los invitados se reían divertidos.

—No, muchacho, no puedes besar a la novia antes de que estéis unidos ante los ojos del altísimo —dijo el hombre encorvado—. Bien, Empecemos con la ceremonia. —Todos tomaron asiento y el párroco comenzó con su clásico discurso eclesiástico.

Al padre McMurphy se tomó su tiempo para hablar sobre lo sagrado que era el matrimonio y la importancia de la castidad en la mujer, momento en el que alguno de los presentes comenzó a bostezar y a moverse de forma inquieta en sus asientos. Hasta que por fin pronunció las ansiadas palabras, sobre todo por el novio, que apenas dejó al párroco terminar con el *puede besar a la novia* cuando se apoderó de los labios de la joven.

Entre vítores, aplausos y silbidos, Aiden McAlister besó a su esposo. Con el rostro de la joven envuelto entre ambas manos, se separó lo justo para poder observarla, con miedo a que todo fuera un sueño y al despertarse volviese a desaparecer.

—Ya está hecho —dijo ella, aún con los labios hinchados.

—Ya está, por fin eres mía. Te haré la mujer más feliz del mundo, Megan McAlister. —Escucharlo llamarla con su apellido, hizo que todo su cuerpo vibrase y que un escalofrío la recorriese

entera. Rio sin pensarlo—. ¿Qué sucede? —quiso saber él.

—Nada, es solo que... Me gusta cómo me has llamado —respondió ella.

—¿Cómo?

—Megan McAlister. —Aiden esbozó una sonrisa, le acarició las mejillas con los pulgares y volvió a besarla.

—Es quién eres ahora, pelirroja. Mi mujer, mi esposa, la lady de mi clan..., y, pronto, mi amante. —Esas últimas palabras las susurró al oído para que nadie más las escuchara.

El aire se le quedó atascado a Megan en mitad de la garganta. No había pensado en la noche de bodas en ningún momento y, ahora, su nerviosismo de antes se empezaba a hacer todavía más grande. ¿Qué debía saber? ¿Cómo debía actuar? Aunque, visto las cosas que Aiden le había hecho en los últimos días, poco más debía de quedarle por aprender.

—Tranquila, seré gentil y paciente. No te haré daño, te lo prometo —prometió él, como si le hubiese leído el pensamiento.

—Confío en ti —aseguró ella y se volvieron a besar, momento antes de ser rodeados por toda la familia y verse envueltos en un amasijo de abrazos y felicitaciones.

El banquete tuvo lugar en el gran salón del castillo. Aunque estaban algo apretados, la celebración transcurrió con suma alegría, bromas y brindis de los invitados. Tan solo tenían hermosas palabras para la feliz pareja, aunque se notaba aún a desconfianza por el laird McAlister.

Cuando se hubo acabado el convite, entre todos apartaron las mesas y las sillas para dar paso al baile. En cuanto las gaitas comenzaron a sonar, la sala se llenó de parejas dispuestas a divertirse. Entre risas, saltos y desplegando una alegría inmensa, los miembros del clan Campbell de Clackmannanshire desplegaron todas sus artes danzarines. Incluidos los novios, que no dejaban de besarse ni de admirarse cada vez que podían, ya que Megan fue requerida en infinitas ocasiones por sus hermanos, primos, tíos y padres.

En un momento de la fiesta, dos hombres irrumpieron en el salón y uno de ellos, con las manos apoyadas en las caderas, gritó:

—¿Es que no habéis dejado nada de comida para dos viajeros hambrientos?!

La música se detuvo y la sala se quedó en absoluto silencio. Todas las cabezas allí presentes se giraron hacia los recién llegados.

—¡Tío Robbie, Sean! —exclamó Arabella al reconocerlos. Se liberó de los brazos de su esposo y corrió a los brazos de su tío.

—Muchacha, que ya no eres una niña para saltar así sobre mi cuello y yo ya estoy mayor para estos embistes —bromeó el hombre.

—No, no es ninguna niña, pero a veces se comporta como tal —pronunció Abigail, que fue al encuentro de su hermano pequeño y su sobrino—. Ya creía que no tendríais —dijo antes de

saludarlos con un efusivo abrazo.

—¿Y perderme la boda de mi sobrina favorita? —respondió.

—¡Oye! —protestó Arabella, haciendo un mohín del todo infantil.

—Tú eres mi sobrina especial —le confirmó él y ella sonrió victoriosa.

—¿Bueno, ¿dónde está mi pequeña pelirroja soñadora? —quiso saber Robbie.

—Aquí, tío. —Megan se acercó de la mano de su esposo—. Te presentó al laird Aiden McAlister.

Robert Campbell lo observó con detenimiento durante eternos instantes, hasta que extendió la mano hacia el joven y este la tomó con firmeza.

—Así que tú eres quien va a secuestrar a la joya de mi hermano y llevársela, ¿eh? —bromeó el guerrero.

—¡Robbie! —lo increpó Abigail.

—¿Qué? ¿Demasiado pronto? —dijo él, mostrando una sonrisa de lo más burlona.

—Echaba de menos tu humor, hermano. —Ian salió de alguna parte del salón y se fundió en un sonoro abrazo con él.

Incluyeron a Abigail en su fraternal abrazo. Desde que Robbie se fue a vivir a Caerlaverock con su padre, se veían en muy pocas ocasiones, salvo en reuniones importantes o momentos como estos. Volver a reunirse los tres, los hermanos Monfort juntos de nuevo, era algo que ansiaban cada vez con más ganas.

—Bueno, ¿cuál es el veredicto entonces? —preguntó Robbie cuando se separaron los tres y se quedaron frente a los recién casados.

—Todavía lo estamos debatiendo —respondió Ian, de forma fría y sin desviar la mirada del joven laird.

—Aún no confían en mí, y es comprensible —apuntó Aiden.

Robert Campbell miró al muchacho y en cómo tenía a su sobrina sujeta por la cintura. Luego, observó a su hermano y sonrió. Desvió la vista de nuevo hacia el laird y dijo, en un tono de burla:

—Bienvenido a la familia. No serás aceptado por los Campbell hasta que no te sometan a duras pruebas y, por lo que veo, las tuyas ya han comenzado. Suerte, muchacho.

—¡Tío! —protestó Megan.

CAPÍTULO 14

Cuando llegó el momento de llevarse a su esposa a la cama, para sorpresa de Aiden, todos aplaudieron y vitorearon cuando la cargó en brazos escaleras arriba.

—Ya no nos ve nadie, cariño, puedes dejarme en el suelo —dijo Megan entre risas, colgada del cuello de su hombre.

—De eso nada, pelirroja. Te llevaré en brazos hasta nuestros aposentos y te dejaré sobre el colchón con mucha delicadeza. Eres mi esposa y una dama, debes ser tratada como tal —contestó él.

—Bien, entonces será mejor que des media vuelta porque te has pasado mi habitación de largo —rio ella.

Aiden emitió un quejido, creía que iba en la dirección correcta, pero, sin darse cuenta, iba camino de su propia habitación.

—Mamá se encargó de que trajesen todas tus cosas a la mía, así que no tendrás que ir a buscar nada —le explicó ella.

—Lo teníais todo bien planeado, ¿verdad?

—Somos Campbell, se nos dan bien planificar las cosas.

Con alguna que otra dificultad, Aiden logró agarrar el pomo de la puerta y abrirla. Cruzó el umbral con su pelirroja sonriente en brazos y cerró de una patada. La depositó en el suelo mientras la besaba, porque ya no podía esperar más.

Megan, que se sentía del todo inexperta en esta parte de la intimidad, se dejó guiar, algo que a él le maravilló. La siempre predisposición de ella, sin protestas ni preguntas. Tan solo dejarse guiar por las hábiles manos de él.

Devoró su boca con ansia, como le habría gustado hacerlo desde el primer momento en el que la besó en el altar, pero los dichos protocolos dictaban cierto decoro y autocontrol en presencia de la gente.

De la misma forma en la que lo hizo en sus encuentros secretos en el bosque, paseó las manos por su cuerpo y amasó sus pechos sobre el corpiño. Megan ahogó un gemido en su garganta y eso hizo que su miembro golpease con fuerza en su entrepierna.

De forma súbita, la giró hasta tenerla de espaldas a él. Le apartó el cabello hacia un lado y depositó sensuales besos por todo su cuello, mientras manipulaba los cordones de la parte trasera del corpiño.

Megan, jadeante y notando su piel arder allá donde él le acariciaba con los labios, se fue abriendo la parte delantera del vestido. Lo escuchó caer al suelo y eso, por extraño que pareciera, la excitó.

Una prenda menos entre ellos.

Antes de proseguir, Aiden colocó las manos bajo la curvatura de los senos de la joven y los amasó con cuidado. Los encontró hinchados, con los pezones listos para ser saboreados. Megan gimió entre sus brazos al notar sus caricias y él gruñó contra su cuello.

Metió las manos en las cuerdas que sujetaban las faldas y las fue desatando una a una hasta dejarla solo con la larga camisola. Su dureza ya era insoportable, así que aprovechó para desabrocharse los pantalones y quedarse solo con su propia camisa.

De forma lenta, Megan se dio la vuelta hasta quedar frente a él. Ambos jadeaban mientras se devoraban con la mirada. A un solo paso para el gran momento, pero querían demorarse y admirarse el uno al otro.

—¿Me permites? —preguntó él, llevando la mano hacia la lazada que mantenía la camisola sujeta al cuello de la joven.

—¿Y ahora me lo preguntas, esposo? —dijo ella entre risas.

Aiden le devolvió la sonrisa, cogió el cordón por un extremo y tiró con fuerza. En cuanto la camisa se abrió, metió la mano por la abertura hasta rozar uno de los pechos de ella. Su pene palpitó al instante.

No aguantó más y tiró de la tela para dejarla deslizarse por la blanca piel de la joven. Dio un paso hacia atrás para poder admirarla bien, un gesto que a ella pareció incomodarle porque se cubrió con los brazos.

—No, no te tapes. Deja que de vea, Meg —solicitó él. Con suma delicadeza, le apartó las manos y la dejó desnuda ante él—. Preciosa..., joder, eres una diosa de cabellos de fuego —jadeó él.

—Creo que me toca. Yo también tengo derecho a ver el hombre al que le voy a entregar mi virtud —pronunció ella.

Aiden se fijó en cómo se le endurecían los pezones. Se relamió, asintió y se quitó la camisa por encima de la cabeza. La dejó caer a un lado y se quedó desnudo ante ella.

Megan lo observó, centímetro a centímetro. Ladeó la cabeza cuando admiró el torso marcado y perfectamente trabajado del joven, lo que le indicaba que se sometía a duros entrenamientos. Recorrió cada rincón, en silencio y sin moverse de su posición, hasta que sus ojos se detuvieron en la parte más importante.

—¿Eso tiene que entrar aquí? —preguntó atónita por la largura y grosor de su miembro. Aiden asintió, conteniendo la risa al ver la cara de asombro de su joven e inexperta esposa—. Tengo mis dudas de que... —En dos pasos, él cayó sobre su boca y puso fin a sus palabras.

—Tranquila, yo te enseñaré —pronunció contra su boca.

—Ajam —jadeó ella, porque ya no podía hablar más.

Aiden la tomó en brazos y la llevó a la cama, mientras la besaba. La tumbó con delicadeza sobre el colchón, tal y como le había prometido, y comenzó a depositar ardientes besos por todo el cuello,

de igual forma a como lo hizo en el claro del bosque.

Al mismo tiempo que acariciaba su piel suave con los labios, paseada los dedos por sus piernas, que se movían inquietas al notar su roce. Fue bajando poco a poco por todo su cuerpo, dejando un reguero de besos que la prendían en fuego y al mismo tiempo se enfriaban cuando su boca dejaba ese espacio vacío de caricias.

Cuando llegó a esas dos pequeñas montañas, tomó la cumbre de una ellas entre los labios y la besó. Eso hizo que la joven se arqueas sobre la cama y gimiese con fuerza. Al mismo tiempo, su mano subía de forma peligrosa hasta el centro de su feminidad.

Deslizó la lengua por el rosado pezón y jugueteó con el pezón para luego mordisquearlo con delicadeza y succionarlo de una forma devastadora. Megan gimió y elevó su cuerpo y Aiden introdujo un dedo en ella.

—Dios mío, pelirroja... —jadeó él contra su seno, mientras movía el dedo en su interior—. Estás tan húmeda. —Metió otro dedo y los movió ambos.

—Ah... —gimió ella.

—Necesito saborearte toda, cariño. —Y abandonó los pechos para meter su cabeza entre las piernas de la joven.

—¿Qué... qué estás haciendo? —preguntó sorprendida y excitada al mismo tiempo.

—Sschh, disfruta, mi amor. Este es tu momento —y bajó la boca hasta la hendidura de su sexo.

Con la primera lamida, Megan se abrió de forma involuntaria y gimió. Aquello la excitaba mucho..., o tal vez fuera el hecho de que la hubiese llamado mi amor. No lo sabía, pero sí tenía claro que no quería que esa noche finalizase nunca.

El placer que Aiden le estaba proporcionando era maravilloso, mejor, incluso, que lo que le habían contado.

—Joder, Megan... No te haces una idea de las ganas que tengo de hundirme en ti —ronroneó él contra su sexo. Otra lamida y ella sintió que su cabeza comenzaba a dar vueltas.

Quiso hablar, quiso decirle que estaba lista para recibirlo, pero una extraña descarga se apoderó de su cuerpo y comenzó a temblar..., no, a convulsionar al mismo tiempo que gemía con fuerza.

En cuanto se quedó laxa sobre el colchón, Aiden sacó la cabeza de entre sus piernas y se limpió la cara con la esquina de la sábana.

Megan respiraba con dificultad cuando notó el colchón moverse bajo su cuerpo y lo vio colocarse sobre ella. Lo observó sujetarse el miembro mientras lo guiaba hacia ella. Tragó saliva cuando la cabeza llegó a la abertura.

—Mírame, mi amor —dijo él, pero ella no podía separar los ojos de esa enorme vara que estaba dispuesta a empalarla—. Megan, mírame —la instó de nuevo, y lo hizo—. Te dolerá un poco al principio, pero seré paciente y no entraré más hasta que tú estés lista. ¿Me entiendes?

Ella asintió y él empujó.

Megan notó cómo se deslizaba en su interior y eso la sorprendió. Llenaba todo su espacio, sentía cómo rozaba todo con la punta y jadeó. Aiden se movió hacia atrás y la sacó, no del todo, y volvió a entrar. Ella lo vio cerrar los ojos, conteniendo toda su fuerza, y vio el sudor rodar por la frente del joven. Comprendió el enorme esfuerzo que estaba haciendo al tratar de ir despacio.

Tomó el rostro del guerrero entre ambas manos, se abrió más de piernas y, cuando Aiden la miró, le ordenó:

—Hazlo.

Él no esperó más y entró de un empujón..., hasta el fondo.

Megan soltó un grito de sorpresa y las lágrimas cayeron por la comisura de los ojos, que los había cerrado en el instante en el que sintió la gran punzada en el vientre.

—¿Estás bien? —quiso saber él.

Megan asintió, pero era mentira. No lo estaba, le dolía. Apretó los labios para contener el llanto. Aiden los besó con calma y lamió las lágrimas que caían por su rostro. Esperó en esa posición hasta que notó que ella se relajaba y salió despacio para volver a entrar. Esta vez, el dolor fue menos intenso y comenzó a dar paso al placer.

Poco a poco, ambos cuerpos se fueron amoldando el uno al otro, fueron acompasando sus movimientos hasta que la pasión tomó el control y, entre gemidos y jadeos, hicieron el amor por primera vez hasta caer exhaustos.

Cuando ambos acabaron, Aiden la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó desde atrás. Le dio un beso en el hombro y tiró de la manta para cubrirse ambos. Instantes después, el sueño se había apoderado de ellos.

CAPÍTULO 15

Los primeros rayos de sol de la mañana entraron a través de los cristales de las ventanas, acariciando cada rincón a su paso, como si sintieran vergüenza por irrumpir en la estancia y escuchar los muelles de la cama rechinar con el movimientos de dos cuerpos dándose placer.

Aiden estaba de nuevo sobre su preciosa esposa, metido entre sus piernas y empujando con fuerza para profundizar al máximo en ella, mientras Megan gemía y se retorció bajo el peso de su cuerpo.

—Aiden... Aiden... —jadeó ella en cuanto notó la corriente del clímax recorrerla de arriba a abajo. Estiró el cuello y gimió con fuerza, al mismo tiempo que temblaba de placer.

Una vez que su esposa llegó al ansiado orgasmo, Aiden aceleró el ritmo en busca de su propia liberación. Entró y salió con dureza, sin descanso y sin dejarse distraer por el repiquetear de la cama al moverse con sus embestidas. Una y otra vez, una y otra..., hasta que cerró los ojos, empujó con fuerza y se derramó en ella, acompañándolo de un gutural quejido.

Para no aplastarla, Aiden rodó hacia un lado de la cama y la atrajo hacia él con un brazo. Megan apoyó la cabeza sobre el pecho de su esposo, que subía y bajaba de forma irregular por el esfuerzo.

—¿Es siempre así de... placentero? —quiso saber ella, mientras paseaba una mano sobre el torso desnudo de su esposo. Rezumaba calor y podía escuchar con claridad los latidos del corazón.

Él posó su mano sobre la de ella y le dio un beso en la coronilla.

—Mejora con la práctica —respondió.

—Oh —dijo ella—. Entonces, debemos practicar más. —Aiden rio, lo que hizo que la maraña de cabellos cobrizos de ella bailasen sobre su pecho.

Megan levantó la cabeza y apoyó la barbilla sobre el dorso de su mano. Lo miró y sonrió de una forma amplia y plena, como nunca antes había sonreído. Algo que él percibió y le correspondió curvando su boca en una amplia sonrisa.

Aiden le pasó el pulgar por el perfil de su rostro y luego le acarició los labios, admirando cada detalle, deseando beber de nuevo de su boca y tragarse sus gemidos de placer.

—Eres tan hermosa... —murmuró.

—No dejas de repetir eso, tonto —rio ella.

—Pero es que es la verdad. Eres la mujer más hermosa que he visto jamás, la única que se instaló en mis sueños y de ahí no salió. Te has grabado a fuego, pelirroja —confesó él. Megan sintió que su corazón daba un brinco en el pecho.

—¿Quiere decir eso que me amáis, laird McAlister? —preguntó con cierta picardía.

—Con todo mi ser, lady McAlister. —Ahí estaba de nuevo esa forma de referirse a ella, que hacía

que todo su cuerpo se encogiese y ardiese al mismo tiempo.

Aiden la atrajo hacia su boca para darle el beso más tierno, cálido y húmedo del día, porque habría muchos más durante el resto de sus vidas. De eso estaban los dos seguros. La besó, la acarició y la hizo gemir de nuevo de placer cuando sus dedos escudriñaron dentro de sus profundidades.

Megan bajó a desayunar unas horas después de que su esposo abandonase el lecho para entrenar con su amigo, Ewan. No sin antes asegurarse de dejarla saciada.

A la primera persona con la que se encontró por los pasillos del castillo fue a Beth, la nodriza que cuidó de todos ellos cuando eran unos niños. Se abrazaron emocionadas, al mismo tiempo que la mujer la felicitaba por las nupcias y le deseaba toda la suerte del mundo para que tuviese un matrimonio largo, feliz y lleno de retoños correteando a su alrededor.

Bajó las escaleras, saludando a los sirvientes con los que se cruzaba por el camino y la felicitaban. En cuanto llegó al salón, vio a su madre y a sus tías sentadas junto al calor del hogar. Su tía Elena, la mujer de Gavin, lucía una abultada barriga de embarazada. Una llegada del todo inesperada, pero que tenía a todos emocionados..., y al tío Gavin algo nervioso.

—Mira a quién tenemos aquí... —La primera en percatarse de su presencia fue su madre, Aliena, que se levantó y fue hasta ella para darle un cariñoso abrazo—. ¿Cómo te encuentras, cielo? —preguntó en apenas un susurro.

—Muy bien, la verdad. Ha sido...

—¿Ha sido tierno contigo, se ha portado bien? —interrumpió su madre. Megan rio.

—Ha sido maravilloso, mamá, no te preocupes. Todo un caballero, galante, cariñoso y muy paciente —respondió ella.

Las dos caminaron abrazadas hasta reunirse con sus tías.

—Perdona que no me levante, cielo, pero esta condenada barriga me limita mucho a estas alturas —dijo Elena.

Abigail, en cambio, se levantó y la abrazó antes de darle un beso sonoro en la mejilla.

—¿Te ha dolido? ¿Necesitas que te eche un vistazo? —quiso saber ella.

—Estoy bien, tía, gracias. Y sí, dolió al principio pero..., luego fue... —Megan se sonrojó y agachó la cabeza antes de decir: —... muy placentero. —Las tres mujeres rieron de forma alegre ante la vergüenza de la joven a la hora de hablar sobre la intimidad en el lecho.

—Bienvenida al maravilloso mundo de los placeres conyugales, querida —se burló Aliena.

—¿Siempre es así de... de...?

—¿Placentero? ¿Excitante? ¿Apasionante? —enumeró su tía Elena. Ella asintió.

—Mejora con la práctica —contestó su madre. Megan se sorprendió por la respuesta, idéntica a la que Aiden le dio.

—Y si es con el indicado, mucho mejor —añadió Abigail.

—Oh, sí, eso sin dudarlo —exclamó Aliena.

—Yo no puedo afirmar tal cosa, mi experiencia se limita solo a Gavin —bromeó Elena.

—Tranquila, ya tiene él suficiente experiencia por todas nosotras juntas —soltó Aliena, entre risas, que pronto se contagiaron a las demás.

—¿Dónde está Bella? —quiso saber Megan, al darse cuenta de la falta de presencia de su prima. Supuso que estaría dando de mamar al pequeño, pero no pudo evitar preguntar.

—Están reunidos con James en el despacho —contestó Abigail.

—¿Están?

—Sí, Bella, Ewan y tu esposo..., y el mío, por supuesto. ¿No sabías nada?

—No, la verdad. —Megan se quedó pensativa. ¿Qué estaban tramando esos tres con su tío?

Desde la entrada, se escucharon las risas estridentes de los chicos, que venían acompañados por Gavin e Ian. Al parecer, la mañana de entrenamiento había sido muy productiva para todos ellos. Megan solo esperaba que no le hiciesen morder el polvo a su esposo más de lo necesario.

—¡Hermanita! Se te ve radiante esta mañana, con una piel reluciente... —se burló su hermano, Alastair, en cuatro entraron en el salón y la vieron. —¡Ay! —se quejó al notar un manotazo en la coronilla.

—Deja a tu hermana en paz —le recriminó su padre, tras darle una colleja que hizo que su hermano y sus primos se rieran de él—. ¿Cómo estás, cielo? —dijo Ian tras acortar la distancia entre él y su hija y fundirse en un efusivo abrazo.

Megan iba a contestarle que se encontraba bien cuando aparecieron en escena su tío, James, Ewan, Arabella y Aiden. No puedo evitar esbozar una amplia sonrisa al verlo, algo que él imitó a la perfección. Abrió los brazos y la recibió con agrado.

—Bien, ya que estáis todos aquí reunidos, debo comunicaros una noticia —pronunció James, con semblante serio. Entristecido, más bien, lo que provocó en su esposa y el resto de los presentes cierta incertidumbre.

—Déjame hablar a mí, papá —se adelantó Arabella.

Padre e hija se miraron y este asintió en señal de aceptación. Libre de la carga de hablar, se fue junto a su esposa en busca de apoyo moral. Abigail se abrazó a la cintura de su esposo y lo miró con intriga, buscando en él alguna señal o algún tipo de respuesta, pero solo se encontró con una mirada fría, distante, y eso la inquietó.

Arabella se aclaró la garganta para hablar, mientras se retorció las manos, nerviosa y sin saber muy bien cómo empezar. Ewan entrelazó una mano con la de ella y le dio un ligero apretón, a modo de apoyo. Ella lo miró y sonrió.

—Bueno, como ha dicho papá, tenemos una noticia que daros a todos. Aiden le ha hecho una propuesta a Ewan para ser su mano derecha en su clan y... bueno, nosotros... —titubeó en las

últimas palabras.

—Deja que siga, cariño. —El McGregor tomó el turno de palabra—. Como ya sabéis, Aiden y yo somos muy buenos amigos, hermanos de batalla. No le confiaría mi vida a nadie más que a él. Ayer, antes del enlace, me ofreció ocupar el puesto de su segundo al mando en el clan McAlister. —Se aclaró la garganta y continuó, siendo consciente de las miradas de estupefacción de todos.

»Mi respuesta no fue inmediata porque era un asunto que debía tratar con mi mujer. Sé los fuertes que son vuestros lazos familiares, no solo con el clan, y esta era una decisión muy importante que debíamos tomar los dos juntos...

Un suspiro en la sala atrajo las miradas de Ewan y Arabella, y ambos vieron la expresión de dolor en el rostro de Abigail. La señora del clan se había llevado una mano al corazón y otra a la boca, intentando retener las emociones, aunque los ojos vidriosos la delataban. James, a su lado, se movió incómodo, sin soltar a su esposa. Esa escena le partió el corazón a Bella.

—Hemos aceptado, los dos. Nos vamos a Tarbert con Aiden y Megan —confesó ella, finalmente. No quería alargar más la agonía de su familia.

—¿Qué? —exclamó su prima, que se tuvo que agarrar con fuerza al brazo de su esposo al escucharla—. ¿Vosotros... vosotros dos os venís a vivir... con nosotros? —balbuceó.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, mi querida prima —respondió Arabella, con una sonrisa burlona y lágrimas en los ojos.

Megan dio un grito de alegría y corrió a abrazarse a ella.

—Con la de veces que te jactabas de que tú jamás abandonarías el clan, que eras una Campbell y que nadie te obligaría a abandonar a tu clan... —Fue Colin, el hermano de Bella, quien habló primero.

—Bueno, y nadie me obliga —aseguró ella.

—Pero..., cariño —pronunció, por fin Abigail, con un hilo de voz.

—Mamá... no llores, estaremos bien —le aseguró su hija.

—Permíteme que sienta pena porque nos abandones, hija. Eres carne de mi carne y no es fácil decirle adiós a un hijo —protestó la señora del clan.

James Campbell se movió para hablar, pero fue Ian quien dio un paso al frente y dijo:

—Aunque nos apena en el alma no teneros a ninguna de las dos por aquí correteando y volviendo loco a nuestro laird con tus ingenios, sobrina —. Guiñó un ojo a Arabella antes de seguir —..., a mí me calma bastante que mi hija no vaya a estar tan sola en su nueva vida. Me alegra que te tenga a ti para...

—No va a estar sola, señor —interrumpió Aiden. No quiso sonar tan serio, pero no lo pudo evitar. Era consciente de la desconfianza que aún volaba sobre su cabeza, pero jamás dejaría que pensarán que la iba a tratar mal o a abandonar y mucho menos tan lejos de los suyos.

—No va a estar con su gente. Eso lo mismo que estar sola —aseveró Ian.

—Tío, tranquilo. Confía en Aiden, igual que ya confiáis en Ewan —intervino Arabella.

—¿Quién te ha dicho que ya confiamos en tu esposo? —sonó su hermano Jamie, que estaba apoyado contra el alfeizar de uno de los ventanales y con los brazos cruzados al pecho.

—Gracias —protestó Ewan, mirando hacia el joven heredero del clan. Este le respondió con una sonrisa burlona. Todos sabían que ya habían perdonado a Ewan y lo habían aceptado en el clan, aunque les divirtiese hacerle morder el polvo de vez en cuando.

—Cielo, recuérdame que compre grilletes para atar a nuestra hija a la pata de la cama —le dijo Gavin a su esposa, entonces.

—¡Gavin! —lo reprendió Elena, tras darle un codazo en el estómago.

James Campbell se liberó del agarre de su esposa y avanzó hasta los cuatro muchachos que los observaban a todos con muchos sentimientos encontrados.

—Vosotras dos sois parte del clan, de esta familia. Sois sangre de mi sangre y quiero que sepáis que, pase lo pase, estéis donde estéis, la protección de este vuestro clan siempre será la tendréis. —Ladeó la cabeza para mirar al joven laird McAlister a los ojos—. No te conozco lo suficiente y eres joven en el tema de lidiar con un clan, pero confío en tu amigo y si él dice que eres de fiar... —James extendió el brazo hacia Aiden, que se quedó pasmado al ver el gesto de parte del laird más temido de todo el reino, aquel al que apodaban como «Demonio rojo Campbell», tienes mi confianza y mi respaldo.

—Gracias, señor. Es todo un honor —respondió el joven, que estrechó su brazo con el del laird. Notó la presión al instante, la fuerza del agarre.

—Pero, delante de toda mi familia, te hago un juramento, Aiden McAlister: si les ocurre algo a cualquiera de ellas, caeré sobre ti con toda la fuerza de mi espada —aseveró.

Aiden tragó saliva con dificultad, pues sabía que era una amenaza real y que, con total seguridad, James Campbell arrasaría con todo el clan McAlister.

—Ay, papá. Qué dramático eres —bufó Arabella a su lado, lo que hizo que el ambiente se relajase cuando todos acabaron riendo a carcajadas.

CAPÍTULO 17

Llegó el día en el que las jóvenes Campbell debían partir hacia su nuevo hogar y, a pesar de la tristeza que sentían sus familiares en sus corazones, hubo muchos abrazos cariñosos, besos e infinitos consejos.

Para Abigail y James Campbell fue aún más difícil el separarse de su hija y su nieto recién nacido. La señora del clan sostenía al pequeño entre los brazos, acunándolo y llenando su redondita cara de besos, mientras su hija y se despedía del resto de la familia.

En un momento, tanto Arabella como Megan acabaron siendo rodeadas por sus padres, quienes parecían resistirse a soltarlas..., y puede que en parte así fuese, pero era ley de vida: Los hijos formaban sus propias familias y debían abandonar el hogar que los vio nacer y crecer.

Entre protestas y risas llenas de lágrimas, las jóvenes lograron desprenderse del abrazo de sus progenitores. Arabella tomó a su hijo en brazos y, junto a Megan, subieron al carruaje con escudos del clan McAlister.

Fue el laird Campbell quien cerró la portilla tras tomar ellas asiento en el interior y darles un último adiós. Tras ello, se acercó a los dos jinetes que cabalgarían tras el carruaje y les dijo:

—Recordad mis palabras..., los dos. Será mejor que cuidéis de ella como se merecen. —Aiden y Ewan tan solo asintieron.

Instantes después, la comitiva McAlister abandonaba tierras Campbell, rumbo a su hogar.

* * * *

El viaje hasta el castillo de Tarbert, bastión de los McAlister, les tomó cerca de dos semanas, ya que con un recién nacido entre ellos, se vieron obligados a realizar paradas más a menudo de lo que lo hubieran hecho viajando solos.

Megan no pudo evitar deslizarse una de las cortinillas de la portilla hacia un lado para ver con detenimiento el que sería su nuevo hogar. A pesar de la visibilidad reducida que tenía desde esa posición, pudo distinguir una fortificación bastante amplia y construida a orillas del lago Fyne.

Tras cruzar el arco de piedra de la muralla, llegaron a una amplia esplanada donde se escuchaban ruidos de espadas al chocar entre ellas. Lo más seguro era que el campo de entrenamiento estuviera allí mismo.

El carruaje se detuvo y, instantes después, Aiden fue quien apareció primero para abrir la portilla y ayudar a su nueva esposa a descender los peldaños de la escalerilla.

—Bienvenida a mi hogar y al que será el tuyo a partir de ahora —le anunció él, en cuanto hubo

bajado ambos pies a tierra firme.

Megan levantó la vista y se quedó pasmada. No era mucho más grande que el castillo Campbell, pero igual de imponente. Frente a ellos se erguía un edificio cuadrado de cuatro pisos de altura y construido sobre una loma. Pensó que las vistas de la bahía desde esas ventanas debían de ser magníficas.

—¿Te gusta? —quiso saber él, que la miraba fijamente y con una expresión divertida.

—Es... precioso, Aiden. Cuando me hablabas de tu hogar, jamás me lo habría imaginado así —confesó ella.

Él esbozó una amplia sonrisa, la atrajo hacia su cuerpo y le dio un largo beso en los labios. Un carraspeo los sacó a ambos de la magia del beso, que separaron sus bocas con cierta molestia por haber sido interrumpidos.

Cuando Aiden se hizo a un lado, Megan se encontró con las miradas de varios miembros del clan que no conocía y que los observaban parados en la escalinata que subía hacia la entrada de la torre.

Se fijó en un hombre joven, más o menos de la misma edad que su esposo, que los miraba con los brazos cruzados al pecho y esbozando una amplia sonrisa..., aunque algo más pícara de lo que debiera. Un guerrero ataviado con los colores del clan, alto, de hombros anchos y cabello oscuro corto que le caía sobre la frente, enmarcando unos ojos azules muy llamativos. Llevaba una espada larga sujeta a la cintura por un cinturón de cuero oscuro y una daga al otro lado.

—Megan, te presento a mi primo, Bodric McAlister. —Fue Aiden quien comenzó a hacer las presentaciones.

—Es todo un honor conocerlos por fin, milady —saludó el joven de ojos azules. Descruzó los brazos para hacer una leve reverencia que hizo que Aiden resoplase y pusiese los ojos en blanco.

—No le hagas caso, es muy teatrero —bufó él. Megan ahogó una risa divertida.

—Encantada de conocerte, Bodric —dijo ella. El guerrero la miró a través del cabello negro y le guiñó un ojo de forma cómplice. Megan rio y supo que podría confiar en él..., y que se llevarían muy bien.

—Este es Thorill, abogado y consejero del clan. Se encarga de que nos ajustemos a las leyes del reino y que todos cumplamos los códigos marcados por los estatutos del clan —presentó Aiden al señor de cabellos grises y barba abundante que estaba de pie, junto a Bodric, y que la miraba de una forma muy fraternal.

—Mi señora, bienvenida al clan —saludó el hombre con una leve inclinación de cabeza.

—Gracias, Thorill —respondió ella.

Llegó el momento de presentar a las dos mujeres paradas a un lado de la escalinata, a quienes Megan ya conocía de la reunión en Inveraray del año anterior. Ambas la observaban con cierto desagrado, aunque la que más desprecio le lanzaba era la joven.

—Ellas son Virginia, mi madrastra —comenzó Aiden, con cierta desgana y sin dirigir sus ojos

hacia ellas—, y Valery, mi hermanastra. —Esta última, la de cara angelical y cabellos dorados como el sol, apenas se movió de su posición altiva. La mujer, en cambio, esbozó una sonrisa de lo más hipócrita y dio un paso hacia ella.

—Estamos encantados de tenerte aquí, de tener a una nueva señora en el clan. Como antigua lady, estoy aquí para ayudarte en lo que necesites y aconsejarte sobre cómo lidiar con el hogar —dijo, tras envolver una mano de la joven entre las suyas.

A Megan le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo ante ese contacto que notó gélido. Lo primero en lo que pensó fue en un nido de víboras y supo que debía tener cuidado con esa mujer.

El gorgoteo de un bebé recién despertado desvió la mirada de todos hacia la pareja que esperaba paciente ante el carruaje.

—Dejadme que os presente a mi gran amigo y hermano de batalla, Ewan McGregor, y a su hermosa esposa Arabella... —Se giró hacia ella, con acunaba a su hijo en brazos para calmarlo—, ¿debo seguir llamándote Campbell o ya aceptas el apellido de tu esposo? —le preguntó con cierta burla.

Ewan contuvo la risa, mientras sujetaba a su esposa por la cintura y le daba uno de sus dedos al pequeño para que lo mordisquear.

—Ja, Ja, muy gracioso, McAlister. Llevo el apellido de mi esposo con orgullo..., pero siempre seré una Campbell de corazón —contestó ella.

Megan agachó la cabeza para esconder una risa y el enorme orgullo que sintió al escuchar a su prima hablar de esa forma. De las dos, siempre había sido la que más fuerza y carácter había tenido. Todo un tornado de mujer.

—¿Una Campbell y un McGregor? Vaya... toda una osadía. Mis respetos, querida —soltó Virginia.

Arabella le mostró una sonrisa cordial u Megan comprendió que su prima tampoco se fiaba de esa mujer. Iba a ser interesante ver el tipo de relación de esas dos compartiendo techo.

—¿Ewan McGregor..., el proscrito? —Valery interrumpió, dando un paso hacia adelante para ver mejor al joven guerrero. Eso molestó en cierto modo a su esposa.

—Bueno, ya no soy vivo al margen de la ley... —le informó él.

—Una pena —dijo la rubia. Arabella se removió incómoda, pero el agarre de su esposo le impidió cometer una locura.

Megan, en cambio, se fijó en cómo tanto Thorill como Bodric ponían los ojos en blanco y resoplaban tras la impertinencia soltada por Valery. Se notaba demasiada tensión entre las dos mujeres y las dos personas más influyentes del clan, después de Aiden.

—Debo informaros que le he pedido a Ewan que sea mi mano derecha, mi segundo en el clan y...

—¡Gracias a Dios! —exclamó Bodric, para asombro de todos..., menos para el propio laird—.

¿Qué? Estoy encantado de que alguien ocupe por fin ese puesto y a mí me deje libre de esa carga — comentó él, al ver cómo todos lo miraban.

—Bueno, eso alivia la presión que traía conmigo por arrebatarte el puesto —dijo Ewan.

—Dejemos esta conversación para otro momento. Ahora quisiera llevar a mi esposa a nuestros aposentos y descansar. Ha sido un viaje largo. Y mis amigos también necesitan descansar, y más por el pequeño —intervino Aiden.

—Sí, señor. Ya tenemos todo preparado —informó Thorill.

—Yo me encargo de nuestros nuevos huéspedes, no os preocupéis. Valery, cielo, acompaña a lady McGregor y al pequeño a la estancia del ala este —dijo Virginia.

—Pero..., esa es mi habitación —protestó la joven.

—Y la tercera más amplia del castillo, por lo que es la más indicada para ellos y su niño. Tú puedes trasladarte a la que hay junto a la mía —indicó la mujer. Le lanzó a su hija una mirada de lo más gélida.

—Lady McGregor, por favor, seguidme —soltó la rubia, en un tono de lo más

Los ojos de Megan se fueron directos a los de su prima, que asintió levemente para asegurarle que todo estaba bien. Ewan, que ya era capaz de entender las conversaciones silenciosas entre ambas primas, le dio un beso largo e intenso a su esposa. Una forma muy sencilla de que ella era suya y él era suyo, de nadie más. Megan sonrió por ese gesto.

—Esposa..., ¿qué tal si nosotros nos vamos a descansar para la cena? —pronunció, Aiden a su lado. Ella se giró para mirarlo y lo vio con la mano extendida hacia ella, mostrando una media sonrisa de lo más pícaro y que hizo que los dedos los pies se le encogiesen en los zapatos. Supo el mensaje oculto que encerraban esa proposición y se sonrojó al instante.

Megan le tendió la mano y él enredó los dedos con los suyos, antes de darle a Bodric indicaciones para que llevasen las cosas a sus aposentos un poco más tarde. Tiró de ella y se la llevó escaleras arriba, hacia el interior del que ya se había convertido en su nuevo hogar.

CAPÍTULO 18

Apenas se detuvieron a ver nada de camino a la estancia del laird. Megan tan solo pudo ver de pasada el salón principal y una pequeña sala de lectura. Aiden la llevó escaleras arriba, hacia la segunda planta y una habitación con doble puerta de roble macizo. Sí pudo ver que había una decoración bastante exquisita, aunque un tanto sobre cargada, por el corredor que los llevó hacia su habitación.

El joven laird abrió las puertas y luego se giró para cogerla en brazos, algo que la pilló por sorpresa e hizo que emitiese un grito al verse elevada del suelo. Cruzó el umbral con ella aferrada a su cuello y la depositó con sumo cuidado sobre la gran alfombra rojiza que cubría el suelo a los pies de la cama.

Mientras Aiden los encerraba ambos en la intimidad de sus aposentos, Megan miró en derredor para poder ver cómo era el lugar de descanso de su esposo. Se encontró con una sala amplia y alargada, con unas paredes de piedra revestidas con gigantescos telares con los colores del clan.

La habitación tenía tres enormes ventanales por donde entraba una claridad increíble y que, supuso ella, darían a la bahía del lago Fyne. Al fondo, se encontraba una enorme chimenea de la que brotaba un calor reconfortante debido a las brasas ardientes que chisporroteaban en su interior. En esa misma parte, una pequeña mesa redonda con dos sillas tapizadas de un rojo oscuro intenso.

Se giro para admirar las molduras del dosel de la cama, pero los brazos de Aiden la rodearon desde atrás y la pegaron contra un torso duro y cálido. Ella rio cuando su esposo metió la nariz entre su cabello rojizo y aspiró el aroma que emanaba de él.

—Mmm, hueles siempre tan bien, pelirroja —exhaló Aiden.

Con delicadeza, le apartó el pelo hacia un lado y paseó la punta de los dedos sobre la piel tan blanca y perfecta de la joven, que enseguida se estremeció al notar el contacto. Le pasó el brazo por la cintura y la atrajo con más fuerza hacia su cuerpo. Bajó la cabeza hacia el cuello de su mujer y comenzó a depositar sensuales besos por todo él.

—Aiden... —jadeó ella, que se dejó caer contra el pecho de su esposo mientras la apretaba con fuerza.

—Eres tan suave... —Un beso—, tan delicada... —Otro beso, seguido de unas manos que comenzaban a remover la tela del vestido—, y sabes tan bien, mi hada pelirroja —susurró con su piel.

—¿Hada pelirroja? —quiso saber ella, aunque en esos momentos le daba igual cómo la llamase mientras proseguiese con sus caricias.

—Mmm —murmuró él antes de depositarle otro beso en la base del cuello—, es lo que eres, mi

amor. Eres mía, mi hada de los sueños que acudía a mí cada noche y me cegaba con sus cabellos rojos. —Aiden levantó del todo la tela del vestido y metió una mano entre las piernas de la joven, que gimió al notar el aire frío acariciar la piel hasta ahora protegida por el calor de las telas.

—Ah... Aiden... —gimió ella cuando él paseó un dedo por la hendidura de su sexo.

—Oh, cielo, estás... estás siempre tan dispuesta, tan húmeda... —jadeó él contra su oído.

—Tómame ya, por favor —suplicó Megan, que ya no sabía cómo lograr respirar sin morir en el intento. Su pecho subía y bajaba de forma irregular y su corazón latía a gran velocidad. Él rio contra su cuello mientras la frotaba con delicadeza y eso..., eso la estaba volviendo loca.

—No, mi amor. No tenemos prisa y yo... —Sin previo aviso, y sin que Megan fuera consciente de nada, Aiden tiró de ella hasta tumbarla de espalda sobre el colchón. Levantó las faldas del vestido hasta arrugarlas en la cintura de ella y bajó la cabeza a esa zona caliente y húmeda que acaba de estar frotando—, quiero saborearte y hacer que te retuerzas de placer antes de entrar en ti —dijo, y lamió con rapidez la hendidura.

Megan cerró los ojos al notar su lengua acariciar todo su sexo. Aún le seguía sorprendiendo ese tipo de juegos, pero el placer que le producía era tan grande que ya no oponía resistencia alguna. Debía reconocer que su esposo tenía suma maestría con la lengua..., y con los dedos.

—Mmm, salado —ronroneó él contra su sexo y lamió de nuevo.

—Dios mío, Aiden... sigue —lo instó ella. Se arañó el corpiño del vestido y se maldijo por no habérselo quitado. Quiso abrirlo, pero los dedos no le respondían como debían. en lugar de eso, se aferró a la manta de la cama y la retorció con fuerza cuando el orgasmo se apoderó de ella.

Gimió, gritó y se arqueó sobre el colchón con cada descarga de energía, hasta que se quedó laxa y jadeante. Apenas tenía fuerzas para moverse cuando escuchó a su esposo manipular el cinturón de los pantalones para liberar su dureza, al igual que apenas podía respirar bien cuando él entró en ella de una sola embestida y le sacó el poco oxígeno que tenía en los pulmones.

—Oh, Meg... Me encanta estar dentro de ti, mi amor. Eres tan cálida... —Aiden salió y volvió a empujar con fuerza—, y tan estrecha, joder. —Megan gimio con ese movimiento y se abrió más de piernas para recibirlo.

Aiden liberó un sonido gutural proveniente de lo más profundo de su ser cuando ella elevó las caderas para reclamarle más. Obedeció la orden de su esposa y aceleró el ritmo de las embestidas.

La cama comenzó a gemir al mismo tiempo que ellos lo hacían, marcando entre los tres un ritmo regular de jadeos y chirridos, hasta la música finalizó con un rugido masculino cuando él llegó a su liberación.

Aiden empujó una vez más y se derramó del todo en ella. Se quedó sobre ella, dentro de ella durante unos instantes, mientras recobraba las fuerzas para moverse.

—A este ritmo, me vas a dejar en cinta antes de lo esperado —bromeó ella y ambos se rieron.

Lo cierto era que, desde que se habían casado, sus encuentros íntimos eran mucho más asiduos

de lo normal. Era como si no pudiesen estar mucho tiempo el uno separado del otro, sin tocarse ni darse placer. Algo que a Megan le encantaba, pues nunca hubiera pensado que el yacer con un hombre fuera así de placentero.

Aiden se retiró hacia atrás, saliendo con calma y dejándole una sensación de frío y vacío en su interior cuando por fin salió de ella. Se quedó de pie ante ella, que aún tenía las faldas del vestido hechas un amasijo de telas sobre la cintura.

Se subió los pantalones y fue hasta una tina pequeña con agua fría que había sobre la mesa. Tomó un paño, lo sumergió y volvió junto a la cama.

—¿Qué haces? —quiso saber ella cuando lo vio arrodillarse ante ella, con el paño chorreando en una mano.

—Lavarte —respondió y comenzó con pasadas suaves sobre su sexo—. Túmbate, será un momento —le dijo y ella obedeció.

Aiden limpió toda la zona íntima de su hermosa mujer, admirando el objeto de su deseo y el bello cobrizo que ocultaba el tesoro femenino mejor guardado. Se demoró su tiempo, hasta asegurarse de haberla limpiado bien y lanzó el trapo hacia el cubo.

Se incorporó y la tomó de las manos para ayudarla a levantarse. En cuanto la tuvo delante, la miró fijamente. Ella le mostró esa sonrisa vergonzosa tras el sexo, algo que a él empezaba a encantarle demasiado. Le acarició el mentón y le dio un tierno beso en los labios.

—¿Y ahora? —preguntó ella contra su boca, mientras él la admiraba y le acariciaba la barbilla con el pulgar.

—Ahora nos desnudaremos y nos meteremos a descansar en la cama. —Megan hizo un breve mohín y él rio—. Pequeña hada insaciable... Después volveré a darte placer, si así lo deseas —ronroneó al mismo tiempo que rozaba su boca con la lengua.

—Sí, lo deseo —afirmó ella. Rodeó el cuello de su esposo los brazos y ambos se fundieron en un beso largo, húmedo y excitante.

Unas horas más tarde, los muelles de la cama del laird volvían a resonar como locos al ritmo de las acometidas.

—Aiden... Aiden... —gimió ella cuando un nuevo orgasmo la invadió.

Él se movía sobre ella con dureza, jadeante y admirando la forma en la que su mujer se retorció bajo el peso de su cuerpo. La forma en la que ambos se acoplaban era maravillosa, jamás podría cansarse de eso..., de ella.

—Oh, Dios —exclamó él al mismo tiempo que se vaciaba en ella.

Increíble, maravilloso. Ni en sus mejores sueños se imaginó que sería así de placentero el yacer con ella, con su hada pelirroja.

Aiden se dejó rodar hacia un lado en la cama y la atrajo hacia él con un brazo. Terminó con una maraña de cabellos cobrizos sobre su torso y con una mano bajo la suya, sobre el corazón desbocado que aún latía con fuerza.

—¿En qué piensas? —le preguntó a ella.

—En que tenías razón. —Aiden emitió un único sonido y ella se movió para mirarlo a los ojos —. Tú dijiste que esto mejoraba con la práctica y..., tenías razón —dijo. Sus mejillas se tiñeron de rojo nada más terminar de hablar.

Aiden rio, satisfecho al sentirse un buen amante para su esposa. Se movió sobre el colchón y se colocó de lado para poder besarla. Desnudos y apenas cubiertos por las sábanas, se besaron y acariciaron con calma. Hasta que unos golpes en una de las puertas rompió la magia entre ellos.

—¿Sí? —preguntó él, tras soltar un bufido que hizo que ella ahogase una risa entre las mantas.

La puerta se abrió lo justo para escuchar a una de las sirvientas informar de que traían el agua y la bañera para la señora. Aiden se levantó de la cama de un salto, se puso la camisola que le cubría hasta poco más arriba de la rodilla y les indicó que entrasen.

Megan se arrebujó bajo las mantas para cubrir su desnudez ante el ejército de sirvientes que fueron entrando y saliendo con una tina de madera enorme y un sinfín de cubos con agua hirviendo que vaciaron en el interior de la bañera.

Cuando terminaron y los dejaron a solas de nuevo, él se acercó a la cama y le tendió la mano a ella.

—Esposa, vuestro baño está listo. —Ella rio y gateó sobre el colchón hacia él, una imagen que a Aiden lo excitó en demasía.

—¿No te bañas conmigo? —quiso saber, mientras era conducida hacia el humeante agua.

—¿Quieres compartir bañera conmigo? —Ella asintió entre sus brazos—. Entonces, me meteré contigo. —Y eso hizo en cuanto la hubo dejado a ella dentro de la bañera.

A pesar de su dureza clamaba por volver a estar dentro de ella, Aiden McAlister se concentró en lavar todo el cuerpo y cabello de su hermosa mujer, derramando sobre su cuerpo masajes sensuales.

Megan quiso hacer lo mismo por él y le quitó el trapo de las manos. Deslizó la pastilla de jabón por todo el torso de su esposo, uno perfectamente duro y bien marcado, al mismo tiempo que paseaba las manos por él. Lavó con cuidado y depositó cálidos besos sobre los músculos perfilados de su pecho, algo que hizo que él se estremeciera.

Cuando llegó a centro de poder del guerrero, Megan lo agarró con delicadeza y movió la mano tal y como él la había enseñado. Aiden dejó caer la cabeza hacia atrás, estirando el cuello a la vez que liberaba un gemido ronco.

Ella lo observó mientras acariciaba con movimientos lentos la dureza de su miembro. Una idea se le pasó por la cabeza. Bajó la cabeza y lamió la punta que sobresalía por encima del agua.

Eso sorprendió al joven, que abrió los ojos y se movió con rapidez.

—¿Qué haces? —preguntó incrédulo.

—Yo también quiero darte placer con mi boca, como tú haces conmigo —dijo ella. Movi6 la cabeza de nuevo hacia 6l, pero Aiden la fren6.

—Cari6o, no... No creo que eso... —Pero no pudo terminar su exposici6n porque Megan se introdujo el miembro de la boca—. Oh, Dios mío —exhal6 6l.

Se aferr6 al borde la ba6era y volvi6 a dejar caer la cabeza hacia atr6s, mientras la cabeza de ella subía y bajaba sobre su dureza. Sus caderas se movieron de forma involuntaria y gimi6 cuando Megan se la introdujo entera en la boca.

Megan chup6, masaje6 y sabore6 el falo de su esposo con hambre, escuchando los sonidos guturales que 6l liberaba de su garganta cada vez que se la introducía en la boca.

De pronto, Aiden tir6 de ella hacia arriba y la detuvo. La sent6 a horcajadas sobre 6l y tir6 de ella para besarla.

—No quiero derramarme en tu boca... —jade6 contra sus labios—, quiero hacerlo dentro de ti. —Y empuj6 hacia arriba hasta que ella solt6 un grit6 de sorpresa. La penetr6 y ambos gimieron. Al instante, comenzaron de nuevo el baile del que se estaban convirtiendo ya en unos expertos..., hasta que el ritmo se hizo cada vez m6s r6pido y el agua se derram6 por los bordes de la ba6era.

CAPÍTULO 19

Una hora más tarde, se reunieron en el salón con Arabella, Ewan y Bodric, que hablaban de forma distendida y relajada sobre las hazañas vividas en su etapa de proscritos. El primo de Aiden era el único que conocía esos años perdidos, al margen de la ley, aunque el motivo por el cual abandonó el clan era un secreto que solo Ewan conocía.

—Vaya..., por fin han decidido salir de su nidito de amor —bromeó Bodric en cuanto los vio entrar cogidos de la mano.

—¿Celoso, primo? —preguntó Aiden, en tono de sátira.

—Para nada. Tengo mi lecho bien concurrido, gracias. Lo justo para no complicarme mucho y satisfacer placeres que...

—Vale, creo que todos lo hemos entendido —dijo el laird, que levantó una mano hacia él para silenciarlo.

Megan ahogó una risa y se fue junto a su prima.

—¿Has descansado bien? —le preguntó Arabella en cuanto se sentó a su lado.

—Se podría decir que sí —contestó y el rubor volvió a teñir sus mejillas al mirar hacia Aiden y ver cómo este le guiñaba un ojo de forma cómplice. Esos pequeños gestos provocaban en ella una descarga que hacía que todo su cuerpo temblase y no precisamente de frío.

—Ohm, qué libertina, prima —bromeó Bella. Ambas rieron, divertidas—. ¿No te recuerda a alguien, el primo de Aiden? —cambió la línea de la conversación.

—¿Bodric? No sé... —Megan dirigió la mirada hacia el joven apuesto que bromeaban y se reía con los otros dos hombres, mientras sujetaba un vaso de whisky con una mano y mantenía la otra apoyada en la repisa de madera sobre la chimenea.

—Al tío Gavin —dijo Bella.

—¿Qué dices? —exclamó Megan—. No se parecen en nada, Bel. El tío es rubio y hasta diría que bastante más alto...

—No hablo físicamente, digo en la forma de ser. Nosotras no lo conocimos en sus años de soltería, pero por las historias que cuentan nuestros padres, era todo un ligón. Hasta bromea como él —detalló la joven.

Megan miró a su prima, que le hizo un gesto de confirmación con la cabeza, y luego volvió la vista hacia el trío de hombres. Prestó atención a las formas de moverse y de hablar de Bodric, cómo resonaba su risa en todo el salón, pero no fue hasta que un par de sirvientas entraron en el salón que vio la similitud a la que su prima se refería.

Las muchachas portaban una bandeja de plata cada una, que depositaron sobre una mesa ovalada

amplia y robusta. Una de ellas, tras colocar una de las bandejas en una posición concreta, levantó la vista hacia el joven guerrero. Este le guiñó un ojo y esbozó una pícaro sonrisa, lo que hizo que la joven se sonrojase y saliese del salón riéndose con su compañera.

—Ahora que lo dices..., sí que me recuerda al tío Gavin —afirmó Megan.

—Pues..., le auguro a tu esposo un sinfín de problemas de faldas. Qué le pregunten a mi padre. Por las historias que cuenta, aun no entiendo cómo no acabaron metidos en más problemas —dijo Arabella.

—Suerte que tiene a Ewan a su lado para ayudarlo a lidiar con los problemas del clan...

—Bueno, solo esperemos que no los empeore. Corazón proscrito, ya sabes. —Megan rio a la vez que su prima, lo que atrajo las miradas de los tres hombres.

En ese momento, entraron en el salón Virginia y Valery, con un paso lento y bien erguidas las dos. Dos damas de la realeza, se podría decir, salvo porque no eran ninguna de las dos cosas.

Megan se fijó en cómo la muchacha rubia dirigía la mirada hacia Aiden, como esperando alguna señal por su parte, para luego dirigirle a ella una mirada de absoluto rencor. En esa cara angelical, vio unos ojos cristalinos que solo mostraban una frialdad enorme.

—Se acabó la paz... —murmuró Bodric en voz baja, pero que tanto ellas dos como Ewan y Aiden escucharon. Tuvieron que hacer un gran esfuerzo por no reírse ante ese comentario.

—Bien, ya estamos todos. Podemos sentarnos a la mesa —indicó Aiden, antes de acercarse hasta Megan—. Esposa —le dijo al tenderle la mano.

—Esposo —respondió ella y posó un mano sobre la de él.

Nunca hubiera pensado que el joven proscrito que una vez conoció fuera tan galante y con unos modales tan refinados, pero tampoco sabía que era el heredero de un clan. Ahora, Aiden McAlister se había convertido en un laird y ella solo deseaba poder permanecer junto a él el tiempo suficiente para verlo convertirse en un gran señor de su clan.

Aiden guio a su esposa hasta la cabecera de la mesa, donde se encontraba Valery parada tras la silla que iba junto a la del laird. Bodric ya había retirado la silla que iba al otro lado de la de su primo y había tomado asiento. Por desgracia para el guerrero, Virginia se sentó a su lado.

—Valery, tu sitio está junto a tu madre —le indicó Aiden a la joven rubia.

—Pero..., siempre me he sentado aquí —protestó ella.

—Este lugar ahora le corresponde a mi esposa, la señora del clan —sentenció él, en un tono de lo más frío.

Si se pudiese lanzar fuego con la mirada y arrasar con todo, Valery lo hubiese hecho sin pensarlo. Tardó unos instantes en aceptar las órdenes de su laird, hasta que resopló, soltó la silla de mala gana y rodeó la mesa hasta sentarse junto a su madre. Megan se fijó en cómo se le movían lo bucles dorados de su cabellera, con una gracilidad de la que su portadora carecía.

Nadie dijo nada. Los sirvientes comenzaron a servir la comida traída de la cocina y degustaron un

guiso de pescado delicioso, que a Megan le supo a gloria.

A Virginia le interesaba conocer más sobre la nueva señora del clan y la conversación se centró en ambas chicas Campbell hasta que la mujer quiso saber por el hijo de Arabella y Ewan.

—Está bien, agotado del viaje, pero es un niño fuerte, como su padre —contestó Bella.

—Más bien diría como su madre —apuntó Ewan.

—Se os ve una pareja muy enamorada, ¿Cuánto hace que os habéis casado? —preguntó Virginia.

—Poco, la verdad, pero el suficiente —respondió Arabella, sin más.

Megan sabía lo cortante que podía llegar a ser su prima cuando una persona no le gustaba y quedaba claro que, en esa mesa, ni Virginia ni Valery eran santo de devoción de nadie.

—Espero que la habitación sea de vuestro agrado... ya que a mí me toca estar en una ridículamente pequeña —soltó la joven rubia.

Su madre abrió los ojos como platos y se giró para reprenderla, pero fue Aiden quien intervino.

—Tal vez puedas trasladarte a la de tu madre, es tan grande como la mía y cogen dos camas a la perfección. Quizás ahí estés más cómoda.

Bodric agachó la cabeza para esconder una risa porque el tono que su primo había empleado era de todo menos apaciguador.

—¿Estás de broma? —bufó ella.

—Valery, cielo. Puede que Aiden sea tu hermanastro, pero ahora es tu laird y le debes un respeto —la recriminó su madre.

Ahí estaba de nuevo esa mirada gélida y a la vez cargada de fuego devastador. Ira, esa muchacha estaba llena de ira contenida..., o descontrolada, tal vez. Megan permaneció en silencio mientras Aiden mantenía su posición firme como laird.

Valery no dijo nada, pero se levantó de malos modos, dejando caer la silla a un lado en el suelo, y desapareció del salón sin despedirse ni nada.

—Hablaré con ella —dijo Virginia. Miró hacia Aiden, que asintió con la cabeza y la dejó ir tras su hija.

—Wow, ¿siempre es así? —preguntó Arabella.

—No, a veces puede ser peor. Esta vez no ha roto nada ni ha gritado a nadie por el camino —contestó Bodric, que era el único al que no se le veía para nada incómodo con lo sucedido.

Aiden apoyó la espalda en el respaldo, tomó aire y empezó a decir:

—Virginia y Valery son un poco...

—¿Caprichosas? ¿Altivas? ¿Víboras? ¿Peligrosas? —enumeró Arabella, son reprimir ni una sola palabra.

—Desde luego que eres hija del Demonio rojo, qué bien calas a la gente —dijo Bodric.

—Arabella es muy buena calando a las personas... —comentó Megan—, y muy mala controlando su lengua —apostilló mirando hacia su prima, que le correspondió con una amplia

sonrisa.

—Si os va a traer problemas con ellas, nosotros nos podemos trasladar a otra estancia —propuso Ewan.

—No, os quedáis donde estáis. Valery encontrará cualquier otra excusa para montar sus pataletas, no os preocupéis —contestó Aiden—. Hablaré con ella mañana, hoy quiero relajarme y disfrutar de mi nueva familia —dijo y posó una mano sobre la de su esposa para darle un suave apretón.

Megan le correspondió con una sonrisa, pero por dentro no hacía más que darle vueltas a la extraña situación con las dos mujeres. Algo no andaba bien con ellas, de eso se había dado cuenta cuando las conoció en Inveraray. Valery tenía una forma de tocar a Aiden demasiado cercana para una hermanastra y por cómo la miraba a ella, con ese desprecio, estaba claro que había algo que se le escapaba a su entendimiento.

No quiso sacar conclusiones de forma precipitada, así que decidió darse un tiempo para observar y conocer mejor a las dos mujeres, ya que, por alguna razón, Aiden las quería en el clan. Sería un tema a tratar con él, pero no ahora ni en los próximos días.

CAPÍTULO 20

A mediados de agosto, Megan sufrió un desmayo mientras daba un paseo con su prima y el pequeño Robbie por la orilla del lago. Por suerte, iban acompañadas de dos escoltas y Elora, la niñera que Aiden le había adjudicado a Arabella para ayudarla con el niño. Fue esta última la que salió corriendo en busca del laird.

Cuando llegaron, se encontraron a la joven sentada sobre un tronco grueso, mientras Arabella la abanicaba con las manos y uno de los guerreros sostenía al niño en brazos. Ewan cogió a su hijo en brazos, mientras Aiden hacía lo mismo con Megan.

El castillo entero se agitó al ver a su laird entrar cargando con la joven en brazos. Todos se apresuraron a preparar la estancia, a subir paños de agua tibia mientras otros iban en busca de la curandera del clan, que vivía en una pequeña cabaña a las afueras de la pequeña villa de Tarbert.

La mujer llegó acompañada de Bodric y Elora y enseguida se puso manos a la obra. Tumbó a Megan en la cama y revisó cada rincón de su rostro en busca de señales de fiebre, envenenamiento o intoxicación. No voy nada, pero la joven estaba cada vez más pálida, hasta que se incorporó de golpe de la cama y se dobló hacia un lado del colchón para vomitar todo el desayuno de la mañana en la alfombra.

—Todos fuera —ordenó la curandera. Miró hacia a Arabella y dijo: —Tú no, quédate con ella.

—¿Qué tiene... qué le ocurre? —la instó Aiden.

—Aún no lo sé, pero me hago una ligera idea —contestó.

—Pero...

—Mi señor, sé que sois mi laird, pero os agradecería que me dejarais trabajar y nos dieciséis algo de intimidad —lo cortó, sin más, sin desviar la mirada oscura de los ojos del laird.

—Venga, Aiden. Esperemos fuera. Seguro que no es nada —se apresuró a decir Ewan—. Elora, ¿puedes llevarte al niño a la habitación y quedarte allí con él hasta que uno de nosotros vaya? —le solicitó a la joven niñera.

—Sí, señor —respondió ella. Tomó al pequeño Robbie en brazos y se alejó de allí.

Los hombres, y el resto de los que ocupaban la estancia, salieron al pasillo. En el interior, Arabella observaba a la mujer maniobrar la ropa de su prima con destreza y le recordó a su madre y a su tía. La añoranza la golpeó con fuerza, pero enseguida la dejó a un lado para sentarse junto a Megan.

—Muy bien, milady. Quiero que os tumbéis bien estirada en la cama y levantéis las piernas hasta dejarlas colocadas sobre el borde del colchón —le indicó.

Obedeció y se tumbó, levantó las piernas y dobló las rodillas para colocarlas como la mujer le

dijo. Estiró la mano hacia su prima, que se la tomó con fuerza.

La mujer apartó las capas de la falda hasta dejarlas sobre ella, casi cubriéndola por completo. Entonces, sin previo aviso, Megan notó los dedos de la mujer hurgarle en el interior de su cuerpo. Dio una ligera sacudida hacia atrás.

—Tranquila, muchacha. Es un procedimiento normal —pronunció para tranquilizarla. Movié los dedos con soltura por dentro hasta que levantó la cabeza y preguntó: —¿Hace cuánto que no mancháis, milady?

—Yo... no estoy... no lo recuerdo bien —balbuceó. ¿Podría ser eso? ¿Podría estar embarazada? Aunque con todo el trajín que se traían desde que se habían casado, no sería de extrañar.

—Ya... —La mujer hizo un chasquido con la lengua, profundizó más y sacó la mano de entre las piernas de la joven—. Mi señora, debo felicitaros: estáis en cinta —le notificó.

Megan se quedó pasmada. La primera en reaccionar con euforia fue Arabella, que se abrazó a ella y le besó ambas mejillas.

—¡Enhorabuena, prima! ¡Un retoño McAlister! —exclamó.

—O retoña —apostilló la mujer, mientras se lavaba las manos en el cubo con agua que le habían traído de la cocina.

—Yo... estoy... estoy-embarazada —pronunció con dificultad, hasta que una enorme sonrisa asomó en su rostro. De pronto, se puso a reír como una loca—. ¡Estoy embarazada, Bella! —exclamó con euforia.

—La familia crece, mi querida prima —dijo Arabella.

—Debo decírselo a Aiden. Yo... —Megan hizo amago de levantarse, pero su prima la detuvo.

—Tranquila, voy yo a decirle que entre.

Las puertas se abrieron y Megan escuchó la voz de Megan informarles a todos que la señora del clan se encontraba bien. A continuación, se escucharon vítores y aplausos, supuso que les habría dado la noticia a todos.

—Megan... —La voz de Aiden atrajo la mirada de la joven hacia la puerta y lo encontró sujeto al pomo, con una expresión entre angustiado y emocionado. Sus ojos del color del musgo brillaban con una intensidad enorme.

—Vas a ser papá —dijo ella sin más, levantando los hombros hacia arriba y sonriendo como una tonta.

Aiden estalló en risas y carcajadas, con una mezcla de nerviosismo y alegría, y corrió a abrazarse con su esposa. La alzó en brazos de la cama y comenzó a dar vueltas con ella por toda la estancia. Un hijo, un heredero y el primero de muchos, de eso se aseguraría. Le daría a ella la misma familia maravillosa con la que creció en Dollar.

Esa noche, y durante varios días, todo el clan McAlister celebró la noticia de la pronta paternidad de sus señores. Hubo fiestas, bailes, luchas entre los guerreros para demostrar quién de todos era el

más hábil con las diferentes armas y en casi todas hubo un claro vencedor: Ewan McGregor.

A Aiden no le importó en absoluto que su hermano de batalla, su segundo al mando, ganase en tantos combates. Incluso cuando les tocó luchar a ambos y este le hizo morder el polvo, eso sí, no sin esfuerzo. Siempre había sido más habilidoso y mejor guerrero que él. Por eso había sido el jefe de su cuadrilla de proscritos.

Megan recibió regalos por parte de todos los miembros tanto del castillo como del clan en general, salvo de una persona: Valery. Aunque Virginia le hizo entrega de una mantita bordada por ella, asegurando que era un presente de las dos.

La tirantez entre ambas jóvenes era palpable. Apenas le dirigía la palabra a Megan y cuando lo hacía, siempre era en un tono frío y seco. Su madre, en cambio, era todo lo contrario. Todo eran palabras amables y siempre se mostraba demasiado complaciente y dispuesta a ayudarla con todo lo que a temas del clan se refería.

Por supuesto, Megan no había aceptado ninguno de los consejos que Virginia le daba porque estaba convencida de que solo servirían para ponerla en contra de los miembros del clan y eso le daría a Aiden muchos problemas. No quería darle motivos a esa arpía para impugnar el testamento del padre de Aiden y robarle su puesto como laird.

Durante las siguientes semanas, Megan se vio colmada de atenciones tanto por parte de su esposo como del resto del clan. Su prima no se separaba de ella bajo ningún concepto. Sabía lo importantes que eran los primeros meses de gestación. A parte de que era muy consciente de lo que Megan añoraba en esos momentos a su madre.

Arabella tuvo la suerte de pasar su embarazo y parto rodeada de toda su familia, pero, sobre todo con su madre, Abigail. Ella fue quien asistió el alumbramiento del pequeño Robbie, con la ayuda de su tía, Aliena, y madre de Megan. Estos meses iban a ser muy complicados para la joven pelirroja y por eso no la iba a dejar sola en ningún momento.

Y porque no se fiaba de las intenciones de las dos víboras con las que compartían hogar. Las mantendría vigiladas en todo momento, ya que, en alguna que otra ocasión, escuchó a algunos miembros del clan comentar sobre la posibilidad de que Virginia estuviera implicada, de alguna forma, en la muerte del padre de Aiden. Hablaban de un posible envenenamiento y eso la asustó. Por eso, desde que dieron la noticia del embarazo de Megan, ella probaba todo lo que le daban para comer como para beber.

* * * *

Aiden resoplaba como un animal, agotado por las horas de entrenamiento con su amigo. Ewan se esforzaba cada vez más y lo empujaba a mejorar siempre que les tocaba ponerse a prueba el uno al otro, cosa que agradecía.

—¿Tus funciones maritales os tienen agotado, mi laird? —se burló el McGregor, tras repeler una estocada del joven.

—¿Y a ti las tuyas? —resolló Aiden. Alzó la espada y volvió a atacar.

—Las mías me tienen muy entretenido, he de decir —se burló Ewan, que le hizo un quiebro, giró sobre los talones y le dio con la espada plana en el trasero.

—Vale, creo que necesito un descanso —solicitó él, tratando de llenar los pulmones de aire.

—Arabella escuchó a varios sirvientes y miembros del clan hablar sobre Virginia y tu padre. Más concretamente, sobre la implicación de esta en su muerte. —Aiden dirigió la mirada hacia su amigo, respirando con dificultad—. ¿Hay algo que quieras contarme?

—No hay nada que contar, Ewan. No podemos confirmar si esos rumores son ciertos o no —contestó. Se incorporó, ya con el oxígeno hinchando sus pulmones.

—¿Podemos?

—Bodric, Thorill y yo. Llevamos años investigando el asunto y no hemos encontrado pruebas de que en verdad lo haya envenenado —le explicó.

—Pero... —Ewan lo conocía bien y sabía que había algo más.

—Pero estamos muy seguros de que son ciertos. Virginia conoce las plantas muy bien y, al parecer, era la encargada de servirle una bebida especial a mi padre para calmarle unos dolores que padecía en la parte baja de la espalda desde que yo era bien pequeño.

—¿Megan sabe algo de todo esto? —quiso saber su amigo.

—No, sobre esto no. Sabe lo que mi padre dejó escrito en el testamento, con respecto de Virginia y Valery, y que ellas podrían impugnarlo en cualquier momento para desacreditarme ante la reina y echarme de mi puesto —le contestó.

—Cuéntaselo, Aiden. Todo, cuéntaselo todo. —Él lo miró, intrigado—. Ya sabes a qué me refiero. Valery es incontrolable y en cualquier momento le puede contar la historia como más le beneficie a ella —dijo. Aiden cerró los ojos y resopló—. Lo siento, amigo, pero sabes que tengo razón y que eso solo perjudicaría tu relación con Megan. Tiene derecho a saberlo.

—Lo sé, Ewan, lo sé. Pero... —Miró al cielo y liberó un grito de angustia—. Voy a esperar a que se estabilicen sus malestares por el embarazo y hablaré con ella. Tienes razón, no lo puedo alargar más.

—Si quieres, hablo con Bella para que...

—No, tranquilo. Te lo agradezco, pero lo haré yo con ella —lo interrumpió.

—¿Bodric sabe algo? —quiso saber Ewan.

—¿Sobre qué?

—Sobre los motivos que te empujaron a abandonar el clan. Está claro que conoce tu faceta de proscrito, pero no sé si...

—No, no lo sabe y debería de habérselo contado, pero nunca surgió en la conversación. Él...

simplemente aceptó mi repulsa por ellas dos porque coincidía con la de todo el clan —contestó.

Recogieron las camisetas que habían dejado sobre la barandilla de madera de la zona de entrenamiento y se dirigieron hacia el establo para dejar las espadas.

—Pues, debes contárselo a él también. Los secretos no sirven más que para enturbiar una relación, Aiden. Confía en tus seres queridos, en tu familia. Sabes que yo siempre estaré a tu lado, amigo —dijo Ewan.

—Como siempre has hecho, hermano, cuidándome las espaldas —afirmó él.

—Nos cuidamos ambos, no lo olvides. —Ambos se fundieron en un sonoro abrazo y se fueron directos al lago para dar un merecido baño de agua fría tras una mañana de entrenamiento dura.

CAPÍTULO 21

Una mañana de finales de verano, Megan estaba leyendo un libro en la pequeña biblioteca del castillo y disfrutando de un momento de calma. Su prima estaba dándole un baño al pequeño Robbie y, a pesar de insistirle en que la acompañase, ella prefirió tomarse ese tiempo para relajarse con una buena lectura.

No es que hubiese muchas novelas de caballería, como las que estaba acostumbrada a leer en Dollar o como las que su hermano, Gideon, le solía regalar cuando acudía a algún mercadillo de libros. Ambos eran unos enamorados de las letras, la verdad, solo que ella era una soñadora.

Sentada en una amplia butaca, de talle rústico, Megan leía con atención una compilación de poesía en gaélico titulado *El libro de Dean de Lismore*. Concretamente, se centró en los poemas que hablaban sobre una antepasada suya: Elisabeth Campbell.

Le resultaba gracioso ver que, muchos de los textos ahí recogidos y en especial el de su antepasada, estuviesen escritos por un tal James McGregor. Por sus palabras, parecía como si el autor estuviese fervientemente enamorado de la joven, por cómo la describía.

Megan sonrió, divertida, al pensar en su prima y su esposo. Parecía como si los McGregor y los Campbell estuviesen condenados a entenderse, de alguna manera. A pesar de ser dos clanes enemistados desde sus orígenes, había muchas evidencias a lo largo de la historia de los enlaces entre clanes donde se podían encontrar a McGregors casados con Campbells. Solo esperaba que hayan sido unas uniones tan fuertes como la de Ewan y Arabella.

Un ligero retorcijón en el bajo vientre la hizo moverse incómoda. Se llevó una mano hacia el pequeño bulto que formaba ya su tripa y la acarició, esperando sentir a su hijo moverse.

—Oh, estás aquí. —La voz fría y desagradable de Valery atrajo la mirada de Megan hacia la puerta, donde se encontró con unos ojos que la observaban con desprecio.

—Sí, estoy aquí —contestó ella sin más—. ¿Querías algo o buscabas a alguien?

—No, de ti no necesito nada. Solo venía a buscar algo para entretenerme.

—Adelante, no te impediré el paso —dijo Megan.

Valery bufó y entró. Se movió por la estancia sin importarle en absoluto la presencia de la señora del clan. Megan podría haberla reprendido por su actitud, pero eso solo serviría para que la airada muchacha entrase en una de sus rabietas y acabase ocasionándole a Aiden un problema con la madre de esta. Así que optó por el silencio, pero sin dejar de vigilarla.

La siguió con la mirada mientras se movía con cierta gracilidad por la estancia. Llevaba un vestido azul claro, demasiado elegante para un día cualquiera, y la melena suelta, cayendo en una perfecta cascada dorada por su espalda y formando unos tirabuzones en las puntas que saltaban con

el movimiento de la joven.

Había que reconocer que era una muchacha muy hermosa y en verdad que tenía un rostro angelical, pero..., dentro llevaba un demonio lleno de maldad, ira y envidia. Era una joven muy caprichosa y con una altivez insoportable. Era difícil sentirse cómoda en su presencia más de un tiempo limitado.

—Oh, este es perfecto —pronunció al encontrar un libro en una de las estanterías del fondo, junto a la ventana. Lo tomó y lo abrió—. Aiden me lo solía leer muchas noches, cuando... —Dejó de hablar, pero no de acariciar las hojas por donde lo había abierto.

—Continúa, por favor —la instó Megan.

—No importa, es algo entre él y yo —respondió y lo acompañó de un suspiro nostálgico. Cerró el libro, le hizo una leve reverencia y salió de la biblioteca.

Megan se quedó pensativa, con esas palabras dando vueltas por su cabeza. ¿Qué quiso decir con que le leía todas las noches cuando...? ¿Cuándo qué? De pronto, los recuerdos de la forma en la que Valery acariciaba el brazo de Aiden en la reunión de Inveraray la golpearon con fuerza. Una duda se instaló en ese instante en su mente. ¿Sería posible que... que ellos dos...?

—No, no pienses en eso. Te está poniendo a prueba —se recriminó a sí misma, pero... ¿y si tuviese razón? Cobraría sentido el odio que la joven le tiene, esa forma de mirarla, su comportamiento, su desprecio hacia ella...

Megan se levantó de la butaca y comenzó a caminar de forma intranquila por la sala. No podría quitarse esos pensamientos de la cabeza, esa duda se había instalado en su mente y ahora no sabría cómo sacarla. Tal vez si hablase con él..., pero Aiden ya le contó su posición con ellas y el problema que tenía. ¿Por qué habría de ocultarle algo más, en el caso de que hubiese sucedido algo entre ellos dos?

Un nuevo retorcijón, esta vez más intenso, hizo que se doblase y soltase un quejido de dolor. Se apoyó con una mano sobre el alfeizar de la ventana y se llevó la otra hacia su vientre. Otro pinchazo mucho más fuerte, desgarrador. Notó algo húmedo recordarle la parte interna de los muslos. Angustiada, se llevó la mano debajo de las faldas y, cuando la sacó, se quedó en shock.

Sangre.

Otro tirón en sus entrañas y esta vez, cayó al suelo gritando de dolor. Una de las sirvientas que pasaba por allí, entró corriendo y se la encontró doblada en el suelo, abrazando su vientre y gritando.

El caos se apoderó de todo en un instante.

Aiden se movía por el pequeño despacho del castillo, ubicado en la primera planta, esperando a que su primo y Ewan leyese la carta que uno de sus hombres había interceptado de un McDonell.

Thorill permanecía sentado en una silla junto al escritorio, con el libro de cuentas del clan abierto

en su regazo. Los observaba por encima de sus redondas y diminutas gafas, con semblante serio.

—¿Y crees que va dirigida a Virginia? —preguntó Ewan, sin despegar la vista del papel.

—Estoy convencido de que ello —afirmó Aiden.

—Pero aquí solo habla de una Lady, no da nombres ni nada. Podría estar destinada a otra dama —comentó Bodric.

—Vamos, primo, sabes que Virginia se ha pasado los últimos años conspirando para hacerse con el control del clan. No sería tan extraño —resopló el laird.

—Sí, eso lo sé, pero no podemos acusarla sin más. Solo con esta carta, Aiden. La estarías empujando a impugnar el testamento y entonces sí que te arrebataría lo que te corresponde por derecho —dijo su primo. Aiden Bufó porque sabía que tenía razón.

—De todas formas, yo también estoy convencido de que va dirigida a ella. Lo dice bien claro, el laird McDonell: Si cumples con el trato, te ayudaré a hacerte con el clan —comentó Ewan, dejando la carta sobre el escritorio.

—Todos sabemos que está dirigida a Virginia y que lleva tiempo buscando aliados para expulsar a los McAlister de estas tierras y quedarse con todo, pero no es prueba suficiente. Con esto no podrás acudir a la reina para pedirle su apoyo, es imposible que te lo conceda —apostilló Bodric, tras apoyarse en el borde del escritorio y cruzar los brazos al pecho.

—Demonios —maldijo Aiden, dando un puñetazo sobre la madera que revestía la pared de la ventana.

—Cálmate, amigo. Encontraremos otra forma de echarlas. Tendremos que buscar más, solo ten paciencia —le instó Ewan.

—No tengo tiempo, necesito deshacerme de ellas... —Unos golpes en la puerta del despacho interrumpió la reunión—. Adelante —dijo él.

—Disculpad, señor —contestó una joven sirvienta, que asomó la cabeza con timidez.

—¿Qué ocurre, Missie? —preguntó Aiden.

—Es la señora, está... ella está... —tembló la joven al hablar.

No hizo falta que dijera nada más. Aiden salió del despacho como una exhalación, seguido del resto. Bajó las escaleras de dos en dos, siguiendo los gritos de dolor que provenían de su esposa.

Un nudo se asentó en la base del estómago. Corrió como nunca antes había corrido, pero, cuando llegó al origen de los lamentos, se quedó en shock. Se encontró con Megan tendida en el suelo, llorando y exclamando al cielo, mientras Arabella le sujetaba de una mano y otras dos sirvientas la abanicaban y pasaban unos paños por la frente.

Dirigió la mirada hacia la mancha oscura de la falda de su vestido y el mundo se le cayó encima. En dos zancadas llegó junto a ella y se arrodilló.

—Meg... mi amor, ¿qué ocurre? —balbuceó él. Acarició la frente de la joven, perlada en un sudor frío.

—El niño... Aiden, el niño... ¡Duele! —gritó ella.

Aiden se colocó tras ella y la abrazó, acunó y apretó contra su cuerpo. Una imagen desgarradora la que todos se encontraron ahí.

La curandera no tardó en atravesar la puerta de la biblioteca, cargada con su canasto de mimbre. En seguida se puso a dar indicaciones a los allí presentes, que se movieron tan rápido como sus pies les permitían.

Al instante, llegaron sirvientas cargadas con cubos de agua tibia y paños limpios. La mujer se arremangó hasta los codos, se lavó las manos y comenzó con la exploración. Le llevó unos minutos, en los que Megan no dejaba de llorar y retorcerse de dolores.

—Margaret... —la llamó le joven laird, que miraba a la mujer con angustia y en busca de una respuesta consoladora.

Ella no respondió, siguió metida entre las telas y manipulando el cuerpo de la joven. Hasta que hubo terminado y entonces, habló:

—Ha sido un pequeño desgarró, pero el bebé está bien. Sigue ahí. —Se incorporó, bajó las faldas para cubrir a su señora y se fue a lavarse las manos ensangrentadas.

—Pero... esto es mucha sangre, y ella dice que le duele —dijo Arabella.

—Es normal, a veces pasa y no es agradable. Los disgustos, el exceso de actividad, muchas cosas pueden provocar que la bolsa que mantiene al niño protegido sufra un desgarró y se produzcan pérdidas, pero está todo bien —explicó ella.

—¿Y qué podemos hacer para que no vuelva a suceder, Margaret? —quiso saber Aiden, acunando a Megan entre los brazos, que ya había dejado de sollozar y retorcerse de dolor.

—Mantenerla tranquila, calmada, sin ningún tipo de esfuerzo o alteración. —Con las manos secas, abrió la tapa de su canastilla, sacó un saco y se lo entregó a Arabella—. Que se tome una infusión de estas hierbas todas las noches y por las mañanas en el desayuno. La ayudará a mantenerse relajada y calmará los tirones de la tripa —le explicó.

Bodric acompañó a la mujer a la salida, mientras Aiden se incorporaba y, con la ayuda de Ewan y Arabella, la cargaba en brazos para llevarla a su alcoba.

El silencio se instaló en el castillo y siguió así durante el resto del día. Todos mostraban preocupación por su joven señora, a la que le habían cogido un cariño especial en el poco tiempo que llevaba allí.

Megan era una joven muy risueña y dispuesta siempre a ayudar en las tareas del mantenimiento del castillo. siempre tenía una sonrisa o una palabra amable para la gente y eso hizo que fuese aceptada casi al instante. Solo esperaban que se recuperase pronto y que el embarazo no se malograrse, por el bien de la pareja y del clan.

CAPÍTULO 22

A Megan le llevó varios días recuperarse del dolor sufrido por el desgarró en su interior. Algo que hizo que tuviera alguna que otra pesadilla, creyendo haber perdido al niño. por suerte, Aiden la envolvía con fuerza entre los brazos y la calmaba con palabras tranquilizadoras.

La pérdida de sangre, aparte de impactarlos a todos, la dejó bastante débil y por eso, bajo orden de su esposo y de su prima, permaneció recluida en la habitación durante los primeros días de su recuperación.

Se tomaba las infusiones de las hierbas que la curandera le había recomendado, preparadas siempre por Arabella, y se pasó esos días leyendo y hablando con su prima sobre cómo iba el clan y cómo veía ella al resto de los integrantes de la familia.

Entre los cuidados de su prima y los guisos de carne que le enviaban desde la cocina cada día, Megan fue recuperando poco a poco las fuerzas. Comenzaba a sentirse bien cuando le contó a Arabella la conversación tan extraña con Valery el día que sufrió el sangrado.

—¿Eso fue lo que te alteró, entonces? Porque si así, te juro que lo pagará muy caro —aseveró su prima. Sostenía al pequeño Robbie entre los brazos, que dormía tras haberle dado el pecho.

—No, ya había notado molestias unos instantes antes —respondió Megan.

—De todas formas, no debió decirte eso. Al menos, no debió insinuar que entre ellos dos hubo algo porque eso sirve para plantar la duda. No me creo que Aiden sea de ese tipo de hombres —afirmó Arabella.

—Ya..., yo tampoco quiero pensar eso pero... —Dejó de hablar cuando volvieron las imágenes del comportamiento de Valery en Inveraray.

—¿Qué ocurre, Meg? ¿Qué no me estás contando?

Megan cerró los ojos y suspiró antes de incorporarse en la cama. Se acercó al borde y se quedó ahí sentada, con las piernas recogidas y la manta sobre el regazo para no enfriarse.

—¿Recuerdas la reunión del clan en Inveraray? —Arabella asintió—. Ellas estaban allí, viajaron con Aiden...

—Lo sé. Me cayeron mal al instante y estoy segura de que no fui la única en tener esa apreciación sobre ellas —la interrumpió su prima.

—Tú puedes que no te fijases en cómo interactuaba Valery con Aiden, pero yo sí. Siempre estaba pegada a él, se sentaba a su lado, se reía de forma excéntrica para llamar su atención..., y la del resto de la mesa —explicó ella.

—Pero eso no significa que...

—Era la forma en la que lo tocaba, Bella. No era un gesto fraternal, de hermanos. Había

demasiada cercanía, no sé cómo explicarlo —dijo.

—No es que no te crea, Meg, pero..., tal vez hayan sido celos y...

—No, Bel, no fueron celos. Sabes que no soy de ese tipo, ni una mujer llena de inseguridades. No sé explicarlo, pero mi instinto me dice que ahí hay algo más —la interrumpió.

—Bueno, pues..., habla con él. Pregúntale directamente y observa su reacción. A mí me cuesta mucho pensar que entre ellos hay o hubo algo porque la repudia con todas sus fuerzas. No deja que se le acerque ni que lo toque, y créeme que ella lo intenta, Meg —comentó Bella.

El pequeño hizo un ruido y se movió en su regazo, por lo que lo cambió de posición para que siguiera durmiendo. En ese momento, llamaron a la puerta de la habitación.

—Señora, es la hora de la siesta del pequeño Robbie. ¿Deseáis que me lo lleve a su cama? —preguntó Elora, asomando la cabeza tras decirle Megan que podía entrar.

—Oh, gracias, Elora..., aunque lleva un buen rato dormido como una piedra —exclamó Arabella.

Se levantó para depositar a su hijo en los brazos de la niñera, con cuidado de no importunar su sueño..., aunque a ese pequeño McGregor pocas cosas le hacían perder el sueño, salvo la necesidad de aferrarse a los pechos de su madre. Igualito que su padre. Una vez a solas las dos, se fue junto a su prima y sentó a su lado en la cama.

—Meg, habla con Aiden. No te tortures con esos pensamientos y, sea lo que sea, lo afrontaremos juntas. No está sola, ya lo sabes.

—Gracias, Bella. Sé que siempre puedo contar contigo y Dios sabe lo mucho que le agradezco a mi esposo que la propuesta que le hizo al tuyo para ser su mando derecha en el clan porque esta experiencia sería mucho más dura teniéndote lejos —agradeció la pelirroja.

Se fundieron en un cariñoso abrazo y prosiguieron con la charla. Pasaron la tarde entre risas y anécdotas de la infancia vividas juntas.

Esa noche, después de haber decidido que compartiría con Aiden sus inquietudes, Megan cambió de parecer cuando lo vio entrar en la habitación. Más bien arrastró los pies por el piso de la estancia.

—Estás agotado —comentó ella, con cierto aire de preocupación.

Aiden esbozó una sonrisa pesada, cerró la puerta y fue directo a la cama. Se sentó en el borde, pero antes le dio un beso en los labios.

—Demasiados problemas que resolver —resopló él mientras comenzaba a quitarse las botas.

—Sí, mi tío también se mostraba así de taciturno en alguna que otra ocasión —recordó ella. Gateó sobre el colchón hasta acercarse a él y lo abrazó desde atrás—. Y también recuerdo que siempre decía que su día mejoraba cuando llegaba al lecho y se encontraba a tía esperándolo —murmuró en su oído.

Aiden le acarició la mano y el brazo, giró la cabeza lo justo para darle un beso algo más largo que

el primero.

—Aún es pronto, Meg —dijo y se libró de su agarre para poder quitarse la ropa.

—¿Pronto? Ya han pasado días..., y me siento mucho mejor —protestó ella.

—Eso crees, pero podría ocasionarte otro sangrado o algo peor. Debes descansar, ya lo dijo Margaret. —Aiden tiró del cuello de la camisa y se la sacó por la cabeza, quedándose solo con los pantalones de cuero a medio abrochar. Una imagen de lo más seductora.

Megan se mordió el labio mientras recorría el marcado torso de su esposo, como los artesanos del cielo hubiesen tallado ese escultural cuerpo. La piel era de un color bronceado por las horas al sol, lo que contrastaba con el color de sus ojos. Una mirada color musgo que la hipnotizaba. Y con la melena de color castaño cayendo hasta los hombros, Megan tan solo sentía deseos de aferrarse a esos cabellos y tirar de ellos mientras la tomaba.

—Margaret no dijo nada de que no pudiésemos yacer el uno con el otro —soltó molesta por el rechazo de su esposo a tocarla, a pesar de lo mucho que la excitaba.

Aiden la miró mientras terminaba de quitarse las últimas prendas y curvó la boca en una leve sonrisa. Se quedó desnudo, mostrando todo su esplendor ante una Megan que ansiaba y clamaba por tenerlo de nuevo dentro de ella.

—Me halaga que me desees con tanto fervor, mi amor, pero no pienso arriesgarme a perderte ni a ti ni a nuestro hijo. —Se metió en la cama con un movimiento rápido. Se movió para darle un beso a su esposa y se dejó caer sobre la almohada en cuanto notó la urgencia de ella por ser acariciada.

Megan se quedó atónita, de rodillas sobre el colchón y mirando cómo él se daba media vuelta para darle la espalda. Instantes después, comenzó a roncar. Ofendida por su rechazo, se metió bajo las mantas sin molestarse en hacerlo con cuidado de no incordiarle.

Se quedó tumbada bocarriba, con la vista fija en las vigas del techo y las manos apoyadas en el regacho. Notaba el calor que emanaba del cuerpo de su esposo a su lado y eso la enfurecía aún más. Deseaba que la tocara, no que la tratase como si fuese una muñeca de porcelana a punto de romperse.

Aiden respiró con fuerza y se movió sobre el cojón para quedar bocabajo. La cama se agitó con los movimientos del guerrero, mientras ella lo miraba de soslayo. Sintió una ganas enormes de golpearlo con la almohada, de despertarlo y de obligarlo a que le hiciera el amor, pero desistió. No serviría de nada, salvo para discutir.

Resopló, frustrada, y se dio la vuelta para darle la espalda. Al instante, sintió el peso del brazo de Aiden sobre su cintura y el calor enorme de su cercanía al atraparla en su abrazo. A pesar de haberle dicho que no yacería con ella, Megan notó la dureza de su miembro rozar contra sus nalgas. Ahogó una risa, porque eso significaba que no solo ella la que se sentiría frustrada esa noche.

Con ese pensamiento, se quedó dormida entre los brazos de su esposo.

CAPÍTULO 23

Las semanas pasaron, el sol comenzaba a calentar menos en el firmamento y la tierra se preparaba para un cambio de estación. Al igual que sucedía entre los nuevos señores del clan McAlister.

Aiden había decidido que no tocaría a su esposa de ninguna de las formas en que se le ocurriesen, a pesar de sus constantes reclamos, pues no quería alterar la paz en su cuerpo y provocar un nuevo sangrado. No estaba dispuesto a arriesgar la vida de ambos, por mucho que lo deseara o lo necesitase.

Una decisión que mantenía a ambos en un estado de frustración y enfado constante. Algo que empezó a enrarecer el ambiente entre el resto de los miembros del clan.

Para cuando llegaron las primeras nieves y los días se volvieron más grises de lo normal, la tensión entre Aiden y Megan era insostenible.

* * * *

Una fría mañana de noviembre, tras otra acalorada discusión con su esposa, Aiden revisaba las cuentas con la ayuda de Thorill. Ambos estaban absortos en el repaso de las cantidades de dinero tan absurdas que Virginia y Valery se gastaban, teniendo que tomar una decisión importante sobre el tema.

—Señor, debemos hacer algo o pronto agotarán las arcas, como sigan haciendo un gasto tan elevado del dinero que vuestro padre logró recolectar —comentó el anciano, sentado al otro lado del escritorio y con el libro de cuentas abierto ante él.

Aiden releía una y otra vez varias facturas de gastos en vestidos y demás enseres femeninos.

—¿Quién demonios necesita tantos vestidos? Ni que fuesen duquesas o condesas —bufó él. Dejó caer las hojas sobre el escritorio y se reclinó en la silla, tratando de encontrar una solución a todo ese derroche.

En el exterior se escucharon varias espadas al chocar entre ellas, seguidas de vítores y risas. Supuso que Ewan y Bodric estarían dando un buen espectáculo a los hombres del clan. Al menos, eso le hacía sonreír. Traerse consigo a su amigo para que lo ayudase con temas importantes, como era el entrenamiento de sus hombres, fue una de las decisiones más acertadas que había tomado hasta ahora como laird.

—¿Habéis contemplado la opción de comentarle a lady Virginia la propuesta de matrimonio del joven Aaron Graham para su hija? —preguntó Thorill, sacándolo de sus pensamientos.

—Sí, pero me temo que ambos sabemos lo que ocurrirá con tal propuesta.

—La sabotearán —suspiró el hombre.

—Exactamente, como han hecho con todas ellas. —Aiden se movió incómodo en su asiento—. Aun así, debo intentarlo. No descansaré hasta verlas fuera de estas tierras, lo más lejos posible de este clan —dijo.

Thorill cerró el cuaderno, lo anudó con la cinta de cuero que colgaba de una de las tapas y lo guardó dentro de una funda de piel oscura que posteriormente colocó sobre una de las estanterías que cubrían las paredes del despacho del laird.

—¿Queréis que haga llamar a lady Virginia? —le propuso a su joven señor. Este levantó la mirada fija en las vetas de la madera de la mesa y asintió agradecido.

El hombre hizo una leve reverencia y desapareció de allí.

Aiden se levantó de la silla, acompañado de un largo suspiro, y se acercó a la ventana. Apoyado contra el marco, vio a sus hombres formando un amplio círculo en la esplanada del castillo. En el centro, con espadas y escudos en mano, su amigo y su primo daban un buen espectáculo.

A pesar de a Bodric se le daba muy bien el manejo de la espada, no podía igualarse con Ewan McGregor. La forma en la que su amigo movía su arma y cómo se movía de un lado para otro, como si estuviera danzando más que luchando, era algo que siempre lo maravilló. Fue un gran maestro para él durante el tiempo que pasaron juntos como renegados del reino de Escocia. Proscritos que trabajaban a las órdenes de quien mejor les pagase..., hasta que las mujeres Campbell entraron en sus vidas y todo acabó patas arriba.

Recordó cómo fue el viaje a tierras del Ulster, con una Arabella que disfrutaba sacando de sus casillas a un Ewan enamorado hasta las trancas. Eso no nunca se lo pudo negar, lo conocía demasiado bien y supo, casi al instante, que su amigo había caído prendado de la joven hija del Demonio rojo Campbell.

Era tan diferente de Megan. Ambas primas tenían su carácter, eso no se podía negar. La sangre de los Campbell de Clackmannanshire era famosa por ser peleona, pero su esposa era mucho más calmada y más comedida que la mujer de su amigo. Ambas eran unas mujeres muy hermosas, pero cada una en su estilo. Arabella era de una belleza exótica y Megan... Dioses, ella era mágica, como salida del folclore. Un hada de cabellos cobrizos, su hada pelirroja.

—Disculpad, ¿me habéis hecho llamar, señor? —La voz de Virginia lo sacó de sus pensamientos y no pudo evitar enderezarse al percatarse de su presencia. ¿Cuándo demonios había llamado a la puerta? No, claro que no. Virginia McAlister no se rebajaría a tal acción, por mucho que él fuera ahora el actual laird y le debiese un respeto.

—Así es. Pasa por favor —respondió. Señaló a la silla en la que minutos había estado sentado Thorill, a modo de invitación. Virginia esbozó una sonrisa de lo más hipócrita y se sentó.

—¿Ocurre algo? —quiso saber ella. Ese tono tan... condescendiente lo ponía enfermo. Era tan políticamente correcta, para todas las maquinaciones que llevaba haciendo desde que su padre la hiciera su esposa, que se le revolvía el estómago y su único deseo era cantarle las cuarenta, expulsarla

del clan y dejarse de tanta palabrería. Pero no podía. No a menos que estuviera dispuesto a ver impugnado los deseos de su padre ante la reina regente.

Aiden tomó asiento frente a ella, abrió uno de los cajones a su derecha y sacó una carta del interior. Se la entregó y ella la abrió para leerla.

—¿Otra propuesta para Valery? —pronunció mientras pasaba la mirada por el texto.

—Creo que es una buena oferta, a mi juicio —dijo él. Se había reclinado hacia atrás y tenía las manos entrelazadas sobre su regazo cuando Virginia dejó el papel sobre la mesa y lo miró.

—No me parece que sea una buena oferta, lo siento. Mi hija no se casará con cualquiera —sentenció la mujer. En su posición erguida y altiva, Virginia se quedó a la espera de una respuesta de su hijastro.

—Es el hijo de un laird, no veo a qué más crees que puedes aspirar...

—Cuidado, Aiden, o empezaré a pensar que estás buscando la forma de deshacerte de nosotras a cualquier precio..., y ya sabes lo que eso conlleva. —Ahí estaba, la amenaza clara de que su intención era la de impugnar el testamento.

—No veo el motivo por el que desearía hacer tal cosa —contestó él, de la mismo forma correcta en la que ella siempre le hablaba.

—¿De verdad? —Virginia soltó una carcajada que le heló la sangre al joven laird—. Ay, mi querido hijastro... Te creía más inteligente y astuto. Al fin y al cabo, fuiste un proscrito durante varios años. ¿Qué diría su majestad de todo esto? Tú, un joven con delitos contra la corona...

—¿Me estás amenazando, Virginia? —aseveró él.

—Oh, no osaría hacer tal cosa. Ahora eres el laird del clan y te debo respeto y obediencia, pero... —La mujer dejó de hablar y se levantó de la silla sin que este le invitara a hacerlo.

—¿Pero? —la instó Aiden a continuar.

—Pero tengo amigos, Aiden McAlister, y muy poderosos. No eres tan fuerte como te crees, muchacho, y la política nunca ha sido tu fuerte, por muy bien que se te la diplomacia. —Sí que era una amenaza, lo que no hacía más que confirmarle a Aiden que la carta interceptada a los McDonell iba dirigida a ella. Estaba conspirando para hacerse con el clan y entregárselo a sus vecino y enemigos—. Si me disculpáis, mi laird, debo atender unos deberes en la aldea —dijo ella. Aiden le hizo una seña con la mano y Virginia desapareció de su vista.

En cuanto se vio solo, dejó salir el aire de los pulmones en un largo suspiro. Se reclinó en la silla y dejó caer la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y respiró bien profundo. Toda esta situación empezaba a superarlo y ahora mismo solo tenía ganas de coger a su esposa y salir huyendo de allí. Se buscaría unas tierras donde formar su propio hogar, su propio hogar..., o tal vez hiciera lo que su amigo en un principio y buscaría la forma de la familia de Megan lo aceptase en su clan.

Tan solo quería vivir en paz, junto a su mujer, sus futuros hijos y el resto de los que formaban su clan. ¿Era eso mucho pedir? ¿Acaso estaba pagando algún tipo de castigo divino por su vida de

proscrito?

Unos ligeros golpes en la puerta le sacaron de sus divagaciones.

—Adelante —dijo con voz ronca.

Unos cabellos rubios asomaron al otro lado de la puerta y la fina figura angelical de Valery apareció ante él.

—¿Qué quieres tú ahora? —soltó casi como un bufido, molesto por su sola presencia.

—Esas no son forma de hablarle a una dama, mi querido hermanastro —respondió ella, sin mostrar un ápice de pudor ante la tosca forma que tuvo él de hablarle.

—Valery, no tengo tiempo para tus caprichos. Dime ya a qué has venido.

La joven mostró una sonrisa de lo más embaucadora, se enroscó uno de los tirabuzones dorados en un dedo y se mordió el labio mientras contoneaba su cuerpo en dirección al escritorio.

—Ohm , hermanito. Te noto tenso, últimamente. ¿Es porque no puedes yacer con tu esposa? —Aiden dirigió hacia ella una mirada iracunda, momento en el que vio cómo ella se desprendía de la prenda que cubría su torso.

—Mis asuntos maritales no son de tu incumbencia y si ese el asunto que has venido a tratar conmigo, ya te puedes ir por donde has venido —bufó de malas maneras.

La vio avanzar hacia él, sabía de sobra cuáles eran sus intenciones. Hizo ademán de levantarse de la silla, pero ella llegó antes y se inclinó hacia él, apoyando las manos a ambos lados. Los abultados pechos, oprimidos por un corpiño bien ceñido a su cuerpo, vibraron con intención de escapar.

—Eso quiere decir que son ciertos los rumores, entonces. No yaces con tu esposa. Mmm, me gusta esa noticia —ronroneó ella.

Aiden se levantó de un salto, haciendo que ella trastabillase hacia atrás y acabase con el culo apoyado contra el borde del escritorio.

—Sal de aquí, ahora mismo, Valery. No me hagas perder la poca paciencia que me queda contigo —le ordenó él. Se esforzó por contener las enormes ganas que tenía de golpear, por primera vez, a una mujer, pero su honor como hombre se lo impedía.

Valery tomó el borde las faldas del vestido y lo levantó con mucha calma, mientras se pasaba un dedo sobre el abultado escote.

—Vamos, Aiden. Yo te deseo y tú necesitas aliviarse. Nadie tendrá por qué saberlo, será nuestro secreto..., otro más. Tómate aquí, sobre tu escritorio y déjame que te ayude a liberar toda esa tensión... —No logró terminar la frase.

De forma brusca, con los ojos inyectados en sangre, Aiden la cogió de los brazos y la llevó arrastras hacia la puerta, tomando la tela que se había quitado momentos antes y que había dejado caer al suelo. Abrió y la hizo salir de un empujón.

—Si te vuelvo a ver, aunque sea a varios reinos, cerca de mí, juro que no me contendrá y te sacaré de aquí de una forma u otra —amenazó, seguro de que esas palabras le ocasionarían un fuerte

enfrentamiento con su madrastra.

Valery abrió la boca para protestar, pero él cerró la puerta en sus narices tan fuerte que las paredes que sostenían el marco temblaron.

CAPÍTULO 24

Megan bajaba las escaleras de camino hacia las cocinas, donde sabía que encontraría a su prima preparándole la infusión. Su humor no había mejorado en relación a Aiden, seguía sin tocarla. Apenas unos besos y poco más, pero cuando se volvían intensos, se separaba de ella como si quemara.

Intentó varias veces hablar con él, incluso le ofreció la posibilidad de consultarlo con Margaret, la curandera, pero tan solo había conseguido acabar discutiendo los dos. Ella quería pensar que era porque la estaba protegiendo, pero no podía evitar darle vueltas a que a Aiden le ocurría algo más que nada tenía que ver con su avanzado estado embarazo.

Su barriga ya era bastante abultada y el caminar le costaba un poco, pero debía moverse de la habitación o se acabaría volviendo loca. Margaret dijo nada de esfuerzos ni agitación, no que no pudiera moverse por el castillo.

Se cruzó con varias sirvientas que no repararon en palabras agradables para mostrarle su preocupación por el estado de salud tanto de ella como del niño que llevaba en su vientre. Megan agradeció cada palabra amable con una amplia sonrisa.

Cuando llegó al primer piso, se escuchó un estruendo que la sobresaltó. Bajó los últimos peldaños con cuidado y dobló la esquina del pasillo que daba directo al despacho de su esposo.

Ante la puerta, y de espaldas a ella, vio la figura de Valery. Se fijó en que llevaba una tela gruesa sujeta con una mano. El cabello lo llevaba suelto y algo alborotado. La escuchó resoplar con cierta agitación.

Megan se ocultó entre dos columnas cuando vio que la joven se movía. Valery echó una mano a su escote y se ajustó el corpiño. Luego, se alisó el resto del vestido y se llevó la melena hacia atrás. En ese instante, Megan vio lo que parecían unos arañosos en la base de los senos, que asomaban hinchados por encima del corpiño.

—Bruto estúpido. La otra vez fuiste más pasional, Aiden McAlister —la escuchó balbucear mientras se recolocaba bien la ropa y la tela alrededor del cuello.

¿La otra vez? ¿Más pasional? Megan sintió unas ganas enormes de vomitar lo poco que tenía en el estómago y no eran las molestias del embarazo. ¿Acaso Aiden y Valery estaban...? ¿No yacía con ella porque ya tenía quien le calentara la cama?

La rabia, los celos y, sobre todo, el dolor comenzaron a apoderarse de ella. Aguardó escondida entre las sombras a que Valery se alejase de allí y entonces, sin dudarlo ni un instante, entró en el despacho como un huracán.

—¿Qué demonios...? —masculó Aiden, sobresaltado al verla entrar tan fuera de sí.

—¿Por eso no me tocas? ¿Porque te estás acostando con ella? Dime, Aiden, ¿te sacia más que yo, es eso? —Megan no controlaba las palabras que salían por su boca.

—¿Es que te has vuelto loca o es que las hierbas que te tomas te afectan a la cabeza? —preguntó él, incrédulo por lo que su mujer decía.

—¡No me mientas Aiden, no más mentiras! —exclamó ella.

—¡No te miento porque no sé de qué me estás hablando! —gritó él en respuesta.

—De Valery y de ti. —Él se quedó blanco, pasmado al escucharla mencionar su hermanastra—. No pongas esa cara de asombro, la acabo de ver salir de este despacho..., algo despeinada y muy ligera de ropa —dijo.

—No sé qué has visto, pero te estás equivocando por completo, Megan. Y no te alteres, no es bueno en tu estado...

—¡Deja de tratarme como si fuera una muñeca a punto de romperse o una loca celosa! —gritó ella.

—¡Pues deja de comportarte como tal! —vociferó él. Su paciencia empezaba a desvanecerse, demasiadas discusiones en apenas una mañana.

Megan se quedó atónita ante su reacción. Quiso hablar, pero las lágrimas amenazaban con brotar y no quería llorar en ese instante. No delante de él, no se merecía ver ese dolor en sus ojos. En lugar de eso, dio media vuelta y abrió la puerta para irse de allí, pero Aiden la llamó.

—Meg, espera... yo...

—No digas nada más, Aiden. Entiendo cuál es el papel de la esposa de un laird, proporcionarle herederos y mantener las apariencias. Eso haré a partir de ahora, tranquilo —dijo, sin apenas mirarlo, y abandonó el despacho.

—Maldita sea —exclamó él al mismo tiempo que le daba un manotazo a las maraña de papeles que tenía sobre la mesa y haciéndolos salir volando por todo el piso.

Megan cerró la puerta tras de sí, pero se mantuvo aferrada al pomo, con la absurda ilusión de que él correría tras ella para pedirle perdón y decirle que se había equivocado, que la amaba y que había sido todo un mal entendido. No lo hizo. Tan solo lo escuchó maldecir y lanzar objetos al suelo.

Ya no podía controlar más las lágrimas y las dejó salir con total libertad, empapando su rostro al instante. Con alguna que otra dificultad, emprendió camino de regreso a la seguridad de su habitación.

—¿Megan? —escuchó la voz de su prima llamarla cuando llevaba medio tramo de escalera subido, pero no se dio la vuelta. Siguió ascendiendo—. ¡Meg! —exclamó Bella.

Ewan, que se había encontrado con su mujer de camino al despacho de su amigo, la miró intrigado y a la vez preocupado. Arabella le entregó la bandeja donde llevaba la tetera con la infusión para Megan y salió corriendo tras su prima.

Escuchó los rugidos de Aiden al otro lado de la puerta y supo que habían tenido una nueva discusión. Dejando que su mujer se ocupase de la joven Megan, Ewan suspiró y entró en el despacho.

—Tranquilo, vengo en son de paz —pronunció nada más cruzar la mirada con la de su amigo, que respiraba como un animal embravecido.

—Supongo que tu mujer te habrá puesto al corriente de todo, ¿verdad? —soltó Aiden, con desgana.

—En realidad nos acabamos de cruzar con Megan y..., bueno. No era el vivo reflejo de una mujer feliz, la verdad.

—¡Demonios! —exclamó, lanzando un puñetazo al escritorio.

—Aiden, ¿qué ocurre? Llevas tiempo con un mal humor horrible y no puedes seguir así, amigo.

El joven laird resopló, su amigo tenía razón. No podía continuar así, era una carga demasiado pesada para un hombre solo. Se sentía atrapado en una encrucijada de ambiciones que le oprimían. No se sentía libre, se sentía preso de las decisiones erróneas tomadas por su padre.

—Aiden... —Ewan lo llamó de nuevo y este lo miró, mostrando remordimiento y dolor en los ojos—. Habla conmigo, hermano. —Y eso hizo, habló.

Le contó los problemas económicos por los que atravesaba el clan, debido a los gastos exagerados por parte de su madrastra y su hermanastra; le habló de la conversación con Virginia y de la amenaza que le había lanzado; y la inesperada visita de Valery y de cómo se le insinuó.

—¿Y crees que Megan vio o escuchó algo de lo ocurrido con Valery? —quiso saber Ewan.

—No ocurrió nada, maldita sea. No hay nada que escuchar porque no ocurrió nada. No sé lo que vio o creyó escuchar, pero no hubo nada. La saqué a empujones del despacho, no le di ni la opción de tocarme —espetó Aiden.

—Yo te creo, amigo, pero Megan cree otra cosa. No has hablado con ella sobre...

—Joder, ya lo sé. No quise alterarla ni disgustarla hablándole del mayor error de mi vida —aseveró él.

—Pues..., siento decirte que la vi bastante disgustada. Y... —La puerta del despacho se abrió y Arabella entró como una exhalación.

—¡Tú! ¡Tú eres... eres...! —exclamó ella. Ewan la sujetó de la cintura a tiempo de evitar que cometiese un error garrafal—. Yo confiaba en ti, aposté por ti, pero te has atrevido a despreciar a mi prima por esa rubia...

—No se te ocurra terminar esa frase, Arabella —le ordenó Aiden. La rabia volvió a apoderarse de él y ambos se miraron con desprecio.

—Te juro que como le pase algo a mi...

—¡¿Qué, Bella?! ¡¿Qué me vas a hacer?! ¡¡Vamos, dílo!! Al parecer hoy es el día en el que las mujeres de este castillo se sienten con la necesidad de amenazarme —voceó lleno de rabia. La joven

abrió la boca para responder, pero la interrumpió: —Ten cuidado con lo que vas a decir porque, te guste o no, soy el laird de tu esposo y, por ende, el tuyo —aseveró.

—¿Y qué quieres decirme con eso? —le espetó ella, que como buena Campbell, no se acobardaba ante nadie.

—Que me debes un respeto, si quieres seguir viviendo bajo mi techo —sentenció él, aunque se arrepintió al instante de haber dicho esas palabras. No solo porque comprendía el enfado de Arabella y era su amiga, sino porque pondría a Ewan en una encrucijada y no quería eso para su amigo.

Para sorpresa de ambos hombres, Bella no habló. Dejó de forcejear entre los brazos de su esposo, se liberó del agarre y se fue directa hacia la salida, pero, antes de abandonar el despacho, miró por encima del hombro y dijo:

—Recuerda bien las palabras de mi padre, Aiden McAlister, porque si a ella le ocurre algo, no solo caerá el mismísimo James Campbell sobre ti, sino que yo misma acabaré con tu vida. —Y se fue de allí dando un sonoro portazo.

El silencio que hubo tras la salida de Arabella se hizo bastante incómodo para ambos, pero fue Ewan quien habló primero.

—No debiste hablarle así.

—¿Y qué pretendía que hiciera? —exclamó él.

—Tranquilo, Aiden. Estoy de tu parte, pero ella es mi esposa. Sabes lo protectora que es con su familia, en especial con Megan y Bella no sabe nada de todo este lío con tu hermanastra. Solo conoce el tema del testamento, pero nada más. Entiende que intente proteger a su prima. —Ewan tenía razón, otra vez, y eso terminó por resquebrajar su templanza. liberó un grito cargado de frustración.

—¿Se puede saber qué demonios ocurre aquí? Se han escuchado las voces al otro lado del reino, por Dios santo. —Bodric entró en el despacho sin llamar, preocupado.

Aiden resopló, molesto por más visitas inesperadas, pero fue Ewan quien puso al guerrero al tanto de lo ocurrido.

—Primo, debemos hacer algo con esas dos o va a acabar ocurriendo una tragedia —dijo Bodric.

—Eso ya lo sé, gracias —bufó Aiden.

—Voy a hablar con las chicas que se encargan de la limpieza para que me dejen entrar en la estancia de Virginia y de Valery cuando ellas no estén —comentó.

—¿Vas a rebuscar entre sus cosas? —le preguntó Ewan y este asintió—. Te ayudaré —se ofreció sin pensarlo.

—Me temo que no son tan tontas como para dejar pruebas de todas sus fechorías tan a la vista —suspiró Aiden.

—Déjanoslo a nosotros. Tú, por el momento, trata de relajarte y, por favor, amigo, habla con

Megan —le aconsejó el McGregor.

—Lo haré —prometió y decía la verdad porque esta situación no podía seguir así.

Los dos nuevos compinches de fechorías salieron de la sala y Aiden se hundió en la silla. Debía hablar con Megan, debía suplicarle que le perdonara porque no quería perderla y mucho menos por culpa de un malentendido como ese. Ni se le pasaba por la cabeza yacer con ninguna otra mujer que no fuese ella, y mucho menos con Valery. Antes se cortaría el pene que volver a acostarse con esa arpía.

Miró hacia la tenue luz que entraba esa mañana por la ventana y suspiró. En apenas una mañana había tenido más problemas que en toda su vida de proscrito. Volvió la cabeza hacia la mesa y abrió el cajón donde guardaba todas las pruebas recopiladas contra Virginia. Ewan y Bodric lograsen encontrar algo que la inculparse de alguna manera con la muerte de su padre. Solo así sería libre de ellas.

Megan no acudió al salón a la hora de la comida, ni tampoco de la cena, pero sí le hizo llegar una nota por mediación de una de las sirvientas. En ella le pedía que no acudiera al lecho esa noche, que le diera espacio. Y eso hizo. Con un gran pesar en su corazón, Aiden durmió esa noche en su antigua habitación.

CAPÍTULO 25

A la mañana siguiente, Megan se despertó con un tremendo dolor de cabeza. Supuso que el pasarse casi toda la noche llorando, una vez que su prima la dejó sola, le habría pasado factura. Aún le escocían los ojos y tenía la garganta algo irritada.

Las cortinas estaban retiradas hacia los lados desde hacía bien temprano, cuando unas sirvientas le subieron algo de comida por petición de Aiden. Ella no se movió de la cama mientras dejaba que ellas acomodasen los telares para dejar entrar la claridad.

Cuando se aseguró de estar sola, se giró en la cama y miró hacia la mesa redonda junto a la chimenea. El corazón le dio un vuelco al ver un jarrón con un ramo de flores lilas, blancas y azules. Sonrió al pensar en que era la forma en la que Aiden le pedía disculpas, aunque seguía disgustada por la discusión del día anterior.

Se desperezó y, con sumo cuidado, rodó por el colchón hasta quedar sentada en el borde de la cama. Se acarició la tripa y, en ese instante, sintió el movimiento de su retoño. Esbozó una amplia sonrisa y los ojos se le llenaron de agua. Estaba emocionada por haber sentido por primera vez una patadita de su hijo y pensó apenada en su esposo. Estos momentos no deberían de perderselos ninguno de los dos.

Decidida, se levantó con el convencimiento de que ambos debían sentarse a hablar de forma calmada. Él debería de atender a las inseguridades que la extraña relación con Valery le habían generado y ella tendría que escuchar de forma asertiva lo que Aiden le cuente.

Se fue directa hacia las flores para olerlas. Acercó las manos y la nariz hacia ellas y aspiró su aroma fresco. Se preguntó de dónde las habría conseguido, ya que estaban entrando en pleno invierno y no era común ver uno colores tan vivos en esa época del año.

Cuando acarició cada una de las flores, sin darse cuenta, se pinchó en uno de los dedos de la mano derecha. Tras un quejido y una maldición, se lo llevó a la boca para chupar la gota de sangre que brotó al instante.

—Auch —protestó.

Se miró el dedo con detenimiento para comprobar si se había dejado la espina clavada, pero no vio nada. Se limpió a la tela del camisón y fue hacia el armario para elegir un vestido adecuado y que le sirviese bien. Luego, iría en busca de su esposo..., o tal vez lo mandase llamar y así poder mantener una conversación más íntima en su alcoba.

Llamaron a la puerta justo cuando empezaba a ponerse el corpiño del vestido elegido.

—Adelante —dijo, creyendo que sería Aiden.

—Buenos días, prima. Te veo mejor, más... sonriente —saludo Arabella tras cruzar el umbral y

cerrar tras de sí.

—Buenos días, Bel. Aun sigo disgustada, pero creo que Aiden y yo nos debemos una conversación, pero dejando los gritos y los malos modos a un lado —contestó.

Arabella, al ver que Megan tenía serias dificultades para vestirse bien, debido a su abultada barrida, se acercó para ayudarla.

—Me fascina lo rápido que le buscas el lado positivo a las cosas, lo fácil que le das la vuelta a las cosas para no acabar sumida en la ira o en el dolor. Yo, en tu caso, le hubiese metido chinchas entre las sábanas —dijo mientras tiraba de los cordones del corpiño.

Megan se rio porque sabía que su prima era capaz de eso y más. Ewan McGregor no era un hombre de temperamento calmado, pero Arabella era toda una Campbell y era hija de quien era, por lo que su carácter endemoniado le venía en la sangre. Por no hablar de lo ingeniosa que era siempre en sus venganzas.

—Sabes que no me gustan los conflictos, Bel. Además, amo a mi esposo por encima de cualquier... —Megan no terminó de hablar cuando una enorme arcada le sobrevino..., seguida de una punzada en el vientre enorme.

Se dobló sobre sí misma y vomitó en la alfombra bajo los pies para después caer al suelo y empezar a convulsionar. De la boca le salió una espuma blanca, pero ella solo podía pensar en su hijo. Se agarró el vientre y soltó un grito desgarrador, bajo la atónita mirada de su prima, que comenzó a vocear pidiendo auxilio.

Y de pronto, la noche cayó sobre Megan, a pesar de la luz del sol que entraba a través de los amplios ventanales.

Unas horas más tarde, Megan abrió los ojos con dificultad y sintiendo que le pesaban mucho los párpados. Quiso mover el brazo, pero notó una mano aferrada a la suya con fuerza.

—Mi amor... Oh, gracias al cielo que has abierto los ojos —pronunció Aiden, con lágrimas en los ojos y sin soltarse de ella.

—Ai... Aiden, ¿qué...?

—Sschh, descansa, mi amor. Has sufrido un desmayo —comenzó a explicarle él—. Tal vez te haya sentado mal el desayuno y...

—Pero, yo no... yo no he comido nada. —Esa respuesta hizo que Aiden mirase hacia Arabella y Ewan, que estaban a su lado.

—¿Y esa comida que hay sobre la mesa? —preguntó su prima.

—Creía que me la habías enviado tú —contestó mirando a su esposo.

—No, yo no te envié nada. Venía de camino a ver cuando escuché a Arabella gritar.

—Meg, ¿segura que has tocado nada de la comida? —Bella dio un paso hacia ella y su prima negó con la cabeza.

—No, solo me acerqué y olí las flores. De hecho, me pinché con una de las espinas... —Miró de nuevo hacia Aiden—. ¿Tampoco las has enviado tú? —quiso saber.

—No. —La mirada del joven se oscureció porque una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

Margaret entró en ese instante en la habitación, acompañada por Bodric, que había corrido en su busca como alma que lleva el diablo.

—Jovencita, tenemos que dejar de vernos así o no llegaré a vieja —protestó la mujer, de forma cariñosa.

—Margaret, mi esposa dice que se pinchó con la espinas de esas flores. ¿Podrían haberle provocado las convulsiones? —se adelantó Aiden en hablar.

La mujer entrecerró los ojos al escuchar lo que su laird le acaba de contar y luego miró a Megan.

—¿Has convulsionado? —le preguntó.

—Y le salió espuma blanca por la boca —apuntó Arabella.

Margaret fue directa al ramo de flores y las observó con detenimiento..., hasta que emitió un chasquido con la lengua y soltó una maldición.

—¿Qué sucede? —Aiden se puso en pie y fue a su encuentro. La mujer señaló hacia un manojo de flores blancas.

—Espino blanco. Es venenoso. Eso es lo que le ha provocado las convulsiones —contestó ella.

Aiden abrió la boca para seguir con las preguntas, pero Megan se dobló sobre sí misma en la cama y comenzó a gritar de nuevo. Corrió hacia ella y trató de sujetarla, pero ella no dejaba chillar. Al instante, la cama se tiñó de un rojo intenso.

—Eso no es bueno... Traedme cubos con agua tibia y paños, muchos paños —ordenó a las muchachas que había junto a la puerta y a Bodric.

—Megan... Meg, mi amor... Por favor, Dios, no me los arrebatas a los dos —le suplicó Aiden con ella entre los brazos.

Arabella se abrazó con fuerza a Ewan, envuelta en lágrimas, mientras Margaret tiraba de las sábanas hacia atrás y se arrodillaba entre las piernas de la joven.

—Aiden... Yo... lo-lo siento —jadeó Megan entre los brazos de su esposo, que tenía el rostro mojado por las lágrimas.

Él le apartó el pelo de la cara y le besó en la frente perlada en un sudor tan frío que le heló la sangre.

—No tienes nada por lo que pedir perdón, Megan. Tú no, mi amor —le susurró justo antes de ella volviese a cerrar los ojos—. Megan... Meg, abre los ojos, por favor... Mi amor, no me dejes, vamos. —Las desgarradoras súplicas del joven hicieron que Arabella se rompiese en un llanto desconsolador.

Tras abandonar la estancia, a petición de Margaret para poder trabajar sin mayores complicaciones, todos esperaban en el pasillo a que la curandera saliese y les diese buenas noticias. Ewan abrazaba a su desconsolada esposa, mientras Bodric permanecía cerca de su primo, que estaba apoyado contra la pared y la vista fija en las puertas de la alcoba.

La espera se les hizo eterna, envueltos en un silencio sepulcral que se apoderó de todo el castillo. Nadia hablaba, nadie decía nada. Tan solo los sollozos de Arabella resonaban en el pasillo.

Las puertas se abrieron y varias muchachas salieron cargadas con los cubos, pero en vez de agua cristalina, lo que había era sangre. Paños teñidos de un rojo carmesí que les hizo estremecerse a todos. Por no hablar de las caras descompuestas con las que salían, incluso con lágrimas en los ojos.

Aiden se temió lo peor, todos se lo temieron..., hasta que Margaret salió al pasillo, con las manos envueltas en un trapo.

—He hecho todo lo que he podido, pero... —Arabella se rompió en mil pedazos y cayó de rodillas al suelo, a pesar del agarre de su esposo—, siento la pérdida de vuestro hijo, mi laird —le dijo finalmente a Aiden.

—¿Y mi esposa? —balbuceó la pregunta con un hilo de voz.

—Las próximas horas son críticas, la infección se expandió rápido, pero creo que he podido limpiarla bien —respondió la mujer.

Aiden dio un paso hacia la habitación, pero la mujer lo frenó.

—Está dormida y muy débil, señor. Sería mejor dejarla descansar y que alguien se quede con ella. Yo iré a la villa en busca de unas hierbas que tengo para contrarrestar el veneno del espino —le explicó.

Al escuchar la palabra veneno, el semblante de Aiden cambió por completo. Una oscuridad se apoderó de él y, sin mediar palabra, salió corriendo escaleras abajo. Bodric se sobresaltó y fue tras él. Ewan quiso ir también con ellos, porque sabía a dónde se dirigía su amigo, pero no podía dejar a Arabella sola.

—Ve tras él o acabará cometiendo una locura —balbuceó ella.

—¿Estás segura, Bella? Bodric puede hacerse cargo de la situación...

—No. Aiden no escuchará a nadie que no seas tú. Ve, yo estaré bien. Me quedaré con Megan —dijo y Ewan salió corriendo tras los pasos de su amigo.

CAPÍTULO 26

Aiden encontró a Valery sentada en el butacón de la biblioteca. Movido por la rabia de verla ahí, como si no supiera el dolor que acaba de causar, entró como una exhalación y la agarró con fuerza del pelo.

La joven chilló con fuerza, asustada y asombrada al mismo tiempo por ese repentino arrebato de furia en él. Le clavó las uñas en las manos que tiraban de su pelo, esperando infligirle el daño suficiente como para que la liberase, pero Aiden no respondía. Ni siquiera escuchaba las voces su primo, que lo instaba a que la soltara.

Tiró de la joven y se la llevó escaleras arriba, cruzándose por el camino con Ewan. No escuchó tampoco a su amigo. La rabia se había apoderado de él y no razonaba.

Entre gritos y zarandeos, Valery se vio arrastrada hasta la habitación de su madre, que Aiden abrió de una patada y lanzó a la joven hacia el interior. Virginia, que estaba sentada leyendo un libro en una de las butacas, se levantó de un salto.

—¿Es que te has vuelto loco?! —exclamó al ver a su hija tirada sobre la alfombra, con el pelo revuelto y sin dejar de llorar. Se arrodilló junto a ella para comprobar que estaba bien.

—Vosotras dos no os moveréis de esta habitación hasta nuevo aviso —espetó Aiden.

—¿Cuál es nuestro castigo? —quiso saber Virginia.

—Sabéis muy bien lo que habéis hecho. Y será mejor que recéis al cielo para que a Megan no le ocurra nada o seréis las siguientes en abandonar este mundo. —Y sin más, cerró de un portazo.

Emprendió camino de nuevo hacia sus aposentos para estar junto a su esposa. Bodric y Ewan iban tras él, pero fue su primo el primero en hablar.

—No debiste hacer eso, Aiden.

—¿En serio, Bodric? —soltó él, sus ojos aún llenos de ira.

—Aiden, lo que tu primo intenta decirte es que cabe la posibilidad de que ellas no hayan tenido nada que ver con lo que le ha pasado a Megan —intervino Ewan.

—¿De verdad te crees esas palabras, amigo?

—Vale, sí. Todo huele a ellas, está claro, pero no tienes pruebas y encerrándolas no vas a conseguir nada —comentó Bodric.

—Sí. Paz —aseveró Aiden.

Su primo abrió la boca para seguir con su exposición, pero Ewan lo detuvo. Ahora mismo, Aiden no atendía a razones y era mejor dejarlo. Esperarían a que Megan se estabilizase y, entonces, buscarían la forma de descubrir si esas dos víboras habían orquestado todo esto.

La noche fue larga, eterna más bien. Aiden no se separó del lecho en ningún momento, al igual

que Arabella, que se había quedado dormida hecha un ovillo sobre una de las butacas.

Aiden la despertó a media noche para invitarla a ocupar su sitio junto a Megan y que descansase mejor en la cama con ella. Él podría dormir en el suelo, si hacía falta. Estaba acostumbrado y había dormido en lugares peores.

Desde su posición, veía a las dos primas dormir. Arabella se había abrazado a Megan y no la había soltado hasta que se quedó de nuevo dormida. Luego, cerró los ojos y le rezó a los cielos por un milagro. Rogó para que se la arrebatasen a ella también, pidió perdón por todo el mal que haya podido haber hecho años atrás y lloró... lloró hasta quedarse dormido, con la esperanza de que Megan volviese con él.

CAPÍTULO 27

Megan permaneció en cama tres días completos, envuelta en unas fiebres altas y llantos de dolor por la pérdida del niño. Margaret acudía al castillo todos los días para realizarle las curas, pero les dijo que debían apelar a su fuerza interior y encomendarse al Todopoderoso.

Fueron unas horas muy críticas muy críticas en las que ni Arabella ni Aiden se separaron de junto a ella. Mientras, Ewan y Bodric seguían con la búsqueda de pruebas e interrogando a las dos mujeres, que no se cortaban a la hora de mostrar su enfado por la nueva situación que les estaba tocando vivir.

Todo el clan se sumió en constantes rezos por el alma del pequeño no nato y por la pronta recuperación de su señora. Se organizó un entierro de los restos del feto, al que acudieron todos menos Arabella porque no quería dejar sola a su prima.

Los guerreros del clan, cavaron una pequeña fosa en el pequeño cementerio familiar que había a las afueras del muro del castillo e introdujeron la pequeña caja de madera en su interior.

Ewan apoyó una mano en el hombro de su amigo, en señal de apoyo, que tenía la vista fija en la tumba de su hijo. Un dolor enorme se asentó en el pecho de Aiden McAlister, junto con la promesa firme de vengar su muerte.

Para alegría de todos, pero sobre todo del laird y su familia más directa, Megan logró superar las fiebres y soltarse de los dedos de la muerte, que parecía tenerla bien sujeta y dispuesta a llevársela con ella al mundo de las tinieblas.

Débil, desmejorada y mucho más delgada y pálida, pero retornó a la vida..., aunque con un pesar en su alma que no lograría curar ni con el amor que su prima y su esposo le mostraban todos los días.

Durante las siguientes semanas, Megan se sumió en una profunda depresión. Comía por obligación, pero no salía de la habitación. Ni siquiera de la cama, salvo para lo justo. Dormía de forma profunda y lo alternaba con un llanto desconsolador.

Las semanas se convirtieron en meses, largos y agónicos meses en los que lo único que deseaba era haberse muerto junto con su hijo. No dejaba que Aiden la tocara, a pesar de que él se mantenía a su lado, con semblante entristecido.

Comenzaron a dormir en estancias separadas, hasta que un día ella le pidió regresar junto a su familia para poder recuperarse del dolor..., aunque sabía muy bien que jamás lo haría, pero no quería decirle que su intención era no volver nunca.

—¿Quieres... quieres que nos separemos? —Las palabras se le atascaron en la garganta cuando

las pronunció.

—Espero que lo entiendas, Aiden. Una vez dijiste que harías lo que fuera por mí —dijo ella, con la mirada perdida en el horizonte que se veía a través de la ventana.

—Lo sé, pero...

—Esto es lo que quiero. Necesito volver a mi casa.

—Esta es tu casa, Meg, tu hogar. —Ella llevó su mirada hacia él y Aiden solo vio un vacío enorme que le rompió el alma en mil pedazos.

—No, este no es mi hogar. Nunca lo ha sido —soltó con un hilo de voz.

—Meg...

—Aiden, por favor. Permíteme tomar distancia, dame tiempo. Necesito recuperarme y aquí no podré hacerlo. No con el recuerdo de... —Pero no puedo terminar la frase porque un nudo enorme le oprimió la garganta. Las lágrimas afloraron al instante y él cayó de rodillas ante ella.

—Está bien, acepto que te... Lo prepararé todo y..., lo siento mucho, mi amor —confesó entre sollozos.

Megan estiró la mano para acariciar la cabellera marrón claro de su esposo, pero se detuvo a medio camino y la dejó caer en su propio regazo. Sabía que nada de esto era culpa de Aiden, pero ella no podía evitar pensar que, en parte, sí lo era. Debía huir, poner distancia entre ellos y el mal que asolaba las paredes de ese castillo. Solo junto a los suyos estaría a salvo y protegida. Allí, nadie se atrevería a hacerle daño nunca más.

A mediados de marzo, cuando los caminos se podían recorrer bien y las nieves no dificultaban el tránsito, Megan, Ewan, Arabella y el pequeño Robbie partieron rumbo a Inveraray. Los escoltaban Bodric y un grupo de seis guerreros del clan McAlister.

Antes de partir, Aiden se había reunido con su amigo y le había hecho entrega de tres cartas: una para Megan, otra para su padre, Ian Campbell, y la tercera para James Campbell. Le pidió a su amigo que no le contara nada a Arabella hasta que estuviesen bien lejos, pero le hizo una promesa a su amiga que Ewan debería de transmitirle cuando estuvieran a salvo con los de su clan: vengaría a Megan y a su hijo.

* * * *

Habían pasado tres semanas desde su llegada a Inveraray. Su inesperada visita, y el estado tan desmejorado de la joven, habían impactado por completo al laird. Archibald Campbell se quedó en shock al ver la palidez en el rostro de la joven que siempre había sido tan risueña y tan idéntica a su querida prima, Aliena.

Les preparó varias estancias para los tres, mientras Ewan se despedía de Bodric y de los hombres McAlister, que miraban con tristeza cómo su señora entraba en el imponente bastión de los

Campbell, ayudada por el conde y algunos sirvientes.

Cuando el marido de Arabella se reunió con Archibald y le relató todo lo vivido en ese castillo, redactó una misiva que entregó a uno de sus guerreros y lo instó para cabalgar día y noche hacia Dollar.

La rueda de la venganza se había puesto en marcha.

El sol de abril lucía en lo alto de los cielos de Argyll, sin calentar mucho aún, pero sí haciendo que estar al aire libre fuera una bendición.

Megan y Arabella estaban sentadas en uno de los bancos que había junto a unos pequeños árboles que comenzaban a florecer. Sus copas estaban en proceso de cambiar su color apagado invernal a uno más rosado.

Cuando el tiempo se lo permitía, ambas primas salían a disfrutar del aire fresco de Inveraray. No llegaban al lago, porque Megan aún estaba algo débil pero se quedaban ahí sentadas, hablando, leyendo o simplemente disfrutando de su mutua compañía.

Desde su posición se podía ver a la perfección la entrada del castillo y los setos podados y cuidado con sumo detalle. También se podía disfrutar de las vistas de la fuente de piedra alta que Archibald había mandado construir en el centro del jardín de entrada.

El sonido de la tierra al ser pisada por unos caballos, les indicó a las dos que tenían visita. Megan dirigió la vista hacia el camino y vio cuatro jinetes acercarse al galope. Reconoció la melena cobriza de uno de ellos.

—¿Al? —pronunció, con la vista fija en el guerrero pelirrojo.

Los cuatro desmontaron casi de un salto en cuanto estuvieron a la altura de las puertas del castillo y Megan ahogó un grito de asombro. Se trataba de sus dos hermanos, su tío, Gavin y..., su padre.

Como si algo hubiese tirado de él, Ian Campbell se movió hasta que sus ojos se encontraron con los de su hija. En el mismo instante en el que Ewan y Archibald atravesaban las puertas para recibirlos, Ian salió corriendo hacia las muchachas, seguido por Alastair y Gideon.

—Mi niña..., mi pequeña —susurró su padre en cuanto la tuvo entre sus brazos.

—Pero..., ¿qué hacéis vosotros... qué hacéis aquí? —preguntó entre lágrimas de alegría por ver de nuevo a su familia ante ella.

—¿En serio lo preguntas, hermana? Venimos en tu busca. —Fue Gideon quien respondió.

—En cuanto llegó la nota de Archibald, subimos a los caballos y no hemos parado hasta llegar aquí —explicó Alastair, con los ojos vidriosos. Estaba emocionado, pero a la vez impactado por el estado tan desmejorado de su hermana. Su risueña y hermosa cómplice de tantas historias vividas juntos. Sintió lástima por ella, pero también una rabia enorme hacia el culpable de ese estado: Aiden

McAlister.

CAPÍTULO 28

Mientras la jóvenes eran abrazadas y besadas por sus familiares, Ewan puso a Gavin al corriente de los sucesos acontecidos, de una forma rápida y breve. La mano derecha de James Campbell lo escuchaba con suma atención, con los brazos cruzados y asimilando todo lo que el McGregor le iba contando.

—¿Eres consciente de lo que me estás contando, muchacho? —le preguntó una vez terminado de hablar.

—Sí, señor, tanto Aiden como yo somos muy conscientes de la gravedad del asunto y...

—Estás describiendo algo que, desde hace tiempo, está penado como traición a la corona. Conspirar para usurpar el puesto de un laird e invadir sus tierras, a pesar de que son prácticas bastante comunes entre nosotros, desde el reinado del anterior está castigo hasta con la horca —relató Gavin.

—Lo sé —exhaló Ewan.

—Si en verdad tu amigo tiene pruebas de todos estos delitos, debería acudir a la reina y...

—No tendría ninguna credibilidad ante la corte. —Gavin lo miró ceñudo, hasta que comprendió a qué se refería—. Exacto, nuestro pasado como proscritos no nos otorgan la suficiente credibilidad y Virginia lo sabe. Por eso se permite el lujo de actuar como actúa, porque es consciente de que, con solo hacer un poco de teatro, la reina la creerá a ella y a su endemoniada hija —dijo el joven.

—¿Y qué va a hacer al respecto? —quiso saber el guerrero rubio.

—Antes de partir de Tarbert, Aiden me entregó tres cartas. Una iba dirigida a su esposa, la cual ya se la entregué hace un par de días; la otra es para Ian...

—Pues, buena suerte con eso —lo interrumpió Gavin—. ¿Y la tercera?

Ewan cerró los ojos y dejó salir el aire de los pulmones con un largo suspiro y actitud resignada.

—La tercera es para James Campbell —confesó.

Gavin cerró los ojos y dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Resopló y dijo:

—Esto no va a ser bueno.

Ewan no contestó, tan solo asintió. No había leído la carta que Aiden le había escrito al laird Campbell, pero no le hizo falta..., a ninguno de los dos. Era un grito de auxilio, no como aliados desde hacía siglos, sino que le pedía ayuda a uno de los hombres más poderosos y cercanos a la corona de toda Escocia. Un favor, otro de los muchos que James ya le había pedido a la familia real.

Sin decir ni una sola palabras, caminaron en dirección hacia la reunión familiar.

El primero en dirigir la mirada hacia ellos fue Ian, que, dejándose llevar por la rabia y el dolor de ver a su hija en ese estado, no dudó en desenvainar su espada e irse contra el McGregor.

—¡Tío Ian! —gritó Arabella, que salió corriendo para colocarse delante de su esposo, al mismo tiempo que Gavin liberaba su espada y frenaba el ataque.

—¡Papá! —exclamó Megan. Intentó ponerse de pie, pero las piernas le fallaron por el movimiento tan brusco y se tuvo que apoyar en su hermano, Gideon, pero Alastair... Él también había desenvainado la espada.

Gavin sacó su daga del cinturón con la mano libre y apuntó al joven Campbell, colocando su cuerpo entre unos y otros. Por suerte, Ewan fue sensato y no sacó su arma.

—¡Tú! ¡Todo esto culpa tuya! —exclamó Ian.

—¿Por qué demonios esto es culpa de mi esposo? —le reclamó Arabella, que pasaba la mirada de su tío a su primo, incrédula por estar viviendo esta situación.

—Sabes muy bien por qué, Bella. Hazte a un lado —la instó Alastair.

—Si no te hubiese secuestrado, nada de esto habría sucedido. Él ha traído dolor a esta familia —le espetó Ian, que lo miraba con los ojos inyectados en sangre.

—¡Calmaos todos! —ordenó Gavin, en tono autoritario—. Nadie hará nada, y todos nos vamos a calmar —dijo.

—¿O qué? —lo desafió Ian.

—No me hagas jugar la carta como tu superior, amigo. Sabes que, en ausencia de James, yo tengo el mando —aseveró Gavin, y esas palabras le dolieron a él más que a su amigo.

Ian bajó la espada, miró al cielo y rugió cual animales herido. Dejó salir la rabia, la ira y la sed de venganza. Megan se sobresaltó al escuchar a su padre gritar de esa forma tan primitiva. Nunca lo había visto así, aunque... al ver que su tío, Gavin, ni se inmutaba, comprendió que él sí conocía esa faceta de su padre.

—Cálmate, Ian. Todo esto tiene una explicación que...

—¿Qué motivos habría para que mi hija haya pasado por todo este tormento, Gavin? Explícamelo porque no logro comprenderlo —bufó el guerrero.

—Aiden se lo explica todo en una carta, señor —se atrevió a decir Ewan.

—No pienso leer nada que venga de su mano..., ni de la tuya —le espetó el hombre.

—Pues deberías hacerlo, amigo —dijo Gavin.

—¿Me vais a obligar vos, mi señor? —expresó con sorna, poniendo énfasis en las dos últimas palabras. Gavin resopló y negó con la cabeza, un claro signo de desesperación por esa desagradable situación.

—Papá —lo llamó su hija. Ian se volteó para mirarla y encontrarla apoyada en Gideon mientras hacía fuerza para ponerse en pie. Corrió hacia ella para ayudarla—. Escucha a Ewan, por favor. Lee la carta, Aiden no es el villano en todo esto. Él... él intentó protegerme...

—Por todos los dioses, Meg. Casi te perdemos —exhaló Alastair, ofendido.

—Pero eso no fue su culpa, Al. Fueron esas dos mujeres —contestó ella.

—¿Qué dos mujeres? —quiso saber su padre.

—Lee la carta, Ian —repitió Gavin. Le tendió la misiva que llevaba el sello de los McAlister que posteriormente le había entregado Ewan.

El guerrero miró a su hija y esta asintió. Resopló y se la arrebató a su amigo de las manos. Rompió el sello con desgana y leyó con atención. No era un texto muy largo, pero sí contaba lo suficiente como para hacer que el semblante de Ian cambiase de enfado a estupor.

—También hay una para James —apuntó Gavin, mientras envainaba la espada y se quedaba al lado de Arabella y su esposo.

—A papá no le va a gustar nada —murmuró la hija del laird.

—Nop —afirmó el guerrero.

—Se va a enfadar mucho —canturreó Bella.

—Sep —confirmó Gavin. Ewan agachó la cabeza para esconder la risa que esa interacción entre su esposa y Gavin le había provocado.

Cuando Ian terminó de leer, miró a su amigo y dijo:

—Si lo que dice aquí es cierto...

—Todo es verdad, papá —confirmó Megan.

—Yo también te aseguro que lo que Aiden dice ahí es cierto, lo he vivido en mis propias carnes. Esas dos mujeres son el mal personificado —aseguró Arabella.

—¿Y qué podemos hacer al respecto? —quiso saber Gideon.

—Coger unos cuantos Campbell, presentarnos allí y sacar a rastrar a esas dos arpías —aseveró Alastair.

—Está claro que la diplomacia no es lo tuyo, hermano —bufó el joven.

—Me temo que eso queda en manos de James —afirmó Gavin.

Se quedaron callados durante unos instantes hasta que Ian se giró hacia su hija y preguntó:

—¿Te ves con fuerzas para viajar?

Megan esbozó una amplia sonrisa y sintió que el corazón le daba saltitos en el pecho.

—Me siento bien, papá —contestó ella.

—Perfecto, volvemos a casa —sentenció él.

A casa... Nunca esas dos palabras le provocaron tanta alegría a la joven. Volvía a su hogar, uno del que nunca debió haber salido, a pesar de lo mucho que amaba a su esposo. Tras leer la carta que Aiden le escribió y hablar con Arabella largo y tendido durante esos días, sintió que la presión en el pecho se le iba desvaneciendo.

Megan no podía negar el hecho de estar profundamente enamorada de Aiden y deseaba con todas sus fuerzas que lograra expulsar a esas dos mujeres de su clan porque, en caso contrario, jamás volverían a estar juntos. No les permitirían ser felices y ella no quería arriesgarse a perder de nuevo otro hijo.

Esperaría por él, rezaría al altísimo para que obrase su magia y ayudase a Aiden a deshacerse de ellas. Deseaba con todas sus fuerzas que volviese en su busca y le confesase lo mucho que la amaba.

Hasta entonces, Megan descansaría y cerraría sus heridas rodeada de las personas a las que más amaba ahora mismo: su familia.

CAPÍTULO 29

Habían pasado ya dos meses desde que Megan hubiera regresado a su hogar, pero llevaba lejos de Aiden mucho más tiempo y eso, por muy feliz que le hiciera estar rodeada de toda su familia, mantenía su corazón en una especie de crisálida.

Aún llora la pérdida de su hijo no nacido, pero el dolor se hizo cada vez más llevadero. Tras hablar largo y tendido con su tía, Abigail, ya que ella pasó por una experiencia parecida, pudo quitarse poco a poco el velo del duelo.

Su tía entendía muy bien el vacío que dejaba la pérdida de una vida que se gestó durante meses en el interior de una mujer, aunque el de ella no fuese de forma accidentada. Por muy poco tiempo que sea, un ser cobraba vida en la tripa y esa pérdida creaba un hueco que era muy difícil de llenar de nuevo.

—Volverás a quedar embarazada, cielo, no te preocupes —le había asegurado Abigail.

Fueron unas palabras gratificantes para Megan y que la llenaron de esperanza, pero..., para que eso sucediera, debería de volver junto a Aiden y no tenía noticias de él desde que su tío, James, les informara a todos que la reina había apresado a Virginia McAlister por conspiración, asesinato de un súbdito del reino y traición. Eso conllevaba una pena de muerte segura.

Sobre Valery, lo único que se supo fue que, por orden real, la joven de rostro angelical fue llevada a Francia para ingresar en un convento en Lorena, hogar de los De Guisa, familia de la reina consorte.

Esa noticia le resultó graciosa tanto a Megan como a su prima, Arabella, quien la detestaba aún más que ella. Una joven con una apariencia como la suya y con un alma tan oscura como la que Valery tenía, iba a ser alguien muy difícil de manejar para las monjas.

Mientras ella soñaba con la posibilidad de volver a estar en cinta, su prima comenzaba la tediosa tarea de destetar al pequeño Robbie y..., eso generaba situaciones del todo divertidas.

Megan había escucha hablar a su madre y a su tía cómo había sido su proceso de dejar de darles el pecho a todos ellos y, al parecer, una de las consecuencias que solían ocurrir con mayor frecuencia era el estar..., deseosas después de vaciarse los pechos de la leche que no le deban a los niños.

Recuerda cómo su tía, Abigail, contaba las veces que había arrinconado a su tío en el despacho o en cualquier rincón del castillo para obligarlo a que la tomara y calmara ese fuego interno.

Algo parecido le debía de estar sucediendo a su prima, porque no era la primera vez que se topaba con ella saliendo de algún escondrijo, seguida de su esposo mientras se ajustaba bien los pantalones. Por no hablar de las veces que le quitó a Arabella hebras de paja del establo que llevaba enredadas en el cabello.

Sonrió pensando en si a ella le ocurriría lo mismo, pero para eso..., primero debía de quedar en cinta y para ello necesitaba a su esposo. Cerró el libro que estaba leyendo sobre su regazo, cerró los ojos y dejó que los rayos del sol de media tarde calentase su rostro.

Como era de costumbre en ella, desde su regreso al castillo Campbell, todas las tardes se iba a ese pequeño rincón privado en el jardín adyacente a la torre y se pasaba ahí un buen rato leyendo o, simplemente, disfrutando del sonido de los pájaros y el calor del sol del verano que empezaba a gobernar en los cielos de Escocia.

—Más hermosa de lo que recordaba. —Una voz masculina, que reconoció al instante, la sobresaltó.

No sabía si era un producto de su imaginación o si en verdad acababa de escuchar a su esposo hablar. Tuvo miedo de abrir los ojos y comprobar que todo fue producto de su anhelo, pero, cuando por fin los abrió, el aire se le cortó de golpe y el libro se le resbaló del regazo.

—Has venido... —pronunció con un hilo de voz.

—He venido —dijo él. Su boca se curvo en una amplia sonrisa, esa que tanto la había enamorado.

Megan no pudo contener la emoción, se llevó las manos a la cara y rompió a llorar. Aiden cayó de rodillas ante ella y la sujetó de las muñecas para que no se cubriese el rostro.

—¿Por qué lloras, mi amor? —preguntó con dulzura.

—Porque... porque estás aquí y yo... yo... —sollozó.

—¿No deseabas que volviese a por ti?

—No... —Aiden levantó una ceja, desconcertado por la respuesta—. O sea, sí. Claro que deseaba que vinieras, pero... pero es que... hace tiempo que supe del destino de tu madrastra y tu hermanastra y yo... Yo esperaba que vinieses antes...

A Aiden se le enterneció el corazón al comprobar que su pequeña hada pelirroja lo estaba esperando. Temía que no fuera así, pero al mirarla a los ojos y ver la forma en la que lo admiraba, supo que aún seguía enamorada de él. Quiso preguntar si podía besarla, pero decidió tomar la iniciativa y eso hizo. Un suave, pero dulce beso en los labios, apenas un leve roce.

—Tenía que arreglar algunos asuntos, asegurarme de que no habría represalias contra ninguno de nosotros. —Sujetándola del mentón, volvió a besarla, pero esta vez se quedó más tiempo ahí pegado a ella.

Megan le rodeó el cuello con los brazos y abrió la boca para dejarlo entrar. Aiden bajó las manos hasta sus caderas y la acercó más a él para profundizar más en ese beso. Pronto, en el interior de sus bocas comenzó un baile que ambos recordaban y añoraban.

Aiden tiró más de ella hasta estar colocado entre sus piernas. Megan se apretó contra el cuerpo de su esposo y ahogó un gemido en su garganta, que fue correspondido con un sonido gutural proveniente de él.

—Mi amor, o paramos..., o te tomaré aquí mismo —jadeó él contra su boca. Ella rio y a él se le volvió loco el corazón. Envolvió el femenino rostro de su esposa entre las manos y dijo: —Mi hada pelirroja, el amor de mi vida... Nunca más me volveré a separar de ti, Megan McAlister. Te lo juro por mi honor.

—Llévame a casa, mi laird proscrito, y hazme tuya hasta que el día y la noche se hagan uno —solicitó ella.

—Mmm, música para mis oídos —ronroneó antes de caer de nuevo sobre su boca y devorarla con pasión.

Se demoraron su tiempo en recuperar los besos que no se dieron durante todo este tiempo separados, hasta que fueron en busca del resto del clan para informarles a todos de su regreso a Tarbert.

Cuando cruzaron el arco de piedra del muro que protegía el jardín, se encontraron con todos los componentes de la gran familia Campbell de Dollar hablando unos con otros y formando una semicírculo. Parecía como si los estuvieran esperando a ellos dos..., y tal vez así era.

Megan observó a sus padres abrazados, mientras escuchaban al joven Jamie contarles algún tipo de historia. Pensó en lo mucho que siempre se habían amado y respetado, del ejemplo que les habían dado a todos ellos con su amor. Eso era lo que ella quería tener con Aiden y lo que esperaba transmitir a sus futuros hijos.

Ian fue quien primero desvió la mirada hacia ellos y se tensó. Aliena acarició el brazo de su esposo, miró hacia su hija y sonrió al verla tan feliz. A pesar de todo el camino tortuoso que había recorrido, estaba viva, feliz y enamorada de su laird. Como madre, no podía sentirse más orgullosa.

—¿Y bien? ¿Quiere esto decir que vas a regresar a Tarbert? —preguntó Ian, sin apartar los ojos de Megan. La mirada de su padre era igual de verde y de intensa que la de su tía, Abigail, y por ende, que la de Arabella.

—Sí, papá. Debo regresar, es mi esposo y yo soy su mujer, la señora de su clan...

—De nuestro clan —apuntó Aiden.

—Exacto, de nuestro clan —prosiguió Megan, sin soltarse del abrazo de su esposo—. Lo amo, papá, y quiero formar una familia con él —dijo y eso hizo que el joven que la sostenía notase que le faltaba el aire. Orgullo, eso era lo que Aiden McAlister sentía en ese instante por ella, orgullo y un amor infinito.

—Muy bien, entonces iremos con vosotros —soltó Ian Campbell.

Nadie parecía sorprendido por esa afirmación, salvo Megan, que se quedó boquiabierta y sin saber qué decir. Miró a su madre, que asintió con la cabeza; a sus hermanos que no mostraron mucha emoción; al resto de su familia y luego a Aiden.

—Antes de ir a verte, tu padre y yo tuvimos nuestra charla y solo impuso una condición para

dejarte volver, en caso de que me aceptases: pasar el verano en Tarbert con nosotros —le explicó él.

—¿Qué...? ¿Qué quieres...? —Las palabras no querían salir de forma ordenada de su boca.

—Quiero asegurarme de que vas a estar a salvo y que es un buen lugar para ti —contestó Ian con seriedad, aunque Alastair, Gideon y el resto de la familia esbozó una sonrisa divertida.

—Cielo, ya sabes cómo es tu padre de protector contigo —dijo Aliena, entonces.

—Si solo fuese él el obsesionado con la protección... —murmuró Arabella. Gavin, Ewan, Jamie y Colin ahogaron una carcajada al ver cómo James Campbell dirigía su mirada gris hacia su hija.

—¿Algo que objetar, señorita? —le preguntó con los brazos cruzados al pecho y mirándola con seriedad.

—No, señor. Nada en absoluto —respondió la joven y seguido de eso, le guiñó un ojo a su padre. Eso hizo que todos estallasen en carcajadas e inundasen el castillo con su algarabío.

Megan observaba todo, sin dejar de reírse y con el corazón a punto de salirse del pecho. Era feliz, ahora sí podía decir que era absolutamente feliz y algo en su interior le aseguró que todo iría bien a partir de ese instante.

EPÍLOGO

La esplanada del castillo Campbell estaba atestada de caballos y gente caminando de un sitio para otro, mientras subían baúles al carruaje de los McAlister. La comitiva se estaba preparando para partir rumbo a Tarbert, pero no eran los únicos en abandonar las tierras del clan.

Jamie Campbell ajustaba las cinchas de cuero de su montura. Todo estaba listo para que partiese hacia tierras Fraser, donde lo esperaba su prometida. Fue un pacto de unión entre ambos clanes que firmaron de la mano de Archibald Campbell, chief del clan, un año atrás.

—Hermanito, aún no me creo que vayas a casarte y mucho menos con un patrimonio concertado —pronunció Arabella a su lado.

—No todos nos podemos casar por amor, hermanita. Algunos tenemos un deber que cumplir —contestó él.

—Será mejor que padre no te oiga decir esa absurdez o empezará a pensar que no eres hijo suyo —se burló ella.

Él resopló y subió sobre el caballo de un salto. Sujetó las riendas con ambas manos y, mirando hacia su cuñado, Ewan, dijo:

—Te compadezco, McGregor, por soportarla.

—Eso debiste de advertirlo antes de casarme —bromeó él—. ¡Ay! —exclamó tras recibir un codazo de su esposa.

—No haberla secuestrado. Ahora, deberás pagar tu tributo —prosiguió Jamie con las burlas.

—Uno muy caro, al parecer —dijo Ewan.

—¿Sabes? En cuanto lleguemos a Tarbert, le solicitaré a Aiden estancias separadas. Así no tendrás que soportarme mucho más, esposo. —Recalcó la última palabra y se fue directa a despedirse del resto de la familia.

Ambos rieron porque sabían que Arabella no hablaba en serio. Jamie sabía muy bien lo enamorada que estaba su hermana del McGregor y jamás se alejaría de él, ni tan siquiera para dormir. Mucho menos para dormir.

Tras despedirse todos unos de otros, los primeros en abandonar el castillo fue el pequeño grupo de guerreros Campbell, encabezados por el heredero del clan, Jamie, y rumbo hacia tierras Fraser. No quiso llevarse a muchos consigo, por eso lo acompañaron su hermano, Colin, su amigo, Duncan, y cinco miembros más del ejército que había sido entrenados por él.

Los siguientes en abandonar Dollar fueron los McAlister, junto con Ian, Aliena, Alastair y Gideon. En un abrir y cerrar de ojos, el castillo Campbell se quedó vacío de tanta gente.

—Bueno..., nos hemos quedado solos —pronunció Abigail, que permanecía abrazada a su

esposo mientras veían como todos desaparecían ladera abajo.

—Sschh, escuchad. ¿No oís eso? —comentó Gavin. Elena, su esposa, lo miró extrañada, al igual que James y Abigail.

—Yo no oigo nada —dijo ella.

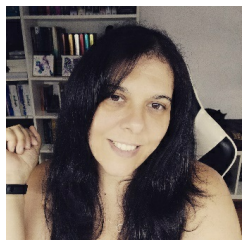
—Exacto. Por primera vez en mucho tiempo hay silencio, como antaño solía haber —contestó él.

—¿No te apetece ir a visitar a tu cuñado y pasar allí el verano? Dicen que Nortumbria es precioso en verano —se burló James.

Tanto Elena como Abigail ahogaron una risa.

—¿Y dejarte solo y aburrido aquí? No, amigo. Nuestros lazos son más fuertes que los de cualquier matrimonio —respondió Gavin, esbozando una sonrisa de lo más pícaro.

James Campbell puso los ojos en blanco y suspiró. Por muchos años que pasasen, su fiel amigo no iba a cambiar nunca. Los cuatro acabaron riendo a carcajadas hasta que decidieron volver dentro del castillo.



Nessa McDubh (Xixón, 1980)

Escritora autopublicada de origen asturiano.

«Contar historias es mi razón de ser. Mi forma de evadirme de la realidad y de viajar a otros mundos...»

Apasionada y enamorada de Escocia, se escapa cada vez que puede a empaparse de la magia de esas tierras y poder reconectar consigo misma.

Todos sus libros están disponibles en [Amazon](#) y Kindle Unlimited.

Puedes saber más sobre la autora a través de sus redes sociales: @nessa_mcdubh.



Gracias por elegir mi universo particular,
repleto de historias apasionantes y llenas de fantasía.
Espero que hayas disfrutado de esta historia. Me anima a seguir creando
universos donde podáis sumergiros y disfrutar de un viaje increíble.

Te agradecería muchísimo que dejases tu valoración y/o reseña, me
ayudaría mucho a posicionarme para que otras lectoras puedan ver mis libros.



Puedes encontrar más libros del Nessaverse en este enlace:

<https://mybook.to/nessaverse>



O puedes escanear este código QR e ir directos al catálogo de libros, que se irá actualizando de
forma automática con cada nueva publicación.